

3737



LUIS A. MOSCOSO VEGA

8 805

3737
E863.4

EL BOLSILLO

DEL DIABLO

Novela de las Minerías Azuayas

.....

CUENCA-ECUADOR.

1941.

—————

EDITORIAL "EL MERCURIO".

—————

DEDICO

Este libro al Comité Orientalista de Cuenca, cuyo programa nobilísimo es velar por la integridad nacional en el promisorio Oriente Ecuatoriano. Mas, el dolor que encierran estas páginas, el alma sufrida que florece en las llagas que no acerté a pintar con los caracteres del vocablo, el recuerdo del tiempo mozo que viví junto con mis indios en las cuencas remotas de la Floresta ubérrima, del tiempo aquel que me confundí con ellos y me vestí a la usanza indígena y comí a su exigua mesa, todo ese recuerdo y esa pena consagro a mis indios que jamás comprenderán lo que sentí, aprendí y lloré al vivir con ellos.

Van, pues, estas páginas a:
Manuel Jesús Matailo,
Vicente Sangurima y
Belisario Jarro, con toda mi añoranza.



Dibujos del Autor.

Xilografías de Antonino Alvarado.

Fallos

de

los

Jurados

EL BOLSILLO DEL DIABLO

Novela premiada por la I. Municipalidad de Cuenca en el concurso realizado el 3 de Noviembre de 1.940; y honrosamente mencionada en Quito, en el certamen nacional, previo al internacional de novelas, promovido por la Editorial "Farrar & Rinehart, Inc., de Nueva York", por intermedio de la Oficina de Cooperación Intelectual de la Unión Panamericana.

El Jurado calificador, nombrado por el Cabildo cuenecano, estuvo compuesto de los meritorios hombres públicos y destacados escritores, señores Octavio Díaz, Juan Iñiguez Vintimilla y José Rafael Burbano, quienes, en

carta dirigida al Presidente del Concejo, dicen lo siguiente, entre otras cosas, según consta de los originales:

....“Se servirá proceder a la adjudicación de los premios, de acuerdo con el dictamen de los respectivos jurados; permitiéndonos, únicamente, recomendar que se le condecobre al Sr. Luis Moscoso Vega con el premio de mayor significación, por ser acreedor a él por su hermoso trabajo literario....”

En acuerdo dictado por el Concejo, se dice lo siguiente: “Otórgase el primer premio en literatura al señor Luis A. Moscoso Vega por su novela **EL BOLSILLO DEL DIABLO**; además se le concede la medalla honorífica enviada por la Municipalidad de Girón para el triunfador en el certamen de Bellas Artes....”

El Jurado calificador, nombrado por el “Grupo América”, de la Capital y compuesto por los ilustres literatos y escritores distinguidísimos, señores José Rafael Bustamante, Gonzalo Escudero y Benjamín Carrión, al referirse al Bolsillo del Diablo y mencionarla, entre las 31 obras enviadas, dice lo que sigue: “**El Bolsillo del Diablo**” de Luis A. Moscoso Vega, por sus valores descriptivos y la humanidad de su protagonista....”

Obras del mismo Autor:

EL BOLSILLO DEL DIABLO (Novela)

LEYENDAS Y TRADICIONES ORIENTALES (Cuentos)

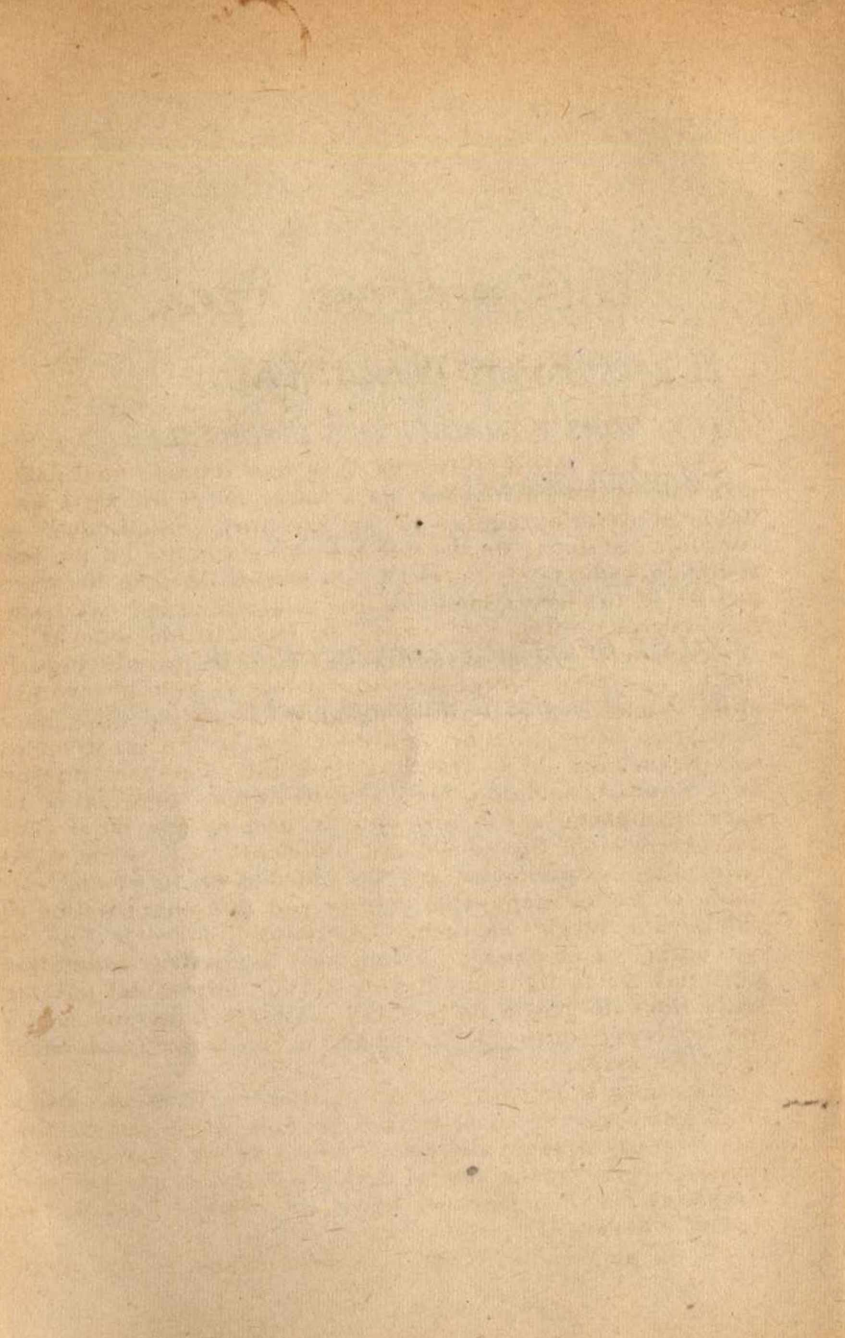
CHANITA (Novela)

EN PREENSA:

CONSCRIPCION (Drama)

YO SÉ RECITAR (Versos para Niños)

ENOC (Artículos fantasmagóricos)



LUIS MOSCOSO VEGA, EL NOVELISTA

En LUIS MOSCOSO VEGA se han reunido cualidades ciertamente excepcionales para hacer de él un vigía que, desde el castillo roquero de su juventud, mantiénese en continuo atalayar de las huestes que, aunque en porción reducida, todavía se ejercitan en nobles lides en los campos de la intelectualidad, de esa intelectualidad que aspira a sacar triunfante su enseña de indiscutible señorío.

Cada vez que el incentivo del Arte le inocular in quietud en el espíritu, Moscoso Vega tiende el puente levadizo de la voluntad y, gallardo y decidido, busca palenque para demostrar la pujanza de su acción. Así brotan las diversas manifestaciones de su trabajo infatigable, siempre empezado y nunca concluido, pues si interrumpe una labor es para reemplazarla con otra que le proporcione igual íntima satisfacción. Cuando el ojo soñoliento del sol le espía en el alba, sorpréndelo con los pinceles en la mano, hurtando al iris el manojo de colores con que enguirnalda su paleta, que luego derrocha polícromías sobre la tela en que surge ya el paisaje arrancado a nuestras indómitas serranías, ya la figura extraída de los antros del pasado, ya la flor de gracia de una dulce silueta femenina hecha con los leves tintes del ensueño o con la púrpura enrubriada del amor.

Después, le es igual volcar el alma en el molde armónico del verso o en el cauce bruñado de la prosa, que, con espontaneidad ubérrima, brota de su pluma que el continuo ejercicio ha vuelto ágil y pronta, donde los pensamientos acuden como el lebre l al primer llamado del cuerno cinegético.

Y, en plena anochecida, a la hora en que el ocio ajeno

dormita y la alegría de los otros deambula, él, impertérrito, incansable, todavía va a continuar la labor en esa antesala del averno que se llama periodismo. Allí, junto a la antigua Chandler o al moderno Linotipo, coge los dispersos acontecimientos del día, los surce con la aguja frívola del cronista o los remacha con el clavo buído del comentario editorial.

Los breves instantes de reposo los dedica a la vida contemplativa interior, que es otra manera de realizar faena, acaso la más ponderosa, pues que en esos momentos de aparente descanso dentro de la física individual, los telares maravillosos del cerebro siguen produciendo el rico material con que se viste y alija al recién nacido encanto de las ideas.

A Moscoso Vega, iniciado y uncioso en los ritos de la estética, le place la vida incesante de creación. La pintura le seduce, le atrae la poesía, el ensayo sociológico no le es indiferente, el escenario teatral le tiende hilos imantados que van acercándolo a él.

No se hasta qué punto sea favorable esta multiplicidad de actividades, pero lo evidente es que ella realza una personalidad que, con tal esfuerzo incesante de abrirse ancho camino, está demostrando que se ha impuesto como norma invariable la de triunfar. Bien lo dijo el poeta de América:

**DONDE HA HABIDO LAURELES,
HA TENIDO QUE HABER VOLUNTAD.**

No me toca aquí señalar los variados aspectos de la obra literaria de Moscoso Vega. Por tanto, ni me refiero al caudal ingente de sus rimas, ni a las varias piezas teatrales que ha compuesto, una de las cuales—el drama **CONSCRIPCION**—obtuvo veredicto de unánime aceptación en todos los lugares de la República en donde subió a tablas. Quiero, únicamente, verter algunas palabras en relación con las dos novelas que ha publicado, entre las cuales es fuerza establecer parangón para apreciar los méritos de una y otra.

—: O :—

En **CHANITA**, su novela primigenia, otorga demasia-

da cabida al paisaje en que se agitan los actores, reduciendo a éstos a plano secundario. El paisaje, en fuerza de su arrolladora importancia, asume categoría de verdadero personaje.

La naturaleza es la única que se presenta amable, bella, grandiosa. En cambio, nada hay que ofrezca un ejemplar humano de mediana talla moral, sea en la virtud o en la perversidad, pero con los caracteres de lo real: todos asoman ruines, y, si alguno sálvase de tal calificativo, tan plebeya muestra el alma, que produce el mismo asco que los demás. Ninguno inspira admiración, ni respeto siquiera, sea en el bien o sea en el crimen.

Brujas, cuatreros, matones, asesinos, bazofia social; pero contenidos por un cordel de vulgaridad aplastante. Hasta Chanita, linda mujer de la serranía azuaya, mujer que el autor complácese en pintar con ojos como luceros y boca de joyapa madura, ningún momento inspira simpatía, pues la domina una pasividad increíble en muchacha de veinte años, en quien, cuando menos, el instinto sexual debía abrirse, bien despierto a la realidad de la vida, como el mejor joyel de los que contiene el tesoro de la juventud.

Acaso la fina sensibilidad de Moscoso Vega perjudica le en esta obra, pues todo lo que seduce su amplia visión de artista quiere agruparlo en un haz de tragedia que, a pesar de cierto frescor sentimental, se presenta bastante recargado de sombras.

Esa humanidad raquítica piérdese en su propia insignificancia. El único personaje importante de la novela —y esto la salva— es el paisaje: Tarqui, con sus grandes llanadas, en que la lluvia llora de desamparo o en que el sol reverberante seca las lágrimas caídas en el pastizal. En este aspecto, Moscoso Vega hace de la pluma un pincel que produce atractivos cuadros coloristas. Lo que pudo ser sólo decoración se agita, cobra movimiento, en una palabra, actúa. Y qué mejor que un libro sea elogio y descripción de un retazo de la tierra progenitora, de la tierra que con su abnegada bondad pone en olvido a los perversos y miserables que la pisan insolentes!

CHANITA— ateniéndose a lo publicado hasta entonces, en que aún no aparece "Sumag Allpa" de G. Humberto

Mata— tiene el mérito innegable de iniciar en Cuenca la novela deliberadamente descriptiva de la región.

—: O :—

En EL BOLSILLO DEL DIABLO se aprecia más soltura y precisión en el estilo, marcado perfeccionamiento en la técnica, mayor unidad y coherencia en el argumento, cualidades que hacen que la novela se muestre mejor estructurada que la anterior.

En dos años—lapso bien aprovechado—, la disciplina y el estudio en convivencia orientan al escritor al rumbo que, en la senda vocacional, le franquea el paso hacia la meta que, según todo lo indica, le está reservada para la hora definitiva del triunfo, que el augur le vaticina desde ahora hurgando en las entrañas palpitantes de sus libros.

En EL BOLSILLO DEL DIABLO hay cambio total en los procedimientos antes empleados. Se prescinde de la abundancia estéril de los tipos, que en menor número y fácil concreción episódica cobran mayor relieve. Ya no es el paisaje, ya no es la naturaleza con su boca expresiva, pero muda, la que se llega a los ojos para mostrar su magnificencia. Ahora, es el hombre, no contrahecho ni fingido, que habla, que grita, que acciona a impulso de las grandes pasiones.

El protagonista principal y casi único del libro, ese Don Pancho Samaniego tan sencillo y tan complicado a la vez, es un ejemplar humano que adquiere fuerte relieve, precisamente porque retrata a un personaje no difícil de hallar en ciertas capas sociales de nuestro país, cuando a la cultura incipiente— recibida en parva dádiva— se juntan la superstición que trasmite fatal herencia y el instinto que obra sin talanquera que impida el salto de la fiera que todos llevamos, agazapada, lista al señorío de la zarpa, en la cueva oscura del corazón.

Don Pancho, el héroe minúsculo de la selva, la caricatura del magnate del oro, es un hombre, solo un hombre, como tantos otros que no encuentran más estadio de acción que un pedazo de montaña con un árbol que dé sombra, con un pájaro de arrulladora canción, con un raudal de

agua que mitigue la sed de los labios, y, si Dios lo quiere, con una mujer que al mismo tiempo sea alero y trino, sorbo de dicha y almohada para el reposo apetecido. ¡No importa que la rama acogedora tenga la amenaza constante del vendaval, que el ave emigre, que las linfas que ofrecen la limosna áurea se truequen en torrente devastador, que la hembra sea causa de tragedia o estigma de fatalidad!

Si los hombros se curvan al peso del trabajo, las existencias se doblegan como aristas a la tala del destino. Sin buscar la causa, sin saber el por qué, sin ahondar en caos teológicos, se cree en una ineludible predestinación, a la que cierran los ojos y a la que entregan su suerte, con estoicidad pagana, con fatalismo irremediable, de piedra empujada al precipicio, de agua que se hunde en el profundo sumidero.

Don Pancho no se substraе al influjo de la clase a que pertenece, así como a la deficiente y defectuosa educación que posee, y al medio que le circunda: la zona oriental ecuatoriana; la jungla, la manigua nuestra; sede propia del jibaro y teatro de explotación del mestizo que a ella va, ¡adventicio, al fin!, sin más afán que el del logro.

Forma parte de la minería, y a ella lleva sus prejuicios, sus abusiones, su mundo mal redondeado de maravillas y de absurdos. Allí, donde cada mañana guarda una sorpresa, donde cada vereda esconde un peligro, va a buscar la vida, va a ganar la vida. Para ello, le es preciso alentarse con esa fe sin fronteras del que confía en sí mismo, sin muchos remilgos, con pocos escrúpulos, y arrinconar la conciencia en los sótanos del alma, para no entrar allí sino en la hora solemne en que los huesos sienten el frío de la tumba y la carne se espeluzna al presentir la caricia hambrienta de los gusanos.

Así transcurren sus horas: buscando el metal áureo, que ensoberbece y daña a quienes lo poseen, y buscando, al mismo tiempo, solaz tras el trabajo, compañía para la soledad, brazos femeninos donde hallar carcería de obsesionante ilusión.

Con la confiada despreocupación de la mocedad, que fíjase poco en los detalles del camino de rosas que recorre, enamora, a veces, y otras, las más, se deja enamorar. Has-

ta que un día, el día que siempre llega inexorable, el cazador cae en sus propias redes, no puede libertarse de ellas y, al fin, cede a los atractivos de la mujer, Rosario.

No parece que en Don Pancho ejerce incontrastable poderío el amor que así lo vence; se creyera más bien que es la bocanada tibia de la selva la que le hace buscar con quien compartir el lecho. Pero, ya enredado en asunto tan grave, el anuncio del hijo que vendrá le hace acudir, en junta de la compañera, al templo en que reciben la bendición nupcial.

Este hecho— lógico para el convivir conyugal— aumenta la intensidad del conflicto suscitado en el espíritu del minero, que, día a día, ve acrecerse el recuerdo de una vieja querencia— el de Peta— que aumenta al sentirlo perdido para siempre merced al ardid de un rival. Esta burla a sus sentimientos, más que el retrotraerse a un cariño casi póstumo, pone en las manos de Don Pancho el puñal que cabrillea bajo el sol de la venganza para hundirse en el pecho del que mintió.

No le invade el pavor del remordimiento. El asesinato no tiene para él tan feo nombre; le parece únicamente una consecuencia necesaria para acabar con quien le puso estorbos en aquello que pudo ser suyo. La memoria de tal crimen se esfuma de tal manera en el transcurso de su vida, que cuando se mira en agonía y hace sumario examen de conciencia no le preocupa el lejano y olvidado homicidio, sino la circunstancia de no haber cumplido el encargo de su suegro Don Joaquín, cuando al revelarle que son hermanas Rosario y Peta— las dos que se disputaron su querer— le entrega buena porción de oro para que mande decir misas por la salvación de su ánima. La restitución, aunque tardía, bástale para sumirle en el bienestar del que se siente apto para la salvación final...

EL BOLSILLO DEL DIABLO es valioso documento de índole sociológica para el estudio del momento, de este momento de "la defunción de la rosa", que dijo Carrera Andrade en clara simbología del predominio de lo material sobre las cosas del espíritu. Es el drama oscuro que se desarrolla en un escenario magnífico y grandioso, admirable para el turista adinerado y para el gobernante que no

lo conoce ni se preocupa de él; pero inhóspito, cruel, flagelador para los que tienen que buscar allí el sustento con el sudor de sus frentes que bate la intemperie. Es el éxodo de los individuos que estrangula la necesidad, la búsqueda del oro que se divierte en mostrarse y esconderse, en ser pródigo para unos e inasequible para otros.

El libro da la sensación exacta, vivaz, del Oriente ecuatoriano, colindante con la región azuaya, donde ahora millares de individuos escudriñan los guijarros que deja el tránsito fluvial, escarban el légamo de los remansos o perforan las tierras de aluvión, soñando en medio de sus penurias con la riqueza que tarda en llegar, que tarda tanto, que primero llegan las privaciones, la enfermedad, el ataúd de cristal en las ondas del río o el sepulcro de piedras en el socavón que se derrumba.

Las descripciones son sobrias. No se forma inventario minucioso de cuanto existe en el bosque milenario; se traduce, empero, con toques acertados, la impresión que causa en conjunto a los que contemplan su imponente majestad.

Con alguna frecuencia el poeta irrumpe con el desahogo lírico. Ya es la canción optimista de la batea que recoge el oro o la dedicada a los árboles que custodian el secreto de los bosques vírgenes; ya es la alabanza encariñada al sombrero de paja toquilla o el ditirambo a los grandes ríos que, aunque grandes, rinden vasallaje obligado al Amazonas; ya es la proclama de reivindicación en favor de las tierras orientales o el panegírico a son de trompeta de los mineros que allí se sacrifican; ya es el elogio del oro, elogio que se eleva con unción litúrgica, o el himno a la caña de azúcar que tritura el trapiche y que el alambique convierte en néctar de 24 grados Carthier para deleite de ebrios y engorde de arcas fiscales. Tampoco deja de asomar el periodista— felizmente con brevedad, para bien del arte— al estampar el alegato político que trata del descuido del Gobierno, de los lugares preteridos, del pago de contribuciones, etcétera, etcétera.

El relato se lo entorpece a veces con episodios innecesarios, intercalando historias y consejos que, aunque interesantes, interrumpen el atractivo que las páginas anterior-

res ejercen sobre el autor. La unidad de la acción pide para su completo realce el don supremo de la concisión, tan difícil de adquirir y, por lo mismo, tan meritorio en un escritor.

Lo que se impone en **EL BOLSILLO DEL DIABLO** es la palpitación humana que allí se advierte. Don Pancho Samaniego— el protagonista principal, que, en fuerza de su personalidad tan bien definida, prevalece sobre los demás— es un tipo excelentemente caracterizado a través de toda la novela. Refleja la idiosincrasia criolla de quienes, al sentirse en la selva virgen— libérrima, donde parece que no hay normas y predomina el capricho de la naturaleza— también se inclinan al acto voluntarioso, a la conducta desaprensiva, en que el motor de las pasiones no puede tener control ni regularizador. Con igual indiferencia, Don Pancho fuma su tabaco áspero y mal manufacturado, como bebe el tóxico alcohólico para engañar las penas o llegar a los paraísos de la alegría. Lo mismo le da sujetarse a la coyunda del trabajo, beneficiando el oro que lo disputa valientemente a los extraños, que entregar generosamente ese mismo metal para que lo disfruten los vástagos de su amor y de su pecado. Igual es para él, que no busca en su acciones consejos de la razón sino el mandato de sus corazonadas, entregarse a la exquisita voluptuosidad de los idilios, como al arrebató de los celos que no terminan sino con el epílogo sangriento de la desaparición del rival.

La psicología de Don Pancho muéstrase aparentemente compleja, sea por las constantes vacilaciones de que se deja arrastrar, sea por la tranquilidad con que comete—siendo un hombre bueno— hechos nefandos; pero esa psicología no es sino caso específico propio de los que poco distinguen entre el bien y el mal y que, más que por el criterio, se dejan guiar por las inclinaciones naturales, no frenadas por las ventajas moderadoras de la cultura. Tales hombres proceden siempre a impulsos de sus sentimientos, mirando más su propia conveniencia que el enmarcarse dentro de las prescripciones sociales y las de la ley.

EL BOLSILLO DEL DIABLO es novela de estructu-

ración vigorosa. Pinta bien el alma aventurera y sin prejuicios de los buscadores del oro y al mismo tiempo que es una evocación pintoresca de la selva es una obra sugestiva que despierta interés y en la que circula la emoción.

—: O :—

En el castillo roquero de su juventud siga Luis Moscoso Vega de vigía de los más encumbrados y puros ideales. Siga, como hasta hoy, de paladín esforzado en las fecundas lides intelectuales.

Quizás es hora ya de escoger la ruta definitiva, dejando el jardín poético y el taller pictórico—óptimo, el uno, para la armoniosa formación del estilo, y necesario, el otro, para los aciertos descriptivos del novelista— para que, con el paso decidido de que ya ha dado muestras y con la férrea disciplina mental que es noble distintivo de su labor, avance, avance lejos, hasta el lugar en que los romeros del arte escrito y los perseguidores de la gloria esquiva hallan sitio propicio a la sombra de la encina que tiende a lo alto su copa verdinegra para beber en ella el licor del Tiempo.

VICTOR MANUEL ALBORNOZ.

Cuenca— Ecuador, Junio de 1941

INTRODUCCION

—Cuando esté para morir, don Luis,— solía repetirme cada domingo al salir de la misa del pueblo— cuando esté para morir, tiene Ud. que hacerme un gran favor. Aquí, en este miserable lugar, no podría confiar mi secreto a otra persona.

Llevábamos ya algunos años de amistad con don Pancho Samaniego. Jamás el viejo accedió en contarme su misteriosa historia antes de la hora que él creía oportuna.

—Cuando esté para morir....

Sólo sabía de él que pasó un tiempo lavando oro en el Oriente; los vecinos aseguraban que encontró una mina de algunos miles con que compró los magníficos terrenos, envidia de toda la comarca.

Poco caso hice al principio de tales comentarios; mas, la oferta constante de hacerme poseedor de "su secreto", me inclinaba a creer algo de lo fabuloso que se decía.

Era, en verdad, el aldeano más acaudalado y tenía dos hijos de los cuales uno estaba ausente mucho tiempo. Igual que su padre, cursó instrucción primaria y siguió dos o tres cursos de secundaria, abandonando luego los estudios, yendo a rodar mundos, con muchas energías en el pecho y mucho dinero en los bolsillos.

La esposa de don Pancho debió ser una hermosa campesina, por los rasgos que perduraban aún; pero, seguramente no correspondía ni en linaje ni en cultura a los de mi viejo amigo.

—Cuando esté para morir— me repetía, y agregaba: tengo una historia de las mineras, para cuando Ud. se resuelva a escribir algún dolor grande y sentido bien adentro; una historia para Ud., una que hizo médula en mi vida y quedóse hasta hoy desgarrando mi corazón...

Un día el viejo sintió cercana la muerte y me mandó a llamar para cumplir con lo ofrecido.

Una gris mañana de domingo ya no se levantó para ir al pueblo; serían las ocho, me llamó muy junto a su lecho y me dijo:

—Ya estoy para morir, don Luis, y, antes de llamar al párroco, quiero cumplir con una promesa y restituir una cantidad.... Tengo aquí un lejano encargo de un tal don Joaquín que fué mi suegro; me remuerde la conciencia de no haberle dado cumplimiento todavía.

Aquí tiene—me dijo, entregándome una porción de oro—, aquí tiene estas onzas para las recomendaciones de él; este frasco para pagar oraciones implorando el perdón de mis culpas y, por fin, esta pepa que es del mejor oro, para que se sirva entregarla a mi hijo, si algún día vuelve por la Serranía... Hoy pasaremos juntos y habrá tiempo de explicarle el por qué de estos molestos encargos...

E incorporándose en el lecho, comenzó su historia:

I

IDILIO, ORO Y REMEMBRANZAS

Al día siguiente de mi llegada a las minas, Rosario me pareció una preciosa criatura y, sin saber nada de ella, esa noche me acerqué a su rancho y le dije unas cuantas cosas. Me oyó complacida, sin temer que se percatasen los familiares que conversaban adentro.

La besé, y reía, y reía mientras la acariciaba.

—¿He de volver mañana, Rosario?

No me contestó; bruscamente apartóse de mis manos y se perdió tras la estera que servía de puerta al rancho.

No tuve más sino tomar otra vez el senderito de arena que brillaba a la luz de la luna y que, siguiendo la orilla izquierda del Río Blanco, daba acceso a todas las chozas de los lavadores.

Había quince, sembradas tal que puñales en el corazón de la selva que se desgalgaba al azadón de los trabajadores.

Me fui pensando en aquella mujer: eva perdida y adorable. Era un día, apenas un día, vivido al fondo de esa soledad que trae esperanza cada vez que el agua baña la arena.

Paso a paso recorrí los ranchos. La luna ampliaba mi sombra en la techumbre que los cobijaba. Se hubiera dicho que era un campamento de gitanería a no ser por las canciones criollas que partían la noche: grito desesperado de floresta, grito egoísta del oro.

Llegué a mi puesto. Don Joaquín, el amable hospedero, roncaba sobre su bolsa de arenilla guardada para liquidar el sábado próximo. En el zurrón había muchas esperanzas y en los ensueños del Viejo, muchas más.

Tendí mi poncho sobre las mantas de mi caballo; la montura servíame de almohada: ¡segunda noche de minero!

Con la vista que atravesaba una hendidura del techo y se iba hasta una estrella azul del firmamento, púseme a ru-

miar mi vida. El sueño no venía. Imposible dormir con el maltrato del viaje y la impresión de la Minerita, clavada en el alma, como esas duras piedras de las minas que son las muelas mandibuladas del Ande.

Frente al campamento, cerca del tambo de Gallucantana, una chorrera rezaba liturgias de cristal: al rumor de oración de agua y de frescura, volvía mi vida:

Retornaban mis seis años de cholo pastor, calzado con la greda de los páramos: monstruos de frío y silencio, antípodas de la recámara ardiente de los lavaderos, donde los cedros llegan al mismo cielo para ofrendar sus flores de bien oliente madera.

Recordaba la muerte de mi padre: figura escurrida, como una imagen del Greco. El veloric, la noche terca en que sucedieron tantas cosas... Me acordaba de la china Carmen y su novio que, a pretexto de traer agua para los draques, quedábanse largas horas en la cocina oscura.

Enterramos al viejo. Ya no hubo entonces ingresos y sobre nuestra orfandad se extendió la pobreza.

Las tierras, el pequeño pegujal, los pocos animales, todo se lo llevaron los acreedores. Mi madre se concertó con todos nosotros en la hacienda linderana.

Mis hermanas se casaron y yo fui a dar, en pago de cincuenta sucres, de sirviente de los hijos del hacendado.

Me enseñaron a leer— Dios se lo pague— escribir, hacer mandados y otras cosas de los grandes.

Tuve amigos, los tuve muchos; algún ingenio debieron descubrir en mí y alguna liberalidad: les regalaba con una que otra entrada al cinematógrafo y hasta podía alcanzarles libertad cuando caían en chirona, valiéndome de las amistades de mis patrones. En los dos años de servicio olvidé que era indio; olvidé hasta el idioma o me avergonzaba de poseerlo.

Cursé la primaria y porfié con que me metiesen al Seminario. Al salir, con ocasión de una rancla, volví a mi vida de sirviente de esa casa grande: pedante, dicarachero, jugador, consentido y sabihondo.

Me cuerearon muchas veces, hasta que una noche tomé el camino de la costa.

En el trayecto ganéme simpatías de un trabajador,



.....Otra vez el calor de la selva me llevó en su aliento de virgen núbil.

quien me consiguió empleo en un ingenio.

¡Entonces comenzó la vida! El cambiar por completo mi situación de holgazán y mimado, fué como seguir un curso intensivo de pesares: a los dieciocho me arranqué las primeras canas.

Trabajé duro; mis años de juventud los exploté cambiándolos por unos pesos. Sentía la vida generosa y robusta y así la derrochaba en las arduas tareas del trabajo costeno. Fuerte; era el campeón de la peonada, el serrano forjado contra quien se estrellaban las crudezas del destino. Los males que atacaban a los compañeros, no me contagiaban y, desafiante, invencible, trabajaba y me entregaba a los pocos placeres que puede brindar el mundo.

Todo me cansó al fin: amigos, diversiones, mujeres; los amigos me quedaron porque jamás les presté ni pedí dinero.

La tierra propia me llamó al final; un lustro creó en mí una gran nostalgia; el recuerdo de mi montaña me atrajo y un día le dije hasta luego a la costa voluptuosa y sádica.

Quedaron pedazos de mi ser, mujeres que me lloraron y hombres que se entristecieron.

Las palmeras, tal un plumero, limpiando estaban mis huellas del ambiente costeno.

Llegué a mi tierra: la encontré pobre y desnuda. Mi familia era como extraña y otra vez el calor de la selva me llevó en su aliento de virgen núbil.

Me llamó el Oriente, me llamó la codicia del metal y me quedé en Río Blanco, con don Joaquín que me acogía cariñosamente y con Rosaric que me atraía, tal que el imán a la arenilla para dejar brillando el oro.

I I

HECHIZOS

Nada hice hasta el día tercero. Don Joaquín me dijo, mientras liaba tabaco en hojas de plátano:— Amigo, aquí quien no magulla las espaldas no llena la barriga.

Naturalmente yo fui allá para trabajar. Lo había hecho toda' mi vida..

—Nos vamos para donde Ud. mande, don Joaquín.

—Pues a quitarle el bigote a la ribera, amigo; bajo esas malezas debe de haber algún arroz quebrado. El río se curva en ese sitio, tal que cadera de hembra cuarentona y debe guardar buenas chispas. El oro es jalado, amigo, jalado de los cerros y no, como creen esos verracos, que se forma de l' arena. Ni la lechuza es gato viejo, ni el oro es arena solida. ¡Pendejadas!

—Entonces nos vamos para allá, que para trabajar se hicieran las manos, don Joaquín; y no crea que me vence la herramienta para cualquier labor.

—Está flaco y nudoso, tal que bejuco de granadilla, chiquillo... Pero oiga: ya que es mi huésped y será mi compañero, debo alvertirle que las ganancias son aquí para quien encontró la muestra y la denunció y nó para los que trabajan. Usted ganará un sueldo según su manera de moverse y esto... por una preferencia.

Don Joaquín tomó la delantera hacia el remanso; tenía su segunda intención; para que no observase el gesto que debió poner al decirme lo que me dijo, siguió dándome las espaldas durante todo el trayecto, hasta llegar a la orilla.

—Porque es mi huésped y nada más... Aquí tengo una fortuna que me la cuida el demonio; a usted le concederé una parte... a no ser que... bueno yo tengo por allí una chiquillona que se está pasando y... francamente las mujeres solas, en los lugares donde viven muchos hombres, son manzana de paraíso: en el árbol provocan, pero ya en



La ironía y bondad se confundían en la axiomática figura de don Joaquín.

el cesto, le tienen miedo hasta las hormigas... ¿Me comprende, amigo? Las solteronas son tierra baldía, amigo, y el gobierno debe de echar mano... Yo soy el gobierno de mi casa y debo ver por quien no tiene dónde sembrar.

Me quedé alelado. Seguía detrás sin encontrar la respuesta y deseando que sucediese cualquier cosa para interrumpir tan engorroso asunto. Y tuve el mal pensamiento de que don Joaquín resbalase al agua. . Deseé cualquier suceso, hasta un terremoto o la desaparición del mismo remanso en el cual estaban todas nuestras esperanzas. Cualquier cosa antes que seguir la enrevesada parla del Viejo.

Pasé por inhábil al saltar un tronco y caí al agua. Agil volvióse don Joaquín y, tomándome por los cabellos, me sacó a la orilla.

—¡Hum, amigo... usted s' ahoga en poca agua. Y dizque ha sido criado en la costa... Retuerza el taparrabos, que no voy a curiosiarlo; sáquele l' agua a la camisa y sigamos andando que el sol nos viene al cogote, como emplasto de infierno.

Tenía este buen señor una facilidad de añadir pensamiento tras pensamiento que, al dejarle, se pasaba hablando todo el día.

Mi ardid dió resultado: don Joaquín calló y yo pude ordenar mi cabeza y reflexionar sobre la codiciable oferta que me hacía. ¿Quién sería ella?

Mi vacilación fué enorme. ¡Cómo quería conocer a toda esa gente, verdadero misterio para mí!

En la orilla estaban algunos. Hombres casi desnudos, con el cabello revuelto, que me miraban curiosamente; seres tristes y humillados que, todas las mañanas, antes de aparecer el sol, cargaban la batea, la plancha y una azada e iban a golpear las rocas deleznales, como pidiendo caridad a la tierra egoísta y avara.

Mujeres con los muslos y las espaldas descubiertos, con sus redondas y tostadas pantorrillas al sol; niños flacos que, más que lavar oro, pasaban el día remojándose el pellejo para amenguar la mordedura del sol en la carne adolescente; hombres: seres que hacían el milagro de "sacarle la virtud a la entraña de la tierra".

Mientras pensaba en todo esto, la incógnita de Rosario

atormentaba mi cerebro....

Llegamos al remanso. El Río se metía en la roca y, volviendo sobre sí, tomaba curso lentamente hasta que, a cierta distancia, tornábase vertiginoso en el abrupto declive.

—Este trabajillo tenemos que hacerlo pronto, porque aquí, amigo mío, se puede lavar sólo hasta que dentro del invierno. Entonces nos dedicaremos a otras labores. Hay que secar el recoveco, mandando el Río el línea recta.

En efecto la lógica del Viejo era muy aceptable. El Río, rico en arenas auríferas que las arrastra de los picachos andinos, hace en ese lugar un descanso y el seno del barranco es un retén de cuanto viene en el agua.

—¿Cómo se llama este lugar?— pregunté, por decir algo.— Debe Ud. haberlo bautizado.

—Está claro: esto se llama El Bolsillo del Diablo. Dicen que el diablo es rico. ¿Sabe usted de las ofertas del majadero a Jesús en la Montaña?

El Bolsillo del Diablo era todo una promesa.

Don Joaquín previamente había denunciado y nadie podía quitarle el derecho. Lo que sí faltaba era una docena de hombres para abrir un nuevo cauce y secar el remanso.

—Para el siguiente lunes estaban citados todos los lavadores. El Viejo ofreció una batea de limo a cada trabajador que concurriese. Las pruebas dieron magníficos resultados: un muchacho zambulló y extrajo la cantidad suficiente para dos bateas, de las que se obtuvieron tres gramos y medio.

—Calcule usted, amigo mío, sólo un gramo por cada cinco bateas, a quince sucres el gramo, en las no menos diez mil bateas de limo, cuánto sacaré? Es para comprarme la República y para dejar a usted y a ella una gran dote.

¡Dáale con ella! La sangre se me agolpó en las venas y le dije:

—Pero diga, don Joaquín, quién es aquella que tanto me la brinda?

Rióse, mirándome a la cara. Sin saber qué camino tomar, añadí:

—¿Dónde vive ella, ella, la que Ud. me ofrece?—Ud. es un hombre solo, minero e iluso como yo, que vive de la

esperanza de un buen sitio y nada más. ¿Qué puede tener y qué mujer está demás en la selva para que me la ofrezca?

—Se ve que la culebra no s' hizo para anidar en árbol y ¡tate gusano que no te saldrán alas...! Nunca s' ha visto que el perro deje de comer el pan porque no es su alimento... ni s' ha oído que las gallinas vuelen tal que los guacamayos... ni s' ha oído que aprendan a cantar las pavas... ni s' ha sabido que...

—¡Basta! le grité violentándome.— No eche Ud. sátiras que sí me han enseñado a despreciar a los viejos alcahuetes.

Bajé la vista y esperé una lluvia de puños, al mismo tiempo arrepentido de portarme mal agradecido con mi protector.

Don Joaquín se pasó la mano por los ojos y, como si nada hubiera sucedido, me dijo:

—Mire, amigo, ese bosquecillo de plátano que se abre, como una esmeralda brillante, entre el mar oscuro de la selva y que está mismamente que collar d' hembra rodiando esa casa de cedro. Ese rancho es mío y tiene pujos d' hacienda grande. ¿Lo ve?

—Sí, señor.

—Pues esta tarde haremos vacación y echaremos canilla a esa mi casa para pasarnos y a que vea que no son falsos los teneres que le cuento.

—Bueno, señor, pero... ¿cuándo comienzo mi trabajo? Necesito ganar algún dinero.

—Ya l' he dicho, muchacho que el Bolsillo será para nosotros... para usted y para ella.

I I I

EN EL TEMPLO DE UNA VIRGEN

Almorzamos chontas, plátano, una poleada de pelma y arroz. Dos sorbos de café gualaquiza, y, camino hacia el rancho de don Joaquín.

A la orilla estaba Rosario, encorvada, sacando limo para una bateada. Tosí a que se volviese, pero no cambió de postura hasta que nos perdimos en la maraña.

¡Cómo quise ser agua para quedarme con ella!

Y me fuí espinando manos y pies en la trocha que llevaba al rancho. Las enormes hojas de los helechos acariciaban frescamente nuestras cabezas, en tanto que la hojarasca gemía a nuestro paso.

El sudor cristalizó perlas en la frente; olor de carne tropical despedían los cuerpos.

Me detuve en la cuesta; don Joaquín se fatigaba pretendiendo seguirme.

—Pesa la vida, amigo, pesa más que un pecado de los bien gordos: son setenticinco cumplidos que van sobre los lomos.

—Descanse, señor; no hay apuro.

—Sí, pero no en este punto. Avancemos. Este pantano hiede a mil diablos y es malsano. Además las hormigas...

¡Las hormigas! No terminó de hablar cuando un remezón escalofriante corrió por mi cuerpo: al instante quedé cubierto de hormigas!

—¡Desnudarse!— ordenó don Joaquín, riendo—; no son de las que pican. Es el grajo que las atrae y la sangre nueva d' usted. Hay que pagar el tributo. Los primerizos tienen que pagar los derechos de la selva.

Me desnudé por segunda vez delante del Viejo: la selva me daba otra lección de nudismo. La ropa estaba demás en el yunga.

—Fume un chigüinda y sople el humo por todo el cuerpo; vaya nomás andando en cueros que no habrá es-

cándalo para nadie: las mujeres quedan lejos y las monas son muy castas.

Francamente don Joaquín se me volvía muy simpático. Acabaría por quererlo de veras.

Sacudiendo la ropa y envolviéndome en humo de tabaco, subí hasta cerca del rancho.

—Ahí, ahí nomás, amigo. En los huecos de las bambas puede usted emperifollarse.

Don Joaquín me esperaba, azotándose las pantorrillas para espantar zancudos.

El sol, una brasa: se hinchaban las venas y la respiración era candela que salía de adentro.

Desde arriba, a no ser por el compromiso de visitar a la familia del Viejo, me hubiera lanzado a la carrera al remanso que me atraía con sus linfas frescas y azules. Hubiera ido a pasar la tarde contemplando a Rosario, cuya imagen no se apartaba de mi cabeza. Estaba irremediablemente enamorado.

En terminando de vestirme, me acerqué a don Joaquín.

—Dende aquí, amigo, dende este chontal comienzan mis dominios. Soy gusano de tierra y me agrada comer de lo sudado. Cuando verano, las minas y cuando invierno, l' agricultura. Así se reúne la plata, con sacrificio. El hombre es tal que animal: mientras sirve para algo, se le quiere y estima; cuando viejo se le quita de la huerta para poner a otro que reporte... Yo tengo ya que ceder la huerta...

Mientras hablaba, salieron del rancho dos muchachos que se colgaron del cuello del Viejo. A la orden de éste, en el corredor, tendieron unas mantas sobre un banco de fragante cedro y me invitaron a descansar.

—Que salga la vieja y la Peta— mandó don Joaquín, al tiempo que me invitaba otro chigüinda—; y que vean una buena fruta y algún contrabando, que estoy con un buen amigo serrano invitado a tardiar. Además que venga la santa y nos haga algún milagro...

Al rato, cual si se saliera del marco una figura sorollesca, apareció en el umbral una doncella hermosa: grano de café pintón que agraciaba en el verde infinito de la selva.

—M' hija— dijo don Joaquín, insinuándome a que la

saludase.

Me acerqué; sus ojos adquirieron un brillo de satisfacción. Debía yo ser por ese tiempo mozo apuesto, sin el ropaje usado en las mineras y sin el color amarillento que, como contagio del oro, se pega a la cara.

En una palabra, era distinto a los demás y llamé la atención de la joven. No se movió de su sitio; ni me dió la mano. Coloreó al tiempo que mi corazón sufría un vuelco: al momento estaba también recordando a Rosario.

Me consideré un desgraciado. Cada mujer me traía nuevas emociones sin que las anteriores se borrasen. Mi amor fué instantáneo y prematuro con cada una de ellas. Esto de querer con la cabeza es una fatalidad...

Vinieron los obsequios. Para servirme, dió algunos pasos la Peta; cojeaba, y mi vista, instintivamente se clavó en sus pies.

—Mordedura de culebra— explicó don Joaquín.— La pobre aguantó un remedio fuerte.

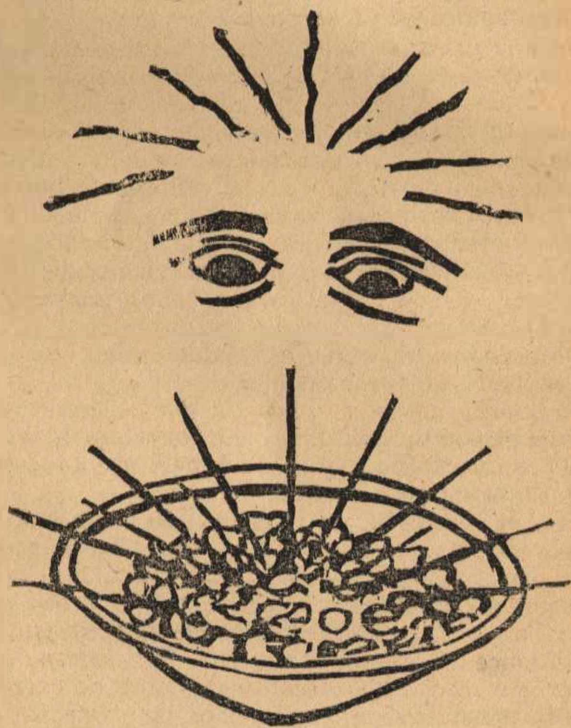
No quería que se esfumase la buena impresión e hice un esfuerzo por mirarle sólo a la cara, mientras aceptaba los buenos morados que me brindaba y asentaba con jibaro.

El Viejo siguió hablando:

“Era niña todavía mi Peta cuando su madre la mandó a buscar lágrimas de San Pedro para hacer rosarios. La chica incauta se jué dentrando en el bosque y, al pisar un tronco pudrido, saltó una culebra y le clavó el diente en la pantorrilla. Ningún remedio teníamos, ningún empírico había entonces y tuve yo, yo mismo, que estrujar el corazón y cortar con mi toledana una media libra de carne al rededor de la picadura!... Pero, dejemos las tristezas que para eso quedan el insomnio y l' invierno. Hoy pasaremos alegres y que venga otro puro. Además, ya se curará bien: la carne se repone nomás y la pantorrilla, al fin, n' es cosa que hace mucha falta”.

Cuando terminó don Joaquín, ya estaba la Peta sentada a mi lado; su madre, más allá, y los dos chicos que, sin contenerse en esa grave etiqueta, saltaron luego y empezaron a raimar caña en el patio.

Por los dos caminos que desembocaban en el rancho, aparecieron simultáneamente cuatro parejas de colonos.



... ¡Diez onzas de oro en una sola batiada!

Ellos, altos, desgarrados, con ligeros vestidos de lino, sucios y desgarrados; sus manos perfectamente curtidas al sol y al agua de las minas. Nervudos, amarillentos, tristes, serenos. Su oficio les daba una actitud encorvada e imprimía en sus brazos la perenne posición del abrazo, como para no dejar escapar una bateada pintona.

Chazos serranos, ilusos y pobres; pobres y tristes porque eran mineros.

Ellas, enredadera parásita de los patriarcas dueños de los condados ficticios del subsuelo, que también lavaban oro o canteaban toquilla.

Unas, de formas ajadas que se perdían en los pliegues del indumento sencillo; ótras de líneas redondas, de túrgidos senos que surgían cual la copa de los cauchales en la obscura floresta.

Los hombres abrieron las amarras de sus pantorrillas —precaución contra culebras—, colgaron los "collins" en las estacas de guadúas y se desbotonaron la camisa para limpiarse el sudor.

Las mujeres sentáronse en el suelo, cruzando las piernas y anudando los pañuelos en la cintura.

Y empezó, luego de largos saludos y cumplidos por el onomástico de doña Rosenda (me dí cuenta del motivo de tanta visita), a hablarse sobre el eterno tema de los mineros.

—Dizque don Jacinto s' ha encontrado una pinta tal que arroz quebrado, dijo uno de ellos.

—Esa zhallzha no puede dar ni ojo de pulga, amigo. Para mentir don Jacinto no tiene pareja.

—Yo conozco esa veta y yo mesmo l' abandoné por muy engañosa. Pinta tan poco que da tirisia. Moliendo l' agua del Río Blanco se ganaría más— contestó don Joaquín y pidió otro turno de puro.

—Me ha mostrado— siguió el de la novedad—; es pinta que da gusto.

—¿Y usted le cree al verraco? Eso que l' ha mostrado debe ser recuerdo que conserva de "La Fábrica". ¿Sabe usted lo que era la Fábrica?

—Eso sí que era de maravilla. Don Joaquín primerizo, ignorante y tonto, como es hasta el presente, estuvo en la

gran división de unas minas en el Matanga. Le tocó un cañón muy pequeño. Cogió la tierra en la batea y jué al pozo, porque ni río había. Echó l' agua y, a la primera tornillada, brilló l' oro y mi amigo cayó con pataleta".

"Un compañero cogió la batea para seguir y también, agarrándose la barriga, se jué a arrojar hasta el apellido".

—¡Era oro puro!

"Oiga usted y no interrumpa, sopenco. Vino un tercero y siguió tornillando; un cuarto, un quinto, y no sé cuántos más. S' alborotó la gente. El jefe, un tal Crisóstomo, d' ojos mejor que lente de joyero y de cabeza puro meollo, gritó:

—¡Sólo es soroche! Y agarró la batiada y se la escondió hasta que reaccionara don Jacinto".

"En volviendo en sí el muchacho, jué llamado aparte. El jefe l' ordenó que se quedase al alzarse los demás mineros, para liquidar, porque secreto había en su batiada... Y, para no hacer muy largo el cuento, les diré que don Jacinto liquidó diez onzas de esa sola batiada".

"De ese recuerdo deben ser los granitos que ha mostrado y nó de otra mina. Esos sí que eran gruesos, como lágrimas de china enamorada".

Entre turnos de puro que movían más la lengua, siguiéronse contando historias; hasta que vino la tarde, como una negación del verde infinito de la selva: hasta que vino el crepúsculo policromo, ropaje del viejo y pobre día...

I V

LOS PERIODOS

La noche embozó la montaña y le dió su abrazo de duelo.

El calor se desprendía del cuerpo y el sudor— puro vuelto a destilar por la piel— llenaba el ambiente del cuarto, obligando a la gente a quedarse con lo indispensable para no escandalizar.

Se merendó redondo y se bebió hasta el pescuezo. Don Joaquín ya borracho, continuaba refiriendo casos sorprendentes de lavadores y lavaderos.

Yo, instintivamente, me acerqué a la Peta y otras gentes jóvenes para hacer la noche toledana. El Viejo me miraba complacido; cada cuarto de hora, más o menos, pedía puros para la doncella y para mí.

El humo de los fumadores borraba las siluetas de los bailarines y se mezclaba al olor sensual de cuerpos excitados con el alcohol y con el clima.

Un muchacho de unos dieciséis años, que no tomó parte activa hasta entonces, alentado por el licor, rasgó unos acordes en la tradicional guitarra de lata de las minerías.

—¡Eso es, muchacho!— gritó don Joaquín.— Unas canciones más para mover las piernas, que el descanso nos traerá parálisis.

Rasgueaba ya media hora. La danza se volvió manía. Peta a mi lado me parecía una visión: ¡cómo la amaba esos momentos! No había para mí mayor dicha que vivir junto a esa virgen de la floresta!

¡Qué saben los hombres que no se han chumado en la selva; qué saben los que están rodeados siempre de mujeres que se prodigan en los artificios del amor! Hay que conocer una, allá, al fondo de la montaña, en la soledad de los árboles seculares; hay que marearse un poco y bailar con la tristeza de esas gentes pobrísimoamente ricas; hay que sentir con ellas y vivir con ellas para comprender esas

hondas y únicas impresiones!

Se ama de verdad al contacto de la madre tierra, al contacto de la realidad. Amé a la Peta así, mujer sin guiños ni coqueterías ni falsos idilios azules; pobre minera de barro oriental, con todas las gracias de la sincera montaña y todas las vergüenzas de la humana miseria.

La amé así, como es una mujer, como sería si llegara a pertenecerme. De nó, no pudiera contar esta historia que me la guardo al fondo del pecho, como secreto de confesión...

El de la guitarra, vigoroso y valiente, comenzó:

"Esta noche tomaremos
para madrugar al cielo;
mamita, ya no hay infierno,
todos los diablos s' han muerto".

¡Otro puro, otro y otro! La canción se repetía hasta volverse latido, hasta volverse médula.

Sólo en ese momento podía comprenderse el significado e intención del cancionero. Ahora casi no entiendo: me parece tonto, sin sentido.

Un momento salí al patio; respiré a todo pulmón. La noche estaba apacible, con estrellas azules y me acarició con tibieza de lascivia. La noche triste la lloraban los luceros.

Los inmensos cerros bailaban, con todo el peso de la selva, en mi cerebro: estaba en el período del cariño: ¡cómo quería entonces a toda esa gente!

Pensé a solas en cómo se parece la vida al proceso de la embriaguez: al principio es todo cariño, amor para todos, tal que niño que atrae caricias de cuantos lo contemplan.

Después, la juventud. Robusta, varonil, sin miedo: el tiempo de las disputas y pependencias.

Al final, el descontento, la ira, la incorformidad de los viejos... hasta que viene el sueño en los chumados, hasta que viene la muerte en los humanos....

No querría pasar del primer ciclo.

Una voz fina que acalló el eterno limar de los grillos, percibí cerca de mí:

—¿Qué hace aquí, don?

—¡Ah! Es Ud., Peta... Estaba refrescándome: hace



El humo de los fumadores borraba las siluetas de los bailarines y se mezclaba al olor sensual de cuerpos excitados con el alcohol y con el clima.

tanto calor adentro.

Y sin más la estreché contra mi pecho y la besé.

—¡Sois batea de oro puro, mujercita... y yo la arenilla. ¡Pero, no habrá imán que nos separe!

Nadie nos escuchaba. El rumor de las cascadas rezaba y el viento tibio soplaba contra el Río, para que el agua no se llevase el oro. El alma de las minas paseaba su señorial silencio por los entresijos del bosque. Todo dormía en la noche ardiente; sólo en el rancho de don Joaquín, se olvidaban penas y en nosotros se miraban nuestras almas y vivían por todo lo dormido.

Vino don Joaquín; nos abrazó y nos dijo:

—Chiquillo, hija mía... ya conoces, amigo, a ella. Es m' hija, l' única hija. No he mentido, ¿ves? Y no habrá dote, sino que todo será d' ustedes, todo lo que tengo, hasta el Bolsillo, hasta los secretos que tengo en esta selva perra, en esta selva madrastra que se lleva la vida y nos da su beso tísico y se chupa la sangre, cambiándola con oro...

Y se fué echando malhayas.

—¿Has oído, Peta?

No me contestó. La abracé más fuerte. La noche, la soledad, el puro que apretaba el cráneo, la carne de ella, su cuerpo hecho uno solo con el mío, pero... de improviso, bruscamente, bruscamente, se apartó y corrió a la pieza.

La seguí con la vista: era elegante y donairoso: palmera irremediabilmente atada al suelo.

Me quedé pensando un momento; después entré a la pieza: todos estaban ebrios. Unos hablaban a gritos, otros dormían, los muchachos jugaban a los naipes. La Peta y su madre iban y venían sirviendo puros; don Joaquín contaba historias.

—Nos vamos, don Joaquín— le dije—; ya viene la aurora.

—¡Qué sabe usted!— Mañana es domingo y debo invitar a mis amigos rancheros para los trabajos del lunes en nuestro Bolsillo. Quédese y oiga una canción.

El cantor obedeció.

“Apúrate, chiquitita,
que ya viene tu marido;

vos hazte la gata brava,
yo m' haré el desimulado".

Luego me cansó la reunión; no surgió novedad que me atrajese y se repetía todo monótonamente.

Y me cayó toda la tristeza de la selva en el corazón. ¿Estaba en otro período o comprendía mi realidad?

Don Joaquín notó mi desagrado; acercándose cariñoso me dijo:

—No s' entristezca, amigo; es nomás el puro que l' está saliendo por los ojos.

—No lloro, don Joaquín: estoy chumado.

—Hay que ser fuertes; aquí hay la costumbre de no-chiar todo entero y de bailar con todas, que todos somos comunidad. De nó, vienen los disgustos. Baile con las demás, ya habrá puros y canciones y dígales algo que nada chismiarán y la noche se tragará, mismamente que un muerto la lengua, todo lo hablado en tan grata amistad.

El de la vihuela siguió:

"Anoche dormí en el cerro,
antenoche, en la montaña;
para esto tiene la culpa
el rico trago de caña".

Acercándose al muchacho otro adolescente, cantó:

"De todos los animales
yo quisiera ser el zorro,
para comerme a la polla
y dejarle al gallo solo".

—El minero— añadió don Joaquín— debe ser tal que corazón de chonta, duro y retemplado con iviernos y veranos y debe casarse para ser entonce bicho con cuatro brazos para el trabajo y pecho con un solo corazón para quererse.

El chico siguió con otra letra:

"Padre mío San Antonio,
santo bienaventurado;
¿por qué me has dado esta cruz
de este palo apolillado?"

Se bailó y el mozo despedazó ctra canción:

"En la esquina vi parado
un sapo con pantalones

que, abrazado de una sapa,
le daba satisfacciones”.

Con esto, ¡adiós! dijeron los convidados, levantándose para despedirse, pero don Joaquín los detuvo:

—¡Qué van irse! Hay que comer a la madrugada, porque de nó el antimonio se dentra al estómago y no hay diablo que lo saque.

Así fué: se comió alguna carne y se tomó huarapo traído del Boliche.

Hasta tanto a mí el sueño me alcanzó paz y descanso.
¡El último período!

V

CONTRA LA SELVA REAL

A las seis de la mañana, cuando apenas el sol echaba color en las cosas dormidas, estaban ya los mingados de don Joaquín comenzando el desvío.

Microbios de la carne roja de los cedros, algunos hombres lanzaban, a todo brazo, cortes de hacha, cuyo golpe seco, inmisericorde, se sucedía en el eco de la arquería de la montaña.

Serenos los gigantes, ni siquiera se estemecían a su herida agrandada a cada corte. Sólo al final, cuando su gran peso bamboleaba sobre la médula suave y humedecida, lanzaban un último ronquido de muerte y caían abofeteando a la tierra traicionera, triturando, en su incontenible vértigo, la pequeña fronda de arbustos y helechos.

La región se despojaba de guardianes,— batallón rendido al metrallar de hachas y machetes—; entonces otros hombres abrían el nuevo cauce, más bajo, para que corriese el agua, dejando seco el remanso.

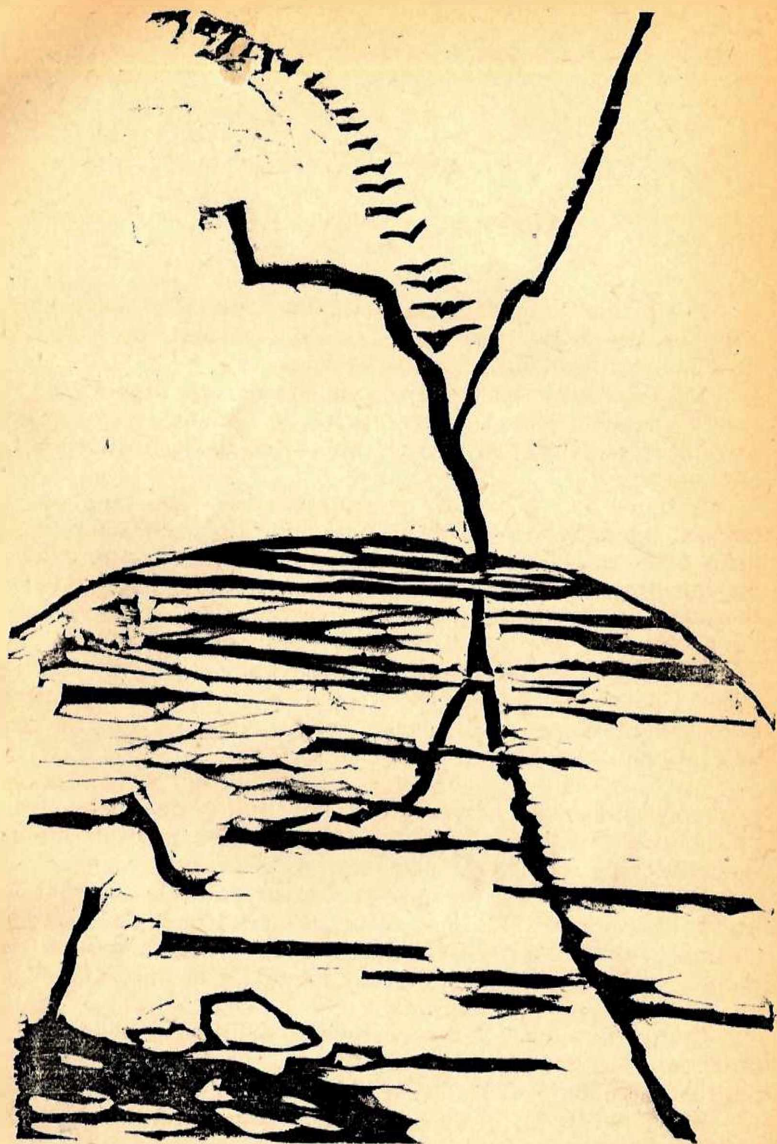
La tierra suave, negra superficialmente, resistía como una verdadera red: a veces era un tejido de raíces de la exuberante floresta; otras, un conjunto de piedras que se apetrujaban unas contra otras en un gesto de avaricia.

Mientras el corte de los hachazos producía un sonido hueco, isócrono y rudo, el golpe de las picas en la roca chillona, tenía notas de metal herido. Trágica música de golpes: redoblar de tambores de muerte: se había dado la voz de "ataque a la bayoneta".

Crujía la selva; caían los héroes seculares; las canoras lanzaban un requiescat y dibujaban, con sus alas, cruces negras en el cielo azul.

Entre tanto, en la risa triunfal del montañés, se adivinaba el irónico epitafio...

Yo no trabajaba en esas faenas. Don Joaquín manteníame a su lado, como mandadero para impartir órdenes y



Cuando apenas el sol echaba calor sobre las cosas dormidas.....

para llevar a los trabajadores huarapo y aguardiente, a fin de estimularlos.

Dos hombres acabaron de tumbar un cedro; me acerqué brindándoles el fresco huarapo.

—Para el sudor, compañeros; les manda don Joaquín.

—Güenos días. ¡Qué falta hacía el fermentado! D' aquí va salir pudrido en oro, señor.

—Será don Joaquín— repuse un tanto molesto.

—Se dice que es para los dos. Buen ojo el de don Joaquín. Con oro s' hace loquequiera.

No quise dar demasiada importancia a la alusión. Regresaba a mi puesto cuando cruzó una inquietud en mi pensamiento y me volví para pedir me explicasen aquello de que con "oro se hace loquequiera".

—¿Qué quieren decir con eso?

—Pues nada... Ya habrá tiempo de contarle al terminar el trabajo.

Me pareció que quien me contestaba era uno de los invitados de don Joaquín en la fiesta de la noche aquella. Poco recordaba de toda esa algarabía.

Intrigado cumplía mi misión, esperando que pasase pronto el día para descubrir el secreto.

En el trayecto me crucé con Rosario que lavaba en su propio sitio, sin corresponder a la generosa invitación del Viejo.

—¡Rosario!

—¡Don enamorado!

—¿Estás terca? ¿Quién te ha intrigado?

—Aquí los murciélagos llevan el correo. Ya m' han dicho de los enredos con la Peta.

Oí decir Peta y se me estremeció la sangre en todo el cuerpo. En mi conciencia se interpuso el problema de la duda: ¿Rosario o Peta?

—Te conocí a vos primero— seguí diciendo, sin saber qué camino tomar.

—Y le quisiste a ella, después... No interrumpas que estoy terminando una batiada.

Se inclinó sobre el agua y siguió sacudiendo la batea. Al fin quedó sólo la arenilla en que brillaban algunas chispillas de oro.

—¿No liquidas de una vez?

—Eso s' hace al fin de la semana, de un solo golpe, para no perder tiempo con lo poco que da cada batiada.

—Dicen que del Bolsillo se sacará por quintales. ¿Por qué no ayudas en el desvío para que tengas derecho?

—Para vivir se necesita sólo d' esto; pero para quitar la vista, hay que buscar cerros d' oro. Sois un ciego: el antimonio t' ha pegado a los ojos.

La tragedia seguía aclarándose.

Rosario volvió a sacar con la plancha una porción de tierra guijarrosa y a lavar en cuclillas, evitando que la viera.

Pensé reanudar el diálogo, pero la voz de don Joaquín me reclamó imperativamente.

—Sí— dijo Rosario, dándose cuenta de la manera de llamarme el Viejo—; sí, el oro es poderoso, el oro manda; mi corazón es de carne... el de ella, de oro, de oro pudrido, porque quiso a oscuras...

Mi situación se volvía más angustiosa y vislumbré la verdad. Comprendí el por qué de las atenciones del Viejo. Pero no diría nada. La experiencia me enseñó a callar.

—Hay que preparar el almuerzo— insinuó don Joaquín.— ¿Has contado ya cuántos trabajadores hay?

—Pasan de cuarenta.

Con doña Rosenda y los dos muchachos cortábamos grandes hojas de plátano a que sirviesen de mantel sobre la tierra.

Las mujeres, en la vajilla, que era casi toda de cedro pulido, vaciaban el mote serrano, traído del Sígsg, porque el oriental es redrojo. Lo colocaban, como una colinita nevada, a lo largo de las hojas.

Los tarros de lata que servían para jatear agua a los canalones, hacían entonces de vasijas para cocinar la yuca. ¡La yuca! ¡Qué gorda y buena es!

—D' esta— dijo doña Rosenda— era la que me llevaba el Joaquín cuando novio.

En la abundante mesa había tantos potajes que daban ganas: mote y yuca; carne de pavas monteses, con ají, de ése del Oriente que mete calor; plátano y piñas de lo bueno; guabas machetonas, chonta, papas de la sierra—lo más

exótico en tierras trasandinas—, huarapo, puro y café. ¿Qué más? Para comida de montaña era banquete.

—Vino la gente y comió por lo sudado. Don Joaquín quedaba para segunda tanda, con su familia y conmigo. Mientras coman los demás él quería distraerlos con historias.

—Sigán ustedes embuchando mientras yo les doy un cuento— les dijo y, pasando unos tragos, se puso de pie hacia la mitad de la mesa y comenzó:

“El diluvio de la Historia llegó también por estos montes; pero, como aquí no hubo arcas ni Noés, se perdió tan buena semilla. Pues que era mes de diciembre y l' invierno s' estaba yendo. El Santiago, en baja marea, despejaba la roca del “Guambonaza”.

“Zunga, jíbaro bien fornido y valiente perseguía un cazhay, haciendo piruetas en su canoa sobre la corriente del río. Disparó; el animal quedó herido, pero el cazador perdió el equilibrio y fué tragado por las aguas. En la choza nada sabían su mujer y sus hijos y vino la noche”.

—Está para cuentos, don Joaquín— rezongó uno.

—Oigan lo que sigue, amigos, que esto era sólo para dar prencipio.

“Al día siguiente, mingando gente, jué la mujer, digamos la viuda, en busca de Zunga y, claro, debió de sanglotiar su corazón al encontrar la canoa vacía, voltiada en l' orilla”.

“S' hizo el duelo y s' olvidó a Zunga”.

“Entre tanto, bajo l' agua, en las cuevas subterráneas del Guambonaza, estaba sano y salvo Zunga, en un palacio embrujado”.

“El dueño de esa mansión quiso recompensar a Zunga por la muerte del cazhay que era su enemigo y le presentó a su hija para esposa. Esta niña se convertía en el animal que desiaba. Antes de dos lunas se matrimoniaron y la princesa rogó que la llevara a conocer los dominios de la tierra. Consintió el esposo y, al salir, ella se convirtió en culebra y se metió en el carril de Zunga”.

“Llegaron a la choza: nadie parecía; pero, después de unos momentos asomaron los deudos. Todo contó Zunga a la jíbara, menos lo de la princesa. Un día el hijo mayor,

vencido por la curiosidad— vicio que nos desgració en el Paraíso— abrió el carril y encontrándose con la culebrita la maltrataba con una varilla. Pudo escapar la infeliz y alcanzar las aguas del Santiago”.

“Entonces comenzó un invierno de dos meses seguidos. S’ inundó la choza, murieron muchas familias y especialmente la de Zunga. El quedó de Noé, salvado por la princesa que se disfrazó de pez y lo llevó de nuevo a las profundidades del río”.

“Dicen que de esa pareja se volvió a poblar de jíbaros la montaña”....

Cuando terminó don Joaquín, todos los convidados habían concluido el almuerzo. Comentando el cuento, medio borrachos ya, tomaron las herrâmientos para continuar la faena.

La segunda mesa se sirvió en silencio; rápidamente me dirigí al Bolsillo. Viendo cómo corría el agua por el nuevo lecho, me dejé estar hasta que vino la tarde a envolverme con su manto de colores, trayéndome acre olor a tierra removida.

Se acabó el desvío y el agua murmurante saltó por nuevas rutas, como un colono que encuentra la propia trocha después de un ambular perdido.

Sobre el limo que escondía el tesoro, quedó una capa brillante de peces plateados, tal un espejo que multiplicaba la ilusión.

Cantando se fueron los mingados, envalentonados con el puro y más airosos que los mismos chontales. ¿Qué era la selva ante sus biceps y sus hachas incontenibles?

V I

LAS PRIMERAS HIELES

Belisario, aquel de la oferta de referirme la historia de la Peta, arrimado a una palmera y entrada ya la noche, comenzó, mientras hipaba de lo borracho que se puso al terminar la minga.

—T' estaba diciendo que el oro tapa loquequiera. Claro, amigo, la Peta.....

—Ya te entiendo... Y no quiero saber cómo.

—T' aviso. ¿No ves? Por algo l' afecto del Viejo. ¿Crees vos que así nomás s' ofrece una hembra? Vos, hombre rodado por la Costa debes de comprender las cosas: esa moneda ya nadies la cambia. Y con lo que se dice por el Río.

—¿Qué?

—Pues que t' han visto, a la siguiente noche de tu llegada, merodiando a la Rosario...

—¡Bellacos! ¡Cómo son estas gentes! Conocía la orilla, me topé con ella y le conversaba mi viaje. Aquí no se puede ni hacer una amistad. Bienhaya mi Costa, donde nadie se espanta, así lo vean...

—T' han visto besándola; que para rechoncha y apretada es la longa! Te debe de querer para dejarse nomás, porque ella a nadies le devuelve los ojos. Me contaron sin querer una tarde que llegaba de Gualaquiza y me quedé impedido por l' invierno a dormir en Gallucantana. Unos caballeros conversaban y oí; no podía taparme los oídos. Decían de un tal Telésforo que l' abusó cuando estaba recién mordida de la culebra y no podía andar de priesa: esto decían de la Peta; de la otra, ya te cuento.... Bueno me voy; la noche es oscura y dicen que por allí anda el diablo de las minas, vengándose de nuestro trabajo.

Se fué trastavillando y codeándose con los árboles.

Sólo al día siguiente supe que tropezó en un tronco y quedóse dormido en plena maleza, sin importarle ni el de-

monio ni la noche oscura; pero sí las hormigas que le comieron toda la ropa y le dejaron como Dios lo mandó al mundo.

Mas, todo pasó y Belisario siguió su vida como antes; al indio nada le asusta; ni le hiere la garra tremenda con que victima la tierra avara en defensa de su entraña. Ellos no enferman, ni se les entumescen las manos, porque son indios, porque les pertenece su tierra rica, la tierra de sus Andes que tiene por corazón acervos de oro. La tierra es avara y nunca enriquecerá a la Nación explotada por los hijos postizos. El oro es de ellos, de los eternamente deportados del propio terruño....

Enfermo, más de ociosidad, pasó Belisario un día en cama; después, siguió su misma vida, encebándose cada vez más y soportando el gran peso de su barriga enciclopédica. Así continuaba robando caña y comiendo en el primer rancho al que llegaba.

Contento con lavar poco, la producción regalaba a quienes le alimentaban. Jamás faltaba en las reuniones, ni en las mingas ni en parte alguna donde podía encontrar distracciones. Soltero y alegre, vivía siempre una vida de broma.

Inconstante, cual el cielo de Oriente, se ausentaba de improviso y recorría los entables de Gualaquiza, ganando en las moliendas y bebiéndose todo el salario.

En las minas aparecía las mañanas, lavando con todo entusiasmo y por las noches, albergado en cualquier socavón.

Un día durmióse en un desbanque; el agua se llenaba y, a no ser por el auxilio que le prestaran unos transeúntes, hoy le hubiéramos rezado a su ánima...

Me dirigí a la choza de Rosario. De la montaña subía un olor acre, mezcla de fruta madura, de tierra húmeda, de raíces en fermentación.

Antes de llegar, la silueta de Rosario se destacó en la puerta. La luz de la cocina le bañaba de golpes rojos y amarillos: gran porotillo gualaquiza en forma de mujer; porotillo oriental, grano para los juegos de naípe... Rosario: un tanto puesto para sortear mis ilusiones.

—Estás pasando tiempo al venir— díjome de golpe.

—Quiero que me expliques tus alusiones a la Peta.

—Está explicado... Belisario ha dicho a todo el mundo.

—Olvidémoslo, Rosario; sabes que te quiero...

—Vos olvidas cuánto te conviene: el amor no se quita y pone a capricho. Si me quieres, ¿por qué vas donde la Peta?

—No seas injusta, Minerita. Sabes cómo fuí: invitado de don Joaquín. Es él mi benefactor, tenía que satisfacerle... Además, ¿quién te ha asegurado que estoy en amores con ella? Yo te quiero a vos, a vos que fuiste primera flor de Oriente, regada con el agua del Río Blanco...

De la mano la llevé a la orilla. Conversamos largo y, sin haber jamás pensado en tales cosas, resolví robarla.

Hicimos el plan: yo seguiría de ayudante de don Joaquín en la explotación del Bolsillo, hasta conseguir algunos gramos; entonces, cualquier noche oscura, agarraríamos camino para el Zamora, donde decían que el oro es grueso tal que trigo.

Continuar en el Bolsillo, por más tiempo, era muy comprometido; debía necesariamente verme con la Peta y lo que convenía era alejarse, poner tierra de por medio y librarme de la red del Viejo que pensaba comprarme con oro, con el oro que podía tenerlo también por mi trabajo.

¡Buenas minas había en todo el Oriente para vender mi libertad en los primeros bancos que encontraba en el camino!

Tornillar la batea, distinguir la buena zhalzha, liquidar la arenilla que se detiene en el hoyo y seguir la veta de los bancos, no eran griego. En pocos días de observar bien, quedaría perito y podría aventurarme a otros sitios para hacer fortuna.

Empezaría por conocer los bancos, los que se han formado especialmente en las curvas de los ríos, allí donde el agua traza recodos.

Luego aprendería a conocer el color de la tierra aurífera, entre verde y amarillo y acostumbraría a las manos a separar en los socavones la zhalzha que no sea pura greda y que tenga arena que muerda los dedos.

Saber bien, para no engañarse, cómo se presenta el

soroche en la batea; casi nunca él es buen indicio; ensayarse bien en liquidar: cuando queda sólo la arenilla con el oro, lavada ya toda la tierra, hay que tener mucho tino a que no resbale el oro y el trabajo se pierda. Al final, cuando queden pocas chispas de arenilla, guardar para separarlas con imán o soplarlas con habilidad. Lo reunido de un día se debe calentar a la plancha, para conservarlo seco, de nó el oro se pega en las paredes de los frascos y se necesita llenarlos de agua para reunir las chispas: molestias que quitan tiempo y exponen a pérdidas. El oro es tal que cabra: tira al monte apenas se lo deja libre.

Tener buen ojo para descubrir las chispas a los primeros movimientos de la batea y separarlas con los dedos a que no se mezclen nuevamente con la zhalzha. Sobre todo, esto sí que es importante, distinguir los rubíes: se los vende bien y traen suerte. Cuando se los pierde, no pintan las bateas y el reumatismo ataca a las manos...

Aprender, en fin, este oficio de sacarle el alma a la tierra. Esta alma de la tierra que anima el cuerpo de la Nación; el alma de esta tierra rica que le tiene pobre a la Patria, porque sus dueños no saben de estas penalidades y se enojan con el oro que son lágrimas y tristeza; con este oro que es alma del lavador oriental que anima ajenos cuerpos. La pobreza vende su alma.

De todo esto hablamos esa noche, mano sobre mano, corazón junto a corazón.

Y nos amamos más. Mientras dormía el horno verde, nosotros vivíamos. Los grillos nos daban su monótona serenata de cuchilladas a la tiniebla. El Río se reía y la gran selva, ardiente y lasciva,— gigante expectador de títeres,— nos miraba con sus grandes ojos de fronda húmeda; los bejucos nos tendían sus largas manos reumáticas y adoloridas, como queriendo ahogar nuestro idilio. Bejucos salvajes: cuerdas de inmensa lira en que cantaba la floresta sus canciones magníficas de poderío y soledad.



Los bejucos nos tendían sus largas manos reumáticas y adoloridas.

V I I

PLEGARIA Y ABUNDANCIA

Vinieron los hombres con las bateas a la espalda, sostenidas por una fibra de hoja de plátano; y en las manos la barreta y la plancha.

Las mujeres, precediendo a sus hijos y con la pollera recogida en la cintura, traían un poco de pelma y de mote para el almuerzo.

Desfilaban por la orilla, inclinados, sudando y quejándose de dolor de espaldas.

—Este oficio de mineros daña los riñones.

—Y tuerce las manos e hincha los dedos.

En la espalda tostada y desnuda, el sol imprimía el lacre rojo, certificando la afección.

La mañana, clara; sin nubes, el cielo; y sin viento, la hondonada. El calor traía perfume de helechos y de orquídeas. En el laberinto de la montaña los pájaros desafiaban sus gargantas, mientras los loros inundaban de carcajadas el ambiente. El grito estridente de los monos resaltaba un falsete en medio del coro polifónico de la selva.

Y la luz, como que liquidaba muchas libras de oro, derramaba su áurea riqueza en la copa de los árboles.

El verano estaba en su furor: los mosquitos eran una nube gris; y las mariposas, como las ilusiones de los trabajadores, pintaban una danza de colores sobre las piedras del Río, sobre el césped, sobre la cabeza de los mineros: seguían el compás de las canoras.

Linda la mañana, como que se comenzaba la explotación del Bolsillo.

Todos los que ayudaron en el desvío tenían derecho a una batea de limo.

Hundido hasta la cintura, don Joaquín caminaba hacia el centro del recodo, batiendo la arena del lecho. Apoyándose en una guadúa, se detuvo en la mitad y pidió que le pasasen, por turno, las bateas de sus mingados.

Formóse una hilera de hombres desde la orilla hasta el Bolsillo. A manera de chasqui, iban las bateas vacías y volvían llenas de zhalzha.

Continuábase repartiendo, cuando, de repente, los muchachos que son los más ligeros y diestros, gritaron a todo pecho:

—¡Oro, oro; es puro arroz quebrado! Viva el Bolsillo, viva don Joaquín!

La gritería transformóse en trueno. En la orilla, el agitarse de brazos y piernas, mareaba.

Los cholos corrían sobre las piedras, sin temer el correntoso Río que también parecía alegre. Las mujeres abandonaron sus niños en la arena caliente, absortas en su emoción; y los hombres, riendo y gritando, liquidaban de una vez su ración y besaban las piedras antes de arrojarlas al agua. Abrazábanse, lloraban, danzaban. Echando sus sombreros al aire, levantaban sus puños y, en medio de imprecaciones, como poseídos, gritaban:

—¡Dios, Dios grande, Dios de las minas, alabado seas por siempre!

Toda idea de la ayuda del demonio para sus empresas mineras, borrose ese momento y se alababa y bendecía a Dios.

—¡Dos gramos!

—¡Cuatro!

—¡Cinco!

—¡Una onza pesada!

Todo el mundo rodeó al feliz que liquidó una onza. Llenando el hoyo de la batea, estaban pedazos de tamaño de granos de trigo!

La práctica de los lavadores calculó exactamente la porción. ¡Treinta gramos le salieron a don Rudecindo!

Mojado íntegramente salió don Joaquín.

—Está mojado mismamente que un río,— dijo una mujer— mirándolo como a un semidiós.

De la camisa y pantalón del Viejo, los chicos, con las uñas, recogían pequeñas esferitas de barro y volaban a lavarlas.

Don Joaquín, orgulloso, se paseaba entre sus protegidos, llamándolos por sus apodos y bromeando con ellos.

—¿Quién les ha dado oro?

—¡El Bolsillo del Diablo!

—¡Verracos! ¡Sepan que yo!

—¿Por quién tragarán ustedes?

—¿Por usted!

¡No! Por mí, tragaremos yo y ustedes, gracias a Dios! No saben que de El es todo y por El podemos todo? El me ha puesto pensamiento en la cabeza y por eso tenemos oro... De hoy en adelante, nadie llamará al demonio al momento de lavar. Pendejadas que siempre andan diciendo. ¡A ver! ¿Quién me ha puesto pensamiento en la cabeza?

—¡Dioooooos!

Bueno— dijo don Joaquín, rodeándose de todos—, el domingo que viene todo el mundo al Aguacate, para mandar a celebrar una misa; pero una bien grande, con muchos sacristanes y muchas velas. Hay que dar gracias a Dios. ¿Entendido?

—Sí, señor— asintieron todos.

—Bien— siguió el Viejo—, yo mandaré hoy mesmo a Gualaquiza un recado a los Padres, pidiéndoles que vengan más; con el único que suele bajar al Aguacate, ha de resultar de a dos por medio; yo quiero una misa gritona, con muchas casullas y muchos manteles... Mientras tanto, yo, con mi yerno y mi familia, lavaremos unas batiadas para regalo a los misioneros.

Oyeron yerno y cien ojos se clavaron en mi humilde persona. Si no era ese momento don Joaquín el personaje más grande del Oriente, le hubiera partido la boca con mi batea.

—Esta tarde todos me darán cuenta y razón— continuó el Viejo— de cuánto les ha tocado. Quiero calcular lo que queda para mí. Por hoy, gracias; ¡a sus sitios! que yo ya no les debo nada.

Un gracias interminable fué la respuesta de los lavadores, mientras desfilaban hacia sus bancos.

Solo quedó el Bolsillo. Con don Joaquín hablábamos de la riqueza descubierta, en tanto que el Río, con su vocabulario cristalino, nos hacía mil promesas.

Don Joaquín contenía su ansia de explotar el Bolsillo y se daba por satisfecho con la prueba de la mañana.

—Aquí tengo una fortuna, amigo; esto no es cuento. Empezaremos el trabajo mañana. Usted se quedará aquí en esta su choza para cuidar el tesoro. Yo m' iré al rancho a contar a la familia y a preparar unos víveres para la gran romería. Debo darles de comer; no faltaba más: ¿quién va ir tan lejos sólo por devoción?

—¿Me permitirá unas bateas, don Joaquín?

—Nació para pobre amigo. Claro, hombre de Dios, si esto es suyo. Está con hambre y no piensa comer teniendo la comida alante...

Mientras liaba sabrosos chigüindas y fumaba nerviosamente uno tras otro, decía:

—Dios es grande, pero, perdóneseme, es de veras travieso; me crió más infeliz que perro guasicamero; pasé mis primeros tiempos sembrando esperanzas junto con el maíz en mi tierra sigseña; me casé con la Rosenda, buena es la vieja y se puede decir que ella me mantenía con los toquillas. Tuve cuatro hijos; todos s' han despedido para siempre!

"Todos murieron... La Peta nació última: única prenda que me queda. Bien pues, así pasaron quince años, hasta que un día el periódico hizo la bulla de que el oro de los bancos se llevaban todo para la Capital. ¡Qué pena tuve! Hoy que sé lo que cuesta y cómo l' agua y l' arena quitan la vida, así nomás, lavando, lavando".

"Decían que nuestra moneda bajaba más; el comercio, por las nubes y los sombreros de mi esposa no se vendían. Vino l' hambruna y oiga usted lo que hizo Dios conmigo: el oro comenzó a subir; de dos sures que valía el gramo, se puso a cinco, a seis, diez, hasta que hoy vale quince".

"Dejamos nuestras ocupaciones de labranza: ingrata agricultura! Buscamos minas, bancos de oro y ya ve usted lo que tenemos en tan poco tiempo: un rancho bien montado y algunas onzas en las botellas".

Efectivamente me mostró un día una torinera repleta.

—¿Cuánto cree que lleva esta botella, amigo?

—Algunas libras, señor.

—Desconocedor es usted. Nomás que una arroba se lleva la tragona!

"Tengo este rancho— continuó, invitándome otro ciga-



¡Señor Todopoderoso, Rey del mundo y Dueño de todos los tesoros de la tierra!

rrillo--; es necesario tenerlo para cuando dentre l' invierno y no se pueda lavar. Además l' agricultura sí reporta en el Oriente. ¡Ah! tierra esta tan fecunda! La tierra oriental es vientre madre, amigo: dondequiera da fruto. La semilla s' echa en cualquier punto y responde siempre. La tierra de Oriente es un solo vientre".

"L' he contado mi vida; hoy estoy viejo y Dios m' ha pagado mis oraciones".

Cuando terminó su relato, apoyó la cabeza entre las manos y pronunció esta oración:

"Señor todopoderoso, Rey del mundo y Dueño de todos los tesoros de la Tierra; haz que l' agua nos siga jatiando y que no falte en los bancos l' oro con que t' haremos coronas y peañas; ni el sol que seca l' agua, la que nos moja y nos enferma... Perdona mis faltas... Amén".

VIII

BATEA MINERA

Pensando estaba esa mañana en lo que me contó don Joaquín de su vida.

Poderoso ahora; natural de la tierra americana que no suele honrar a sus hijos propios, indio puro de la vigorosa raza sigseña, por su trabajo y talento, habíase conquistado un puesto y conseguido ese "don" que todos anteponíamos a su nombre.

Don Joaquín era hombre de respeto y muchos teneres. ¿Por qué quería ser mi suegro? ¿Qué valía yo, pobre serrano, rodador de mundos, que ni siquiera sabía las destrezas del minero para que hubiera puesto sus ojos en mí.

El recuerdo de las palabras de Belisario invadió otra vez mi cerebro.— El oro tapa todo. Y luego Rosario con su sátira:— ella tiene corazón de oro.

La Peta podía ser una cualquiera... pero, no se borrarían jamás las impresiones que de ella tuve. ¿La quería? ¿No era más digna Rosario?, ¿no fué éste mi primer amor al llegar a la selva? Además elaboramos un plan... Sí, la robaría, la llevaría a otros sitios! El Oriente es grande, es muy grande...

A la orilla intentaba lavar una batea, cuando me sorprendió Rosario que salió de entre la maraña.

—¿Ya sabes lavar?

—Ponía apenas la zhalzha.

—¿Quieres enseñarme?

—Para lavar no se necesita de tanta cabeza. Atiende.

Como un aplicado golfillo de escuela, procuraba que se me grabasen las enseñanzas: tenía verdadera devoción por aprender. En ello estaba mi futuro.

Una vez llena la batea, la sumergía en el agua y la sacudía. Los guijarros más gruesos aparecían primero. En la batea los refregaba hasta dejarlos limpios. Volvía a echar agua y mover a prisa hasta que quedaba sólo la are-

na. Esta vez, como era tan rico el Bolsillo, aparecieron buenas chispas.

—¿Ves? Es muy rico el Bolsillo.

Más que el oro yo veía sus brazos redondos que brillaban mojados; y contemplaba todo su cuerpo sacudiéndose nervioso al tornillado de la batea. Bajo la fina zaraza se adivinaban sus líneas, sus formas apretadas, ardientes, olientes a limpio, a fruta bien madura y fragante.

Me coloqué detrás de ella y, levantando su cara rosagante y pura, besé su boca, sus mejillas, sus lindos ojos cerrados.

—¡Déjeme!— gritó, dejando caer la batea que, en la corriente, se fué con la arenilla y el oro.

—¡Buen cariño el tuyo!

—No importa; vos vales más, mucho más...

—¡Había tantas chispas! ¡L' agua se lleva otra vez la riqueza!

—Y vos mi cariño...

Nada le importaba que la fastidiase: su pena constituía la batea perdida.

Intenté besarla de nuevo; de un salto evitó mis manos y se internó en la maleza. ¡Don Joaquín estaba a diez pasos!

No recuerdo lo que pensé ni lo que hice. Me di cuenta, cuando, a la mitad del Río, intentaba alcanzar la batea.

—¡Cuidado!— gritó don Joaquín.— Allí hay sumideros!

Alelado me detuve.

—Salga, amigo. Las bateas s' hacen nomás: queda tanto cedro en la montaña.

El calor no exigía el cambio inmediato de ropa: quedé secándome al sol, tendido en la arena candente. El Viejo dijo:

—China tentadora es la Rosario, pero, muy huraña conmigo: ni siquiera aceptó mi oferta de lavar en el Bolsillo. El mal es para ella, lo siento porque l' estimo... ¿Qué vino a hacer por acá?

—Es diestra esta doncella— contesté sin saber cómo salirme del apuro—; estaba enseñándome a lavar. Ya aparecían las chispas cuando le venció la batea.

—Sería por jugar, que para traviesa y tentadora es ella. Por chanciarse no sabe lo que hace, pero va a costarle caro.

Me serené y oí a don Joaquín todas sus largas consideraciones, pensando en cómo se hacía más oscuro mi problema de seguir en el Bolsillo. El Viejo me ofrecía su hija para que yo le dejara a Rosario? ¿Sabía acaso de mis amores con ésta, o era verdad lo que de la Peta se afirmaba?

¡Oscura y enrevesada es la vida en las mineras!

—T' enseñaré a liquidar— insinuó el Viejo y en su batea echó unas almorzadas de zhalzha.

Sacudió, cuidadosamente hasta que quedó la arenilla; las chispas se reunían en el hoyo del centro; entonces, ya no introducía la batea en el agua, sino que mojaba su mano y, con gran pericia, dejaba caer las gotas, procurando que todas las chispas adheridas a la concavidad de la batea, resbalasen al hoyo.

—En este estado— añadió, mirándome— se puede recoger, para, cuando se haya secado, quitar l' arenilla con el imán. Pero, l' enseñaré una cosa más para la cual se necesita un poco de habilidad.

Con destreza singular, echó gotas de agua y movió la batea; al cabo de unos minutos quedaron unas setenta chispas que don Joaquín calculó en un gramo: eran tan gruesas.

Pequeñísimas partículas de arenilla quedaron con el oro. Haciéndolas resbalar de la batea a la plancha, dijo:

—Entonces s' hace así.

Prendió hojarasca y tostó por un minuto hasta que desapareciese toda humedad.

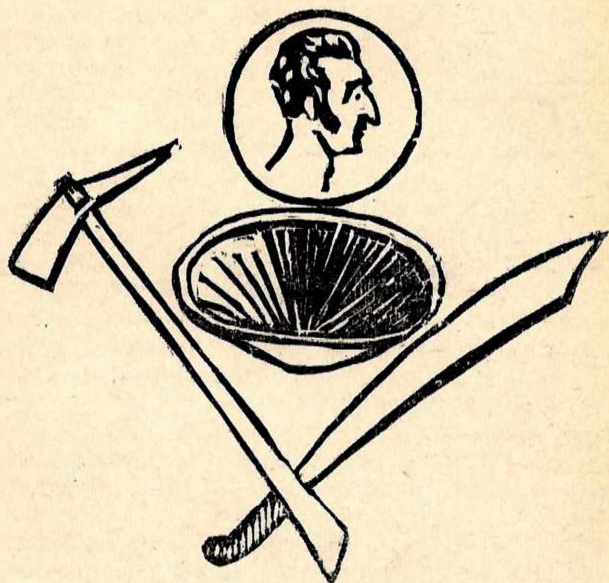
—Entonces s' hace así.

Dió un soplo y quedó el oro brillando en la plancha!

—¡Qué imanes, amigo! Son ocho años de soplar oro.

No respondí; y admirado quedé de que tan pequeña cantidad valiera quince sures, ganados en menos de cinco minutos.

—Del entable le traeré un frasquito para que guarde este llamador de su suerte— continuó y me alargó la mano, entregándome esa primicia del Bolsillo.— Por de pronto: bote el polvo de un tabaco y envuelva estas chispas en la



Batea minera: debe constar entre los símbolos de la riqueza americana; ella ha suplido con ventaja a la azada y la reja...

mortaja.

Entre tanto, abajo, en la pendiente del Río, donde el agua va blanqueando de pureza, la batea de Rosario, era el correo que llevaba la noticia de un hechizo roto y un motivo para cualquier comentario de los lavadores.

Unas veces como un hongo y otras como un nido, iba el símbolo de la minería.—mano que simulaba un gesto de larga despedida.—

Podían comentar:

—Allá va l' esperanza del amigo, mojada en lágrimas de Río Blanco!

—Pasa l' ilusión de Rosario: batea de cedro rojo, tal que corazón que se aleja.

—Pobre batea, contra la pobreza de la indiería minera.

—Va a pudrirse en la mar, a donde llegan rotas las ilusiones del mundo. La mar recibe las heces de la pena de los hombres: por eso su agua es amarga!

Todo esto oía, sí, oía claramente desde la arena donde me revolcaba. Hablaban, hablaban unos labios que no veía: la batea, la batea, esa batea que se va!

La batea de cedro, pensé; el único instrumento para conseguir la riqueza. Las otras profesiones necesitan de tantas cosas; para el oro, para sacar el oro que es la causa de la agitación del mundo, es menester tan poco en nuestro Oriente: un pedazo de cedro, un plato grande: molde en que se acuña ilusoriamente la esterlina!

Batea minera, signo de redención; batea minera, sombrero que defiendes de la lluvia. Batea, corona de triunfo, corona de oro.

Batea minera, plato en que se sirven los manjares salvajes; plato grande en que se come a gusto con el tenedor de los dedos. Por tí se come y en tí se come. Y se bebe también, que para todo sirves.

Batea minera, atada a la espalda de los hombres: escudo contra la pobreza indiana.

Batea minera: moneda grande del pobre, moneda que se repone mientras haya árboles en el Oriente: reserva rica de la Patria.

Batea minera, trabajo de indio: moneda del blanco.

Batea minera: debes constar entre los símbolos de la

riqueza americana; tú has suplido con ventaja la azada y la reja...

Batea minera: nido de ilusiones y techo de garantías indias.

I X

LA ROMERIA

Esta mañana dominguera citáronse los romeros en el tambo de Gallucantana para emprender el viaje al Aguacate.

Allí estaba don Joaquín, prioste mayor de la gran fiesta; don Jacinto, llamado "el largo", porque en verdad era su estatura desmedida. Se aseguraba haberlo visto robando chontas sin necesidad de subirse a las altas palmeras... Estaban también don Julián, el "manco"; don Serafín, don Pedro, don Euclides, don Telésforo y todos los dones y no dones que vivían en los lavaderos. Fumaban sabrosos chigüindas y hablaban de política y otras cosas que oían sin entender los demás, los indios, lavadores también, pero que formaban otra jerarquía en la sociedad minera.

De todas direcciones aparecían más devotos, unos a pie y otros en mulares gordos y saltones, alimentados con buen gamalote.

No serían las seis, cuando tomamos camino selva adentro, por el culebreante sendero que estaba bien seco y polvoriento. El verano fué largo y el polvo puso una capa gris en las hojas de los árboles que bordeaban la senda, como paredes de ceniza.

El viaje se realizaba rápidamente: el camino fácil y la misa debía celebrarse a las once.

Yo seguía detrás de don Joaquín que precedía la romería; seguían dos mulas bien pertrechadas: una con fiambre y otra con algunas docenas de velas de laurel, trabajadas por los indios boleños y con muchas libras de incienso y otros necesarios rituales para la misa.

Al paso levantábanse bandadas de pavas y loros, como si los árboles disparasen alas.

A falta de juegos pirotécnicos, la selva elevaba al cielo estrellas que no sólo brillaban sino que también cantaban.

En efecto, había extraordinaria música de miles de ca-

noras.

Algunos monos seguían nuestra dirección, saltando de árbol en árbol y, no sé si por travesura o espantados con la algarabía de los romeros, dejaban caer en nuestras cabezas una verdadera lluvia de frutas y de hojas.

Resoplaban las mulas en los lugares donde se estrechaba el camino; todos los desfilantes se agolpaban de improviso y vencían el atajo, despaciosamente, con las precauciones debidas, en medio, eso sí, de exclamaciones que envalentonaban a los agitados mulares.

Un olor picante venía a las narices: era de hojas trituradas al paso de cabalgaduras, de polvo, de sudor de hombre y bestias, de fruta y almizcle de cubiles, al fondo de troncos podridos.

El calor sofocaba; subía desde las profundas quebradas, como un soplo de monstruo; el sol ascendía y cogía ventosas mordientes. Nos acercábamos a Chigüinda.

Apresuramos la marcha y, de repente, entramos a una sección que sonaba a vacío, como que andábamos sobre empalizada resorteante.

—¡Contener la carrera, aquí hay peligro!— gritó don Joaquín.

No oímos bien sus palabras y vimos que la mula era tragada por la tierra, quedando su redonda anca a flor de camino.

Mi bestia no pudo contener el impulso con que iba y se dió de hocicos contra el Viejo, lanzando un quejido bruto, más que de dolor, de susto.

—¡La calentona grandísima!— profirió don Joaquín.

Sin decir palabra, de un salto estuve cerca del Viejo que no podía desmontar porque sus piernas quedaron remordidas entre el tejido de ramas y barro reseco.

Al instante estaban los demás para zafarle del aprieto.

—No s' ha persignado, don Joaquín— dijo alguien.

—La perra esta no tantió bien el salto.— No se queden pues allí boquiabiertos, chambones: saquen los machetes y líbrenme las piernas para salir yo y después esta manqui-lladora, hija de su madre!

Unos cortaban cautelosamente los bejucos y otros ponían palancas entre los palos, formando un espacio a que el

Viejo sacase las piernas.

Salido don Joaquín, tiraron del rabo y de las riendas a la mula, en medio de risas y palabras picantes. El animal, con un esfuerzo sobrebestial, libró el atajo y paróse al lado, bañado en sudor y temblando.

—¡Un poco de puro!

Sopláronle en las narices y en todo el cuerpo que estaba desollado y sangrante.

—De razón— dijo uno de ellos—: ha sido un puente viejo que no se vía por la polvareda, donde casi queda enterrado don Joaquín.

Se hizo el cambio necesario y el Viejo cabalgó desde entonces en la mula del fiambre.

Seguimos la marcha y sucedieron otros tantos percances. Terminamos Chigüinda y entramos a las Chorreras.

Desde lejos se oía la caída del agua, como si entre la selva se ocultara un gran aserradero.

Mientras más adelante, más fuerte el ruido.

Desde la cima del cerro caía la cascada, saltando en las piedras, como brillantes de la corona del monte. Cortaba el camino y seguía hacia abajo, cantando siempre una plagaría de pureza y de frío.

Nos lanzamos al agua. ¿Qué importaba que nos mojásemos si el calor provocaba refrescarnos en aquella agua, la única que no se calentaba a la brasa redonda del sol?

¡Cómo bebimos todos, hombres y bestias! Las mulas encogían las patas y se hundían en la pequeña represa que se formaba en el camino.

—Estamos para asiarnos— gritó disgustado don Joaquín—; a montar pronto, que la mañana s' acaba y la misa no podrá ser después d' almuerzo!

Apresurada siguió la marcha. A cada paso había puentes sobre riachos tributarios del Amazonas gigantesco.

Dos enormes vigas, cruzadas por tablones mal clavados que temblaban sobre el negro abismo, he ahí los puentes en la floresta. ¡Cuántos arrieron rindieron en ellos la jornada de la vida o perdieron por lo menos sus recuas!

Don Jacinto refirió un caso.

“En el año quince venía a su entable uno de los caballeros Dávila para la quincena. ¡Cómo trabajaban esos se-

ñores, turnándose en la selva, solos, lejos de sus amores y de la ciudad que quedaba tan lejana y que se la vía, dende el fondo de la montaña, más atractiva! El bien tiene que ser perdido, compañeros..."

—Al grano, don, al grano— dijo don Joaquín.

"Bien pues, venía adelante de la recua; ya en el Matanga y Churucu, perdió dos cargadores.

—¡Al grano, carajo, al grano!— repitió el Viejo.— Para contar una pendejada has de dar tantos rodeos.

"Pasaba el señor la puente del Aguacate, cabalmente, cuando se hundieron las patas de la bestia. El dueño saltó y, corriendo, se fé a parar al otro lado. Nadies pasaba ese momento que podía ayudarlo y debía ser desesperado ver que, de poco a poco, s' iba hundiendo el animal.— Lárgate a los infiernos, mula y mierda— gritó el caballero y, como si hubiese entendido la pobre bestia, hizo un esfuerzo, rompió el tablado y cayó al fondo. Al nado salió la gran rosada, pero al otro lado. Y tuvo el buen señor que esperar que pasasen caminantes".

—Ajá qué cuento— comentó, riendo, don Joaquín. ¿Y qué nos enseña esta historia, ¿que las mulas saben nadar?

Entre estas y otras consejas, llegamos al Rosario, tambo que se abre entre la selva, cariñoso y tibio.

Chozas entabladas con ricas maderas y cobijadas de paja de caña, en las que se vendían plátanos, aguardiente y huarapo, eran la posada. Todo el mundo deja allí sus reales y los que quedan a pernoctar, deben gastar mucho más, porque el forraje es caro y el flete de un puesto en la sala grande, en la que hay, en tremenda promiscuidad, gente de todas partes, cuesta muchos pesos.

Nosotros tomamos un puro y picamos: el día avanzaba.

Acelerando la marcha, llegamos al punto en que se bifurca el camino: el que va a Cuchipamba y el que lleva al Aguacate, en dirección de Gualaquiza.

Al acercarnos oímos que ya repicaba la campana ad hoc que, pendiendo de la rama de un árbol, imprimía en el bosque notas de metal. Señal de que había cristianos: dulce consuelo!

¡El pobre ramal y el
altar formado de dos ta-
blas sobre estacas, para la
devoción de la minería, pa-
recía de oro, de oro puro
de veinte quilates!



El Oriente le vuelve a úno religioso: la soledad le lleva a ello.

Y llegamos al Aguacate. En la pequeña planicie de las rocas abruptas estaba el rústico ramal; un círculo de árboles altísimos, en cuyas copas parece que anidaban las nubes, formaba cerco, custodiando la choza y la capilla. ¡Qué contento estaba, sin embargo, el Rey del mundo: adorado con la verdadera fé de los lavadores y ofrendado con pobres cirios que prendían los arrieros! Recordé la Biblia y creí y comprendí mejor el Pesebre de Belén.

El pobre ramal y el altar formado de dos tablas sobre estacas, para la devoción de la minería, parecía de oro, de oro puro de veinte quilates...

¡Qué bueno es el Señor Crucificado! pronunciábamos al saludar la gran cruz misionera: brazos de defensa, tendidos al cansancio del caminante.— Ven, dice la cruz— yo vigilaré tu vida en la selva peligrosa; te daré oro y en cambio no te pido nada!

Pensé en el sacrificio de los Salesianos. Quien va al Oriente es un mártir y quien va para enseñar el Evangelio, un héroe.

Arido es el campo para sembrar la fé. Esta tierra oriental, fértil para todas las exuberancias, es erial para la Religión.

Admiré la abnegación salesiana: la sotana es, en la floresta, sombra que defiende y refugio que conforta.

La misa en el Oriente, el Sacrificio del Calvario tiene más razón de ser, al pie de los gigantes centenarios: no necesita de los ritos del templo ni de los blancos lienzos: más blancos y puros son los celajes del alba: altar impoluto para recibir a Cristo. Más religiosa es la música del mundo alado, para necesitar de malos y desacompañados capillas...

X

SELVA ADENTRO

A las doce y media, terminó la misa. La humilde choza olía al incienso que se quemó en platos de barro durante todo el Sacrificio.

Afuera, los recomendados prendieron cohetes que atronaron en las principales partes. Al salir, charlamos con algunos jíbaros que vinieron también para asistir a la devoción.

La prédica fué sobre el Evangelio de aquel domingo. Al respecto, comentaba don Euclides:—

“El misionero explicó la parábola del rey que invitó a mucha gente para que asistiese a las bodas de su hijo. ¡Cosa rara me pareció que a tan buena mesa no hubiese acudido un solo comensal! El rey tuvo entonces que invitar a cuantas personas pasaban por la calle, sin distinción de sociedad”.

—Sería o nó, ya nos lo metió el santo padrecito— siguió don Jacinto.— Más parece un cuento aplicable a ciertas escenas de la minería.

Cuando salió el padre, después de dar gracias y almorzar, don Joaquín, bastante chingado, acercósele y le dijo:

—Andan diciendo los romeros que su plática ha sido hecha d' adrede; y oiga, padrecito, otra vez no venga con indirectas, porque por nuestro oro no hemos de ser satirizados. Somos todos devotos y creyentes y hemos pagado la misa con oro de buen quilate... Si no correspondió la Rosario a la invitación del Bolsillo, sería por otro motivo... Y tampoco faltaron invitados a mi mesa...

El buen salesiano comprendió la mona del Viejo y se lo llevó para explicarle buenamente; es decir se explicaron, porque don Joaquín no cedió un punto.

Pasó la tarde en un abrir y cerrar de ojos. Por la presencia del padre no pudimos chingarnos mucho. El se quedó para acompañarnos por la noche, durante la cual nos re-

firió algunos pasajes de su vida de aventuras en la selva.

“Nuestra expedición al Amazonas— comenzó, mientras todos hacíamosle corro— fué una verdadera odisea. ¡Qué lejos quedaban la patria y la civilización! Eso es Oriente de verdad, con todo el salvajismo, con toda la fecundidad de las tierras vírgenes, con su temperatura imposible y sus peligros y amenazas. Anduvimos quince días desde Méndez: cuántos ríos que vadear, cuántas montañas que ascender y descender y cuántas sorpresas. La flora ofrece tipos no sospechados: es maravillosa y exótica”.

—Con permiso de su paternidad— dijo don Jacinto, que estaba bastante jalado—, ¿quién es ella, la Flora?

—¡Ah! don Jacinto— repuso el misionero—; hice mal en no explicarles la palabra.

El padre explicó y creo que todos se quedaron en la misma.

—Qué para bruto es este don— rezongó don Joaquín. El Jacinto conoce la flora sólo de las chontas.

Si no era por la presencia del padre, ese momento se hubiera armado una gresca tremenda: parientes de uno y otro se vieron con malos ojos y estaban a punto de irse a los puños.

Disimulando el azoramiento, siguió el narrador:

“En esas montañas, donde acaso era la primera vez que llegaba una expedición tan numerosa, la cantidad de aves y animales causaba asombro. Nuestra despensa se proveía en el trayecto”.

“Para ello, como para otras actividades, estábamos divididos en comisiones, exactamente como un ejército en campaña. Había comisión de guardia: por la noche nos turnábamos: era probable el ataque de tigres y boas; la comisión de cocina, la de cacería que la integraban los salvajes más diestros y, por fin, la de estudio”.

—Dígame, padre— interrumpió don Joaquín—, ¿con qué objeto se internaron tanto?

“Por estudiar: si supierais lo que se conoce en el extranjero de nosotros! Los ecuatorianos sois los que ignoráis las propias riquezas. Los terrenos son de una feracidad sorprendente y la cantidad de animales que ofrecen pieles magníficas o carne exquisita, es incalculable”.

"Un día atravesábamos un valle. La guardia que inspeccionaba, disparó en señal de alarma.

Nos reunimos todos y el rumor entre la selva crecía hasta transformarse en ruido estremecedor. Creímos al principio que se trataba de una granizada; pero, el cielo estaba limpio y sereno. Sin embargo, como el cielo oriental cambia rapidísimamente, por precaución, nos ocultamos entre las bambas de los cedros. Entonces una piara compacta, devastadora, incontenible, de lo menos tres o cuatro mil sajinos, pasó arrasando la orilla opuesta del Amazonas! Si aquello hubiera resultado en nuestro camino!... Pasaban y pasaban, gruñendo, salvajemente furiosos, destrozando la maleza, rompiendo ramas, resquebrajando la hojarasca".

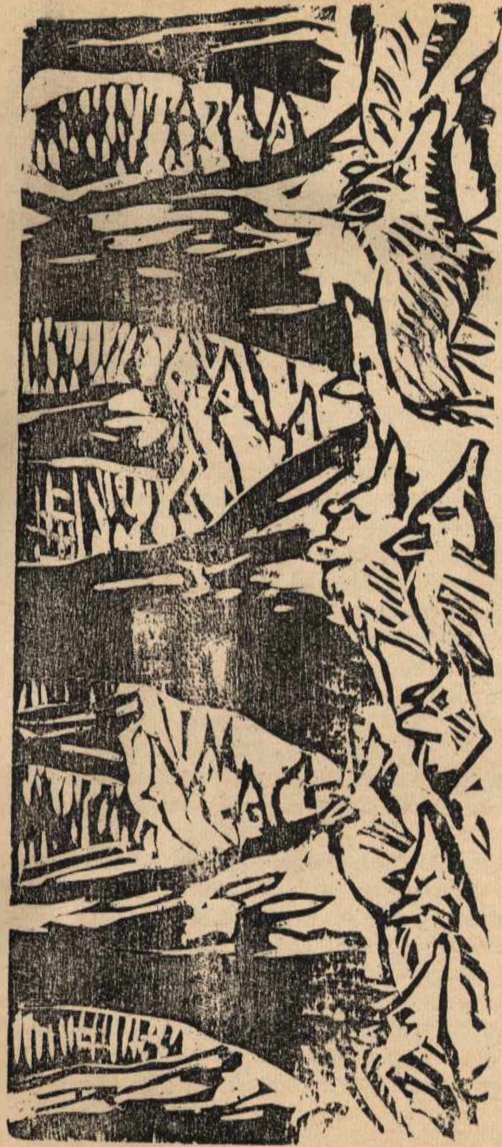
"Nos quedamos sin movimiento, temblando ante el peligro del que nos defendía visiblemente nuestra Madre Auxiliadora".

"Al final, iban los más cansados y las hembras que empujaban sus lechones que no podían seguir la corriente vertiginosa de los millares de paquidermos; no sé por qué motivo se empeñaban en aquella marcha forzada que les costaba un supremo sacrificio y muchas víctimas".

"Entre el césped quedaban algunos, lanzando trágicos ronquidos de dolor y de impotencia. Pasaban incontenibles, atropellándose y matando al piso de sus broncas pezuñas".

"De nada de esos restos podíamos aprovecharnos: era imposible vadear el río y no disponíamos por de pronto de una canoa. Entre tanto, el cielo era un solo grito y un alarido de intranquilidad de múltiples papagayos, sorprendía la quietud de la maraña. Muy pronto, cuando terminó el desfile del batallón de sajinos, apareció una bandada de valdivias de cuerpo íntegramente negro, que tiñó de luto la azul bóveda del cielo. Cayeron verticalmente sobre sus víctimas, destrozándolas con la voracidad crudelísima de sus fornidos picos y garras".

"La lucha por la vida es más sangrienta y más ruda, mientras más salvaje es la región: disputándose las presas se libró una verdadera batalla. Anochece: y las carnívoras, como sombras, se movían ávidas y feroces, ofreciéndonos



Entonces una pira compacta, devastadora, incontrolable, de tres o cuatro mil
sa nos.....

un espectáculo aterrador”.

“Cuando hubo terminado el festín, todo quedó en silencio y la noche oscura y ardiente cayó sobre la magna floresta, como alas de valdivia, amenazante y triste”.

“No alcanzábamos aún la meta señalada. Nuestros guías, robustos y valientes, nos indicaron que faltaban algunos días y que, en vista de la inexistencia absoluta de chaquiñanes en la ruta que seguía la dirección del río, debíamos alistar una balsa”.

“Al día siguiente, nos dedicamos a construirla: palo de balsa teníamos al escoger y con lianas y algunas cuerdas del cargamento, acondicionamos una con suficiente seguridad”.

“El río estaba pacífico; los jíbaros, destrísimos en la conducción, se servían tan sólo de tanganas; la mañana, clara, dulce, tibia, gracias a la brisa que seguía la encañada y mecía delicadamente las olas, ofrecía una hermosa oportunidad para ganar trecho. A una y otra orilla levantábanse, a manera de tapiales altísimos, cedros, cauchos, palmeras, etc., etc., de cuyas copas colgaba una red de bejucos: gimnasio para los monos. Infinidad de mariposas derrochaban color en la arena de la orilla y venían a posarse entre nosotros, atraídas por el olor de las provisiones”.

—Díganos, padre— dijo alguien— ¿cuántos iban?

—Eramos veinticinco.

—Pero ¿qué balsa, padre!

—Efectivamente ya se podía llamar pequeña embarcación. ¿No les dije aún que la balsa tenía quince metros de largo?

—¡Achica, compadre!— soltó uno de los que más aprovechados de puro estaban; quince metros!

—¿Cómo se movía tan grande y con tanto peso?

—¡Oh, hijos míos, esos ríos son gigantescos: bogábamos en el gran Amazonas que lo surcan vapores de verdad! No tenéis idea de esos mares de agua corriente.

Este momento, ordenados por don Joaquín, los muchachos trajeron puro. El padre aceptó una copa y se despidió, ofreciendo referir la parte más interesante de la expedición a la noche siguiente.

No había prisa en regresar al Bolsillo y todos, ya por

descansar, ya por visitar entables jíbaros, resolvimos quedarnos un día más.

Apenas ido el salesiano, empezamos a echar puro, hasta quedarnos dormidos, ahí, como estábamos, arrimados unos contra otros, hablando y tomando a ratos. En esos casos el puro finge el mejor de los lechos.

Yo me dormí mientras deseaba intensamente estar ya en las regiones descritas por el padre: allá, lejos, sin testigos, amando y contemplando a Rosario, la mejor minera del Bolsillo.

X I

EL MILAGRO

¡Qué horribles sueños tuve aquella noche! Los sajinos, los sajinos hambrientos!

Estaba en las playas del Amazonas con Rosario; nos alimentábamos de fruta silvestre; en lo recóndito de la maraña recogíamos exquisito plátano y guayabas. Era un paraíso donde los manjares se brindaban generosa, abundantemente. De repente, asomaron los sajinos; de la mano llevé a Rosario por el bosque y mis piernas se doblegaban sin obedecer a mi empeño; hacía esfuerzos por apartarme, pero dos animales, de los más feroces y grandes, nos seguían gruñendo; no tenía con qué defenderme, hasta que uno alcanzó a la Minerita y la trituró entre sus enormes colmillos!

¡Qué desesperación! No podía salvarla. Con la presa que se dividían, dejaron de atacarme y yo, gritando y llorando como un niño, me lancé sobre ellos, pero mis manos no tenían fuerza.

Vino, al fin, un denso vapor que envolvió la escena y desapareció todo. Terminó la pesadilla y desperté gimo-teando.

—¿Qué le sucede amigo?— oí que decía don Joaquín.— ¿Qué sueño l' ha venido que s' hablado tal que loco, ¿por qué llora?

Fingí dormir; acordándome de Rosario, la amé más:— Nó, nó has muerto, Minerita; estás viva y esperándome. Yo te defenderé de los sajinos: jamás me faltarán un puñal y un machete. ¡Sueño perro, soplo del diablo!

Toda la noche pasé dormitando: los turnos de puro y la incomodidad no permitieron descansar a gusto.

Antes que empezara el canto de las aves, me levanté; sentado en unos leños esperé que amaneciese.

El silencio, completo; hasta los grillos durmieron a la madrugada.

Los árboles: sombras largas, largas, erguidas y serenas,

apuntaban al cielo, como manos finas que imploraban luz.

Por entre los bejucos y los troncos se escurría un viento tibio, trayendo olor a tierra dormida y rumor del Río Remanso que, en la hondonada, al pie inextricable de la montaña, vivía secretos de cristal y cumplía su eterna misión de trovador de la floresta.

El cielo tenía color azul oscuro que desmayaba con mucha lentitud y ocultaba las altas estrellas rojizas.

Un pajarillo trino delicadamente, como un despertador de hermosa melodía. Lejos, del opuesto lado del bosque, contestóle otro. Las llamadas y las respuestas se volvieron más frecuentes a medida que llegaba el día: despertó la montaña, con millones de gargantas que cantaban, rompiendo el silencio por la mitad.

Siguió la orquesta hasta que se volvió diáfano el cielo. Los loros, más madrugadores y hambrientos, volaron a los huertos preferidos, desentonando la canción armónica de las canoras.

Entonces salieron, refregándose los ojos y desperezándose, los romeros.

Don Joaquín y otros pidieron puros para restablecerse de la parranda de la noche, mientras los cocineros hacían fuego para calentar café y cocer morados para el desayuno.

No acepté el puro que me tocaba y pedí guayabas y un ponche de chonta. La bebida bajó con agradable frescor al estómago ardiente y enfermo.

El padre salió del desván de la capilla y nos propuso de inmediato visitar las jibarías, para lo que era necesario preparar un fiambre.

Los chicos quedarían cuidando las bestias y preparando la cena.

—Hay que conseguir algo de yuca y quizás unas arrobas de barbasco para una pesca. La de estos lados es muy buena— dijo el salesiano.

Diez fuimos a la visita. El recibimiento fué cumplido en todo el caserío de los cuchipambeños. El padre repartía medallas y hablaba en idioma jibaro, seguramente cosas graciosas que complacían a los indios y al acto proporcionaban lo solicitado y brindaban chicha.

Anduvimos y visitamos catorce viviendas y en cada



Navegamos así algunas horas; avanzábamos al Pongo de
Manseriche.

cual conseguimos algo. Nadie regresó sin una buena carga: valía la pena gastar algunos gramos de oro.

Yo compré peines de guadúa y collares de dientes de mono, con que obsequiaría a Rosario. Los otros, más prácticos, se reían de mis adquisiciones: alas de mosca, plumas, pajarillos disecados, etc., etc. Ellos se preocupaban con llevar zapatra, achiote, canela y otros necesarios para las miñerías.

El padre preguntó por tzantzas, pero contestaron que no las preparaban, cabalmente por la prohibición de los misioneros y sólo nos ofrecieron algunas de monos.

Tomamos chicha en todas partes. ¡Buena cuenta hacíamos de que la preparaban las indias entre sus blancos dientes! Chicha destilada en los labios de las indias morenas y coquetas: me imaginaba al beberla que besaba sus tostadas mejillas y sus frescos labios. Chicha, beso desleído....

Y volvimos al Aguacate; otra vez la noche rezó devotas oraciones antes de acostarse; nosotros continuamos oyendo la historia del padrecito:

.....“Navegamos así algunas horas; avanzábamos al Pongo de Manseriche; el Amazonas se ensancha y los paleadores hacen esfuerzos sobrehumanos. Resolvemos ayudarlos, turnándonos por grupos de seis; mas, la dificultad no está subsanada con los refuerzos que se renuevan: debemos esquivar el feroz oleaje que intenta echarnos contra las afiladas rocas”.

“El paisaje es un feliz ensueño: en el espejo azul que copia el cielo, destácanse las garzas blancas, como flores de pureza y soledad. En los islotes, decenas de lobos reciben el sol, aliñando su piel primorosa; o son plateadas culebras que rubrican con luz la belleza del color e imprimen movimientos veloces entre el césped amarillento”.

“Observando, tendido al borde de la balsa, el agua profunda que vela el fondo oscuro, distingo una cantidad de peces, de tales formas, colores y cualidades que me dejan asombrado”.

“Hay un intenso agitarse submarino de esos millones de habitantes acuáticos. Algunos huyen rápidamente o se cruzan por bajo la balsa; otros, audaces, armados de una

sierra como prolongación del hocico, siguen nuestro rumbo, enfocándonos con sus enormes ojos redondos y ensangrentados”.

“Lanzo un anzuelo, pero no cae uno de esos que son de mi intención estudiarlos”.

“Entre esta y otras distracciones, comenzamos la entrada al gran Pongo de Manseriche. El calor sube de punto y una manta de zancudos silba en nuestros oídos y banquetea en nuestra piel vigorosa y rica. La vegetación aparece más generosa; el número de aves y animales, incalculable”.

“De repente, se abre a nuestra vista un gigantesco remanso que brilla como un espejo en cuyas sisas se copian pedazos de paisaje. Entramos a navegar en la bruñida plata líquida que, de tan serena, parece más hermosa”.

“Al frente, columbramos los cultivos de los borjenses”.

“Avanzamos hacia la mitad; de improviso un ruido hueco bajo nuestra balsa, nos estremece. El agua se repliega torciéndose, a manera de grandes cables, en nuestro derredor y se forma, ¡oh Dios! un remolino de más de treinta metros de profundidad, en cuyo borde, un poco inclinada, queda la rudimentaria embarcación, como una débil hoja! No se ve el fondo; la oscuridad es impenetrable y el ruido, ensordecedor, se sucede en las diversas capas de agua”.

“Redoblamos los esfuerzos; todos porfiamos por vencer la atracción de la sima aterradora; todos son gritos y confusión en medio de jaculatorias y exclamaciones; los biceps de los indios están a punto de estallar; los nervios tensos, temblorosos, enrojecidos, demuestran el supremo esfuerzo; el sudor baña íntegramente los cuerpos; los hercúleos brazos se aferran a las tanganas que se doblegan en la imposible palanca. En los ojos, la suprema angustia y en la boca un rictus de amargura, luchamos todos contra la muerte, contra el terrible fin que nos deparaba el Destino!”

“Ordeno que se arrojen al agua todas las provisiones; pero, la resolución produce efecto contrario al esperado, porque con menos peso la fuerza del remolino obra más

fácilmente. Nos inclinamos más hacia el abismo y ¡oh terrible desgracia! uno de nuestros tangadores cae al fondo de las horrendas fauces! Los lagartos se arrojan veloces y hambrientos y la escena desaparece entre el agua batallada”.

“Podíamos correr igual suerte todos los de la excursión: grito, con toda la fuerza de mis pulmones, que se haga un último esfuerzo; las manos se cubren de sudor sanguinolento; el acezar es desesperado; el quejido de angustia se repite en las gargantas; baba blanquecina tiembla en la boca de las futuras víctimas y el peligro se agranda a cada instante”.

“En mi desesperación pronuncio una jaculatoria, impongo con gritos furiosos, no desmayar en la lucha y echo al fondo del abismo de agua y tinieblas una medalla de Don Bosco”.

“A los diez segundos de no cejar en nuestro intento, se endereza la balsa y comenzamos a dar vueltas al rededor del gran pozo que pierde el diámetro. Pasan cinco minutos, que parecen siglos, dando las vueltas, hasta que al fin, vencemos la atracción y podemos llegar a la orilla, temblando de emoción y con el cuerpo deshecho de fatiga.

“Antes de saltar nos tendemos en la balsa, sin ánimo para pensar siquiera en cuanta angustia acabamos de soportar”.

“Inconscientemente comienzo a pronunciar una oración entre lágrimas y carcajadas...”

X I I

ORO: SIEMBRA DE DIOS

Valiente es el minero. Curtido por la brasa del sol y el baño constante del agua que, lavando el oro, lava también la vida, es todo un campeón de la montaña.

Las faenas de lavador no se improvisan; el oro cuesta mucho. Antes se debe ser buen barretero y haberse acostumbrado a mover los músculos ocho horas diarias; hay que haber antes acostumbrado las manos a ser activas y las piernas a conducir largo por collados y pedregales este cochino cuerpo que tanto necesita.

Ser hombre que no busca sólo comodidades; un resolverse a dormir en la tierra dura y levantarse con el sol, sin temores a la garúa ni al viento que desollina los pulmones.

Pasarse trabajando el día entero y otro y otro, hasta ajustar la semana. Saber hacer leña, saber cómo se tumba un árbol y hasta saber cocinar.

Para ser minero, antes hay que haber sido baquiano y para sacar provecho de las minas, ser indio: piedra de Ande que no se mella ni al beso calcinante del sol ni al bofetón rudo del viento.

Así, bien hombres, eran los mineros del Bolsillo: con sonrisas recibieron los primeros aguaceros del invierno que se iniciaba....

— O —

Las dos de la tarde de un martes. Don Joaquín se encontraba en plena labor, cuando llegó un hombre con la noticia de que venían caballeros en busca de minas.

—Pueden buscar nomás donde les plazca— contestó—, que el Bolsillo está denunciado y conservo los papeles del Ministerio... Si molestan, hemos d' alzarnos; bien saben que nuestra comunidad tiene hombres de coraje,

buenos 'abogados y bastantes onzas... Si vienen, como Dios manda, a trabajar y buscar cajones, está bien, pero de nó, verán hasta dónde les da l' agua.

La noticia voló por la minería; se hicieron juramentos de defender los sitios.

Efectivamente, en Granadillas, llegaron cuatro blancos con muchas herramientas, víveres, peones y carabinas.

Los dos eran gringos: poco se les entendía y aceptaba; pero, trajeron y regalaron tan lindas cosas y eran tan hábiles cazadores que, por temor o simpatía, se les brindó amistad, olvidando las anteriores promesas de sacarlos.

Arrendaron un lugar; levantaron una choza en pocos días y anduvieron por toda la montaña en busca de buenos bancos.

Los del Bolsillo y Río Blanco explotaron sin aprensión las vetas.

Don Joaquín recibió a los blancos en su casa; les contó muchas cosas y les indicó que fuesen a las "Chorreras de Oro".

—He oído hablar de esas chorreras, señores; quedan cerca de aquí, en las alturas de Chigüinda. Allí, según la tradición, cae el oro y n' es necesario lavar. Pero la desgracia es que está brujado y todo el que va enferma y extiende la pata.

"Se llama Quebrada Escura y también dicen quebrada Rodil. Allí el oro es más grueso que arroz; son pepas tal que huevo de loras. Conocí un pedazo en forma de ladrillo que hallaron unos parientes míos. Valía unos mil quinientos soles en ese tiempo".

"Yo no he ido porque.... en fin, no me gusta aventurar y porque las amenazas son terribles. Dicen que apenas llegan lavadores, se descuelga una tempestad de sapos y serpientes; después vienen muchos males y castigos".

Honradamente andaban los gringos buscando la "suerte" hasta que encontraron sitios regulares.

Sus métodos eran diferentes a los conocidos en el Bolsillo: canalones modificados, secadoras, imanes y otras cosas modernas.

¡Con esos aparatos en el Bolsillo!

Don Joaquín llegó a saberlo y, un domingo de reunión, cambió un aparato por veinte gramos y una cosecha de pelma.

El limo del Bolsillo desaparecía rápidamente con la nueva máquina: equivalía al trabajo de diez hombres.

De esta manera se evitaron muchos brazos y don Joaquín podía trabajar con dos peones y yo.

Nada le había pedido de mis sueldos. Cada vez que liquidaba y guardaba el polvo, decía:

—Mire, amigo, el matrimonio será cuando el polvo llegue al pescuezo d' esta torina y cuando tenga una repleta para ustedes y otra para mi vieja y yo. Por supuesto que la ceremonia será con muchos repiques y sacristanes y no en el miserable rancho del Aguacate, sino en el Cantón (Sigsig), ya que no podremos avanzar a la Ciudad (Cuenca) para hacer abrir la boca a los encopetados. Allá son tan carajos los matrimonios y tan sin juicio, que las economías se van en trapos.... Cierto es también que ahora ya se ha despabilado esa maldita costumbre y simplemente, se roba a la chiquilla y nadie sabe del cuento. Cosa que tampoco me llega al gusto porque, ¿o no se tiene para dar una copa o l' avaricia obliga a malportarse...."

"¿Como si el matrimonio fera asunto igual a contratar mayordomo o mandarse a coser postura nueva!"

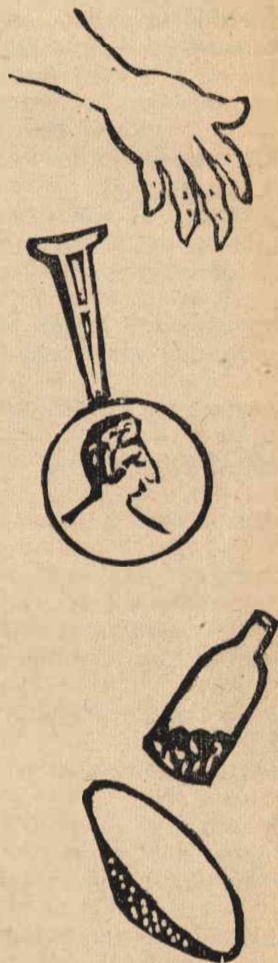
"El sacramentito este d' amarrarse a una hembra, o l' hembra atontar al macho, es fardo cerrado; pero, de todas maneras es d' importancia y merece una buena mesa y una buena copa".

"Así es, hijo de mis entretelas; cuando usted s' enmuje-re con m' hija, la boda será festejada y el baile, movido: bien movido, sobre esta tierra santa que nos da con qué chingarnos para que la pisemos más fuerte".

Le oía sin responder y no podía decirle la verdad; peor imponerle de lo que se decía de la Peta. Visitaba su casa solamente de vez en cuando. Me reclamaron más frecuencia y pude evadirme inventando muchas cosas: que quería pasear, que conocer la montaña, etc., etc. pero, en buenas cuentas, era todo falso: no perdía ocasión de pasarme pegado a la Rosario.

Ante esta situación pensé que se defraudaba la inten-

Oro, que te llevas la
vida y nos traes pesares
y males incurables.



ción del Viejo; mas, al mismo tiempo comprendí que yo trabajaba y debía ser recompensado. Tenía necesariamente que seguir en el Bolsillo.

Así, no le engañaba; estaba con él, a su lado, oyéndole y siguiéndole en la idea. Además, nunca le había ofrecido nada y evité siempre complicarme en los asuntos que él me repetía cada vez más convencido.

Pasaban y se sucedían los días y los meses. Don Joaquín continuaba sumando el polvo de oro.

Cada tarde liquidaba, sin esperar el sábado, pues había cantidad suficiente.

Sonreído, en silencio, sin que nadie le interrumpiese, se acercaba a las botellas y, con respeto, cual si manejara vasos sagrados, devota, fanáticamente, dejaba caer las chispas.

Crecía el oro, brillando como un sol encerrado y ofreciendo esperanzas, listo a cambiarse por cualquier gozo humano.

Oro, entraña de la tierra, alma de los ríos, espíritu de las minerías.

Oro, protozoos de sol que el Oriente guarda para fecundar sus campos.

Oro, pedazos de crepúsculo que la arena entierra y cuida dentro, como los pumas a sus cachorros.

Oro, corazón de las rocas: surge a flor de ríos para amar a la raza india: amor de la tierra americana que se va derecho a manos indígenas para mezclarse otra vez con la tierra amada, con la tierra americana que es guante de etiqueta para las manos mitayas.

Oro, que adoraron los incas y que lo vieron florecer en sementeras de maíz relucientes.

Oro, lágrimas del Ande, "tuétano de roca misteriosa...."

Oro del Ande que da color al maíz y a la chicha de jora.

Oro que hace el milagro de sellar la promesa en el altar de Himeneo y poner en los dedos el pasaporte a la paternidad.

Oro, oro, que te llevas la vida y nos traes pesares.

Oro lavado por el indio: le toca a él porque es semilla que Dios enterró en América....

X I I I

PLATA VIVA

A la orilla derecha del Río Blanco y hacia arriba, en un pequeño placel, se asentaba el entable de don Joaquín.

Larga hilera de cafetos bordeaba el sendero, comenzando por el patio y terminando en las márgenes del Río. Como que eran desconocidas las gentes que pasaban, siempre colorados de vergüenza aparecían los opimos frutos.

Los grandes árboles formaban segunda fila a los cafetos, custodiándolos y defendiéndolos con su sombra para que el sol no les secase los racimos. El sendero estaba cubierto de césped generoso que porfiaba con enredar con su manto de seda verde los tallos de los arbustos linderranos.

Al extremo del caminito, como un severo guardián, se elevaba el gigantesco caucho, cuyas raíces bajaban disimuladamente hasta la orilla, para llevar savia: nudosos dedos clavados en la tierra para defender el oro.

Era un árbol que se elevaba sobre la gran selva, formando algo así como un campanario donde conversaban las tijeretas por las tardes. Los mineros lo llamaban "árbol del muerto", porque entre sus bambas había enterrado un misionero.

Por eso, tenía en su tronco, grabada, a golpe de hacha, una gran cruz que se ensanchaba con el tiempo y en cuyos brazos se congelaban eternamente gotas de caucho, lágrimas que no se disuelven con los inviernos.

El rancho del Viejo quedaba frente al árbol, mirando, desde arriba, por los oscuros ojos de sus ventanas, el paisaje inmenso de la fronda.

Por bajo el cerquillo de su techumbre de paja, se contemplaba la constelación de cerros que, igual a las cúpulas de una gran catedral gótica, se sucedían y empujaban: maratón de monstruos de grises melenas, disputándose

por llegar al infinito.

Los grandes nudos cordilleranos, a veces se inclinan para llevar de la mano a las pequeñas colinas: débiles generaciones, polluelos implumes que no alcanzan a igualar el vuelo al azul de los gigantes andinos.

Así era de bello el rancho de don Joaquín, con su belleza grande, imponente, serena, con el calor de la selva virgen y con la riqueza de sus tesoros escondidos.

La casa del Viejo, regazo, consuelo y defensa, era mano caritativa que se tendía al viajero y calmaba el dolor del refugiado; lugar donde se confortaba, se encontraba abrigo y se restañaban las heridas del alma.

— O —

Por esos senderos y por esos lugares anda aquel domingo, muy de madrugada, toda la ranchería, preparándose para la pesca.

Con cestillos, atados al extremo de largos palos, vienen las gentes y llevan a la cintura bolsas de tela donde pondrán el pescado.

Dos parejas de muchachos madrugan para situarse más arriba del Bolsillo, y echar desde allí el barbasco fresco, lechoso, picante, traído de las jibaráas cuchipambañas.

Con los ojos clavados en el agua y en las pozas que forma el Río, se mantienen los pescadores, esperando que chicotée el primer bagre borracho.

Los muchachos, buenos nadadores, se refrescan en el remanso, en tanto que los mayores, arremangados camisa y pantalón, aguardan con sus cestas a los incautos plateados.

El grupo de los pescadores es el mismo de la romería, más las mujeres que acuden también con ropa ligera y sin preocuparse de que puede haber curiosos que observen sus formas frescas y ágiles: fruta jecha que provoca hacerla madurar al calor de las caricias.

Yo estoy al centro del Río; desde allí acecho la actitud inquieta de los pescadores: feria de placer en las orillas.

Cada cual busca mejor posición y no se preocupa con seguir a grupo dado; esta circunstancia me sirve para andar todo el día cerca de Rosario, sin que se percaten ni don Joaquín ni la Peta que, poco caso me hace ya con lo que llegó a saber de mi humilde persona y de mis amores con la Minerita.

Muy junto a ella vi a Belisario. ¿Qué hacer? La amistad de ellos es muy vieja... Además él sabe bien el lado flaco de la pobre longa y no sería tan dementado para pensar en servirle de biombo.

De pronto gritan los chicos; todo el mundo mira el agua con más atención y en el remanso salta el primer barbasquiado, trazando una media luna de plata en el aire.

A medida que baja la blanca espuma del barbasco, aparecen peces borrachos: al principio se los disputa, pero luego se los deja, prefiriendo sólo los grandes.

La agitación se torna en algarabía: por el entusiasmo no se preocupan con los peligros de la corriente ni con la desnudez de los cuerpos.

Niños que se lanzan al agua son arrastrados a los declives bullentes, hasta ir a parar en los remansos, de donde salen pálidos y nerviosos; pero, ostentado en sus hábiles manos los plateados que se retuercen ante su inevitable agonía.

Las mujeres, más cautelosas, esperan en las orillas y pescan a los ebrios que, de pecho al sol, se dejan llevar del agua, sin moverse. Los aprisionan y, levantando en alto los palos, dejan escurrir el agua, para luego tomarlos con las manos y arrojarlos lejos de la orilla: montoncillos de plata bruñida quedan temblando en las vegas.

Imagino que del césped surgen lenguas de luz que se mueven desesperadamente por incendiar la selva.'

Plata y oro, pienso, todo lo más rico dan estos ríos orientales. Magna liberalidad la de la selva!

Lavando, lavando,
consíguese el oro;
mojando, mojando,
la plata bruñida.

Los gringos también están presentes. Sus cuerpos



Nuestra ropa se pega al cuerpo ardiente que tiene un ha
de vapor y que huele con olor de humano, de selva y de río

blancos, velludos, musculosos, son la admiración de los chicos y el motivo para sus naturales analogías.

—Igual que nalga de mono.

—¡Quisiéramos este momento unas hormigas!

Los extranjeros, impávidos, sin entender la causa de los pueriles regocijos, pescan, embutidos en sus botas rodilleras.

Cuando más sube de punto la exaltación de los pescadores, me escurro con Rosario a una sombrasa cueva formada por helechos.

Desde allí, sin observar nada ni a nadie, oigo la algazara de la minería, canción de río, música, al mismo tiempo alegre y triste: triunfo de los siempre triunfadores mineros; y tragedia de la siempre explotada agua del Río Blanco.

Ambos estamos mojados; nuestra ropa se pega al cuerpo ardiente que tiene un halo de vapor y que huele con olor de humano, de selva y de río. Mientras más agua hay en nosotros, más calor tenemos, pero, cuando estrecho a Rosario, ella siente un frío temblor de miedo.

—¿Qué te pasa?

—Me da miedo.

—¿De qué?

No me contesta. La beso en su boca fresca, jugosa, carmínea. No quiere hablarme. En silencio, sin protestar, con sólo la hojarasca por testigo y por lecho...

Quédase vencida, con sus lindos brazos redondos sobre los ojos.

Salgo y comprendo cuán solos estamos y cómo pasan las horas!

Todos los pescadores se retiran; la noche viene al galope, montando en pelo, sobre las montañas serenas y oscuras.

Miro el cielo; una bandada de papagayos pasa sobre el Río, aspergiando carcajadas sobre el silencio crepuscular.

Rosario sale ese momento; alza sus ojos, oye los graznidos y llora desesperada.

—¡Por tu culpa! Sí, están riéndose de mi desgracia!

Intenta correr; la detengo, la abrazo, la acaricio...

Después me dice:

—Te quiero aún.... canalla.... Mañana te espero en el rancho.

Y se va, llevando en su pollera mojada algunos plateados y en su sangre un poco de la mía...

Ella es mi pesca. En el remanso de su cariño se convulsiona mi vida: primer plateado que dibuja la media luna de lo propiamente mío en el cielo de mis esperanzas...

X I V

INTRIGAS

Una noche, jugábamos a la baraja y bebíamos en el rancho de don Jacinto.

Excepto cuando hay cacería y se duerme en cualquier punto donde sorprende la noche, prendiendo fogatas en media selva para precaverse de carnívoros y mosquitos, todas las veladas en las minerías son iguales, exactamente iguales.

Ahora se comentaban los negocios que los mineros realizaron con los ambulantes.

—¡Estos pullmas son finísimos! Por un casinete más ralo que plumas de tijereta pidieron tres gramos de oro!

—I a mí, por cuatro agujas, un espejo y media docena de pañuelos, me jalaron gramo y medio.

Cada cual protestaba y, sin embargo, estaba contento de haber conseguido muchos menesteres que faltaban.

El peor negociado era el del aguardiente. Muchos contrabandistas había que iban y venían de los entables gualaquizas, cambiando oro con el buen jibaro de treinta grados.

Los mineros son borrachos; tienen que serlo para considerarse buenos lavadores. Contra el mal del antimonio, no hay cosa como el aguardiente. De nó, el cólico, el reuma, los riñones y la locura diezman y ningún beneficio se consigue con agua de guayusa ni pepa de tagua hervida. El alcohol recalienta el estómago y suelta la lengua para la buena expresión...

Tres partidas se jugaban. Yo hice vaca con Belisario y dejé las mesas comenzadas para preocuparme de alentar a un muchacho a que tocara la vihuela.

Con las piernas cruzadas en el suelo desnudo y la cabeza inclinada, estaban los jugadores, atentos al naípe que caía.

En el centro de la mesa, sobre la batea lavadora, llena

de porotillo, ardían pepas de zapatra: su luz echaba brochazos anaranjados en la corva nariz de los divertidos.

Entre puro y puro, que a pico de botella se tomaba, dando sin cesar la vuelta entre los corros, reemplazándose con las llenas que traía don Jacinto, se apostaba y se señalaban las pérdidas o ganancias.

Un niño que apenas pintaba palotes en un papel tendido sobre la piel de un oso, indicaba, a falta de lápiz, con la punta de un proyectil de plomo, los botones de oro que se apostaban.

Cada vez que se ajustaban cuatro, trazaba una cruz delante de los nombres apuntados en hilera; cruz que equivalía a un gramo, pagadero a los gananciosos señalados con un círculo.

Me imaginaba que los círculos eran esterlinas sumadas al haber de los ganadores. Y en verdad que eran tales.

—Ya don Joaquín se va con dos gramos sobre don Telésforo.

—Afila en el machete la bala, chico, para que pongas una cruz bien grande a mi contendor—, contestaba don Joaquín, convencido de que él debía ganar todas las manos.

—La plata s' apegas a la plata, don Joaquín: m' ha ganado usted.

—El oro s' apegas más, amigo mío; ¡echa una cruz más, chico!

Cada vez que resonaban las carcajadas por una mesa terminada, venía otra botella. El puro hacía su efecto; poco a poco se alzaron los jugadores, dedicándose a conversar e iniciar el baile. La mujer del anfitrión sería la común pareja.

Hablaban de los gringos. Recelosamente se criticaba la actuación de ellos con la Peta; Belisario, ya medio borracho asentía los decires.

Público era que yo no había vuelto a casa de la Peta so pretexto de cuidar el Bolsillo; y público era también que las tardes me veían con Rosario.

No sé si don Joaquín sabía ya de tanta historia; nada me dijo al respecto y seguía con la idea de preparar un

matrimonio sonado. ¡Los enredos en que me vería!

No estaba señalado el día de mi huída con la Minerita; esperaba la contestación de una carta escrita a los dueños de los entables gualaquizas; y me faltaba, sobre todo, valor para pedir mis sueldos a don Joaquín.

—Todo será d' ustedes. ¿Qué voy a darle, amigo, si ni tiene en qué guardar?— me dijo una ocasión que le hablé del asunto.

Lo único que me dió fueron unas mudadas y unas telas que no llegó a coser nunca doña Rosenda. Por lo demás, tenía de todo en su rancho.

Debía salir a toda costa y llevar a Rosario: en el rancho sería un escándalo...

Todos estaban chingados.

La charla despaciosa, monótona, ilusoria, rodaba sobre los mismos trillados temas de la minería, hasta que uno díjome:

—Y usted, amigo, es el más feliz de los lavadores... Dicen por las orillas que usted s' ha encontrado el mejor cajón.

Iba a contestar cualquier cosa, cuando me interrumpió el Viejo.

—Claro, señores. Les diré de una vez, ya que estamos en amistad; y no crean que es cosa del puro: m' hija se casará con él porque es un muchacho muy hombre y muy leído. Para algo l' ha de haber servido rodar por la costa y tratar con sus patrones que l' enseñaron cosas de caballeros... Digan nomás que s' ha hallado la mejor pinta, porque m' hija es toda de codicia. A nadies l' importa que yo haga este casamiento porque... porque así m' ha dado la gana.

El minero que dió ocasión para tan razonable respuesta, se quedó sin tener qué añadir. Don Joaquín habló con la lengua tan suelta y con tan imponente voz, que todos callaron.

Yo quería inventar algo para evitar que se refiriesen a Rosario: hubiera sido el final del drama, pues bien comprendí la intención del minero en ello del cajón.

Me acerqué al de la guitarra y le rogué que cantase algo para cortar la charla.

El muchacho me oyó y soltó su voz de grillo de invierno.

“Al agua m' he de botar,
hasta dar con lo profundo;
hasta que l' agua me diga:
este es el pago del mundo”.

En un rincón estaba tendido don Telésforo, semidormido y borracho; y con su voz atorada, comentó:

—¡Eso es mentira! El mundo l' ha pagado mucho al costeño y no tiene por qué botarse a l' agua: basta con que s' eche al Bolsillo.

Me sulfuré. ¡Qué tenían estos chazos brutos que' bromearme!

—No le digan costeño— rezongó otro de los patriarcas aquellos, anchos como cedros y barbudos cual las chontas—; digan más bien el yerno del Bolsillo.

Ante la estupidez de la sátira, reaccioné con paciencia; sin contestarla, rogué al mozo que cantase otra copla.

Obedeció al instante, pues sabía que tras cada estrofa le vendría un jibaro.

“Si el toro fuera de vino
y sus cuernos de aguardiente,
yo primero lo toriara
como torero valiente”.

—Otro— mandó don Joaquín—, que este del toro no tiene ninguna gracia. En el Oriente no hay mejor toro que el trapiche para la caña.

“A mí me dicen chinero
porque quise a una chinita;
¿a quién no le gustaría
almorzar de mañanita?”

—Este sí que tiene condumio— comentó don Joaquín y pidió un asentante.

Pasó él primero unos tragos y luego cedió a quien estaba a su lado, para que siguiese el turno.

Pero mientras tomaban, Belisario, más borracho aún, dijo sin escrúpulos:

—Esa canción le dió en l' oreja al costeño.

No pude contenerme; se acabó la paciencia y los tragos hicieron repentino efecto.



Casi no veía con el ojo izquierdo....

—¿Qué quiere decir con eso, ¡gran estúpido!

—Que a usted l' ha gustado almorzar de mañanita nomás. Entre los helechos...

—Nada de enredos— interrumpió don Joaquín. Pues sepa que m' hija es muy honrada!

—No aludí a ella, don Joaquín— siguió Belisario. ¿Acaso es l' única mujer de la minería?

Yo sabía que Belisario era todo un roble; pero no consideré nada y me lancé sobre él, ciegamente.

En la lucha, mientras nos tirábamos al suelo, sin que nadie se acercara a separarnos, oí que el intrigante, decía:

—Es Rosario, don Joaquín; es ella su almuerzo de éste.

Instintivamente nos separamos. Don Joaquín que, antes de oír aquello, pretendía separarnos a puntapiés, se quedó estupefacto y sacó al patio a mi rival para las averiguaciones.

—Me quedé temblando. Casi no veía con el ojo izquierdo y me figuraba tener encima una vejiga de dos libras. No sé si él recibiría algo de mi parte. ¡Algún día nos encontraríamos...!

Cuando observé a los mineros noté que todos estaban de pie, callados, serenos, mirándome impávidamente, en tanto que la esposa de don Jacinto asomaba con un plato de vinagre y unos algodones, rogándome me dejase poner en los golpes.

Tenía la sensación de que mi rostro era una sola albóndiga; pero, en verdad, sufrí sólo dos golpes. Sentí dolor en la mano y, examinándola alguien, aseguró que estaba deshecha la muñeca.

Entre tanto regresó don Joaquín, pidió un trago y dijo:

—Ya se sabe lo suficiente de las porquerías d' usted; denle al verraco que está afuera un poco de oxigenada que tiene las muelas que le bailan.

Me consolé. Don Joaquín, sin mirarme, siguió hablando y salió diciendo:

—Bueno: ya s' ha acabado el cariño: cada uno a su rancho y el que no tenga, a buscar alguna frezada de prohibición....

—No necesito de nada suyo— le grité—; es Ud. un embustero. Son intrigas de éstos... Me pagará los jornales.

Desde la obscuridad volvió su voz:

—Mañana, en cuanto puntée l' alba.'

X V

PAISAJES , LEGENDARIOS

Recordando estaba que Belisario consiguió su intento con la riña donde don Jacinto. Apoyada mi cabeza en el tibio regazo de Rosario dejaba pasar las horas. ¡Cómo amaba la vida esos momentos: con mi novia, con la tarde fresca y con el Río que derrochaba sus besos de gotas cristalinas!

La Minerita curaba mis heridas, cariñosamente, suavemente.

Decidimos la huida; debía ser al día siguiente, muy temprano.

Llevaré a Rosario; nos iremos a un entable de adentro la selva: allá habrá trabajo para todos los hombres que sabemos para qué tenemos brazos. La tierra es generosa y buena y mis manos incansables y fuertes, sostendrán la vida de Rosario, la de mi hijo y la mía.

En la vida se puede aprovechar de todo lo que se sabe y se debe saber todo lo que se puede.

No le tuve miedo al destino: sabía rodar la vida y ganarme el sueldo en cualquier punto. Sobre todo, Dios vería la justicia de mi cariño... No podía venderme a don Joaquín: ¡que se quede con su riqueza!

Nadie se percató de nuestra resolución. Sin embargo, como en la minería se sabe hasta lo que se piensa, tuvimos cuidado de conversar lejos de los ranchos.

Rosario se encargó del fiambre y yo de llevarme unos pocos gramos que pude economizar. Los salarios no los recibí: orgullosos ambos, no nos empeñamos en buscarnos.

Conseguí que Rosario cediese a mi idea de huir, antes de tener contestación de los dueños de entables: me oyó como oyen las mujeres campesinas, resignándose a todo. Las mujeres jóvenes son como el agua para amoldarse al pomo en que se la guarda...

—: O :—

A las tres de la mañana nos encontramos en Gallucantana para seguir el viaje. El invierno se formalizaba. El follaje que en la romería se ostentaba polvoriento, parecía esta vez lavado y brillante; el camino, un lodazal que marcaba una media bota negra en mis pantorrillas. En los ijares del caballo que cabalgaba Rosario, colgábanse gotas de barro, a manera de estalactitas cenizas.

No hubo novedad hasta el Boliche, donde llegamos temprano y resolvimos quedarnos porque Rosario se sentía fatigada.

Vino la noche y abrió millares de ojos luminosos.

En las trojes conseguimos asidero: tendimos nuestros trapos y dormimos, olvidando por un momento los penares.

Rosario no alcanzó a dormir; pero no me hablaba, temiendo despertarme. Tampoco mi sueño fué tranquilo: un momento caí en cuenta de que la Minerita se tragaba el llanto.

—¡Rosario, Rosario, ¿por qué lloras?

—N' estoy llorando.

Pasé mis manos por sus ojos, por sus mejillas: estaban anegados.

—No debes llorar: te hará mal a tí y a él. La tristeza de las madres pasa al hijo que está en sus entrañas y yo no quiero que vengan llorones como aquellos que parece que tuvieran la culpa de que en el cielo no hubiera dos soles.

No me contestó; volvióse hacia la pared y siguió sollozando.

Cuando apuntaba el alba, volví a decirle.

—¿Por qué lloraste?

—No lloraba: era la calor que sofocaba. ¿Qué tengo de llorar teniéndote conmigo?

Nos levantamos en seguida: aparejé mi pobre caballo que pernoctó cerca del corredor comiendo bagazo y, ¡otra vuelta al camino! Lo íbamos sellando con infinitas huellas: signo de peregrinaje eterno.



El enorme valle de Gualaquiza, mar donde navegaban vapores náufragos.

En el Cután, lugar el más temido por los arrieros, Rosario se apeó porque el caballo no podía vencer los camellones con su linda carga.

Terminado este mal paso, el camino fué más fácil: desde allí se veía el enorme valle de Gualaquiza,— mar de agua verdeoscura donde navegaban, en triste símbolo, los cascos de vapores náufragos: techumbre de entables y jibarías—.

Valle ancho: princesa ataviada de ríos y de flores que descansa en pedestal de orc del más subido quilate; princesa núbil y ardiente para el deseo del caminante.

En su cuenca es espontánea la piña exquisita y el plátano de olores voluptuosos.

Gualaquiza: regazo materno y fecundo en que son los hombres más fuertes y las gentiles indias, más hermosas: andan robando crepúsculos a su cielo sin pareja.

Tierra de promisión. escudo para proteger la pobreza de los serranos.

Gualaquiza, que espera la semilla para reaccionar con frutos inapreciables; Gualaquiza, reina encastillada, para la cual no llegará nunca el príncipe azul. Los ecuatorianos no le defienden ni le aman porque no le conocen...

¿Irá algún día en la barca de sus nuevos conquistadores, derramando lágrimas de incomprensión y batiendo el pañuelo blanco de los algodones en flor?

¿O irá, mientras flameen los pabellones triunfales de las palmeras, a erguirse en el trono de los que supieron comprenderla?

Desflorarán su riqueza y gozarán de su cuerpo y la fecundarán mientras sus dueños sigan fabricando armas de papel para la defensa?

Mientras sigamos manteniendo el símbolo de la india americana conquistada y violada; mientras sigamos componiendo la elegía a la Raza Vencida...

¡Gualaquiza, tierra de encanto no te vayas! Sabremos mantener el fuego de tu templo....

—: O :—

Llegamos al primer entable, llamado el Sacramento.

Allí debíamos pernoctar para seguir hasta Bellavista, donde había más probabilidades de encontrar trabajo.

Tomamos nuestra frugal comida: los hacendados nos obsequiaron con huarapo y fruta.

Por la noche tuvimos visitas en nuestro aposento. Vinieron los jornaleros para conversarnos y preguntarnos por las novedades.

Con el busto desnudo y el pantalón muy ligero, tomaron asiento, de espaldas contra las paredes. Cerca quedaban las piñas y los tarros de huarapo.

Sobándose las pantorrillas y fumando, se desarrollaba una charla pesada, sin interés.

De rato en rato, estallaban en risas cuando las capuzas ocreas atravesaban el tablado.

Una lluvia de cáscaras y terrones caía sobre los infelices insectos, en medio de carcajadas y bromas.

—¡Ahí va tu abuelo!

—¡Con tu madre!

Hasta que los bichos huían o morían.

Uno de los hombres se dirigió a nosotros; debía ser de alguna consideración porque los demás callaron.

—Y sabe, usted, joven, l' historia del Sacramento?

—No, señor, contesté.— Si Ud. quisiera contárnosla para distraer la velada?

—N' es tanto para distraerse. Esta casa guarda un secreto y una gran tristeza. ¿Ha reparado en el corredor que mira al Occidente?

—Pues sí, señor.

—Allí l' encontró la muerte a don Miguel Ignacio. ¿Sabe usted quién era él? Valiente y generoso: con él terminaron los conservadores de pelo en pecho. Este señor de quien l' hablo fué hermano del caudillo Vega".

—Ah, los tiempos aquellos de nuestras revoluciones; los verdaderos tiempos de los verdaderos curuchupas que n' escatimaban la vida, menos los teneres para salvar la Patria".

—¡Cuántos azares, cuántos sinsabores! En esos tiempos de atrás, en esos tiempos viejos que no se repetirán; cuando Dios y la patria eran los idiales verdaderos de esos buenos señores (sólo al nombrarles s' endereza l' espíri-

tu): en esos tiempos de don Antonio, ¡ah! cómo éramos todos de unidos y valientes”.

“Recuerdo esos despertares de la madrugada, los traslados de armas, las órdenes del jefe, pasadas en secreto de persona a persona, las sesiones ocultas en el último patio de las mansiones señoriles, el llanto de los hijos por el padre que no amanecía en casa; las sorpresas de las esposas al ver salir al hombre furtivamente, por techos y traspuertas... ¡Ah! esos tiempos...”

“Los jefes adelante, lanzándose a la lucha y ejemplarizando al pueblo que creía de veras porque tenía a Dios dentro del pecho... ¿Ahora? ¿Creen, señores, en la salvación que prometen los explotadores del pueblo? ¿Hay algún caudillo de esos de íntima fé y corazón honrado? Mejor n’ hablemos...”

“De los antiguos irremplazables caudillos era don Miguel Ignacio y ¡qué bueno como amigo!”

“Vino a vivir sus últimos años en el Sacramento, después del fracaso jijonista del año 24”.

“El había comprendido entonces el cambio de los hombres: volvió al frente de las tropas, después de muchos años, pero no las encontró como antaño. El gran Partido Azul s’ había vuelto más verde que las puras esperanzas d’ alcanzar triunfos, sin cumplir con el refrán de “A Dios rogando y con el mazo dando”... Los jóvenes, los jóvenes de hoy! Yo, con estos ojos que se volverán tierra, los vía temblar hasta muchos días después del fracaso y esconder los pocos chopos viejos a la menor noticia de persecución. Después no los encontraban: tanto miedo y nerviosidad tenían”.

“Con don Miguel Ignacio s’ enterró l’ última esperanza curuchupa, l’ última esperanza que se pudrió porque no merecía el epitafio.”

“D’ eso se reía don Miguel, se reía y lloraba, pues s’ había quedado solo.”

Este momento cortó la narración uno de los oyentes, invitando un puro.

—¿Un puro, don Sebastián?

—Tráigame uno de a cuatro dedos ralos, que el final es triste y quiero que los recuerdos se mojen en puro juer-

te, que pique el paladar, para que las palabras salgan quemando y trayendo olor a pólvora de nuestros tiempos mejores.

Don Sebastián tomó el puro y dos lágrimas asomaron a sus ojos.

—N' es el puro, amigos que me puede traer llanto; es el recuerdo de mi jefe.

“Bien pues, viendo l' imposible de nuevas intentonas, se vino al Sacramento. Al comienzo pensó pasar unos meses hasta que cesasen las persecuciones; pero, luego dejó sus negocios d' allá y se dedicó a l' agricultura. Veo su sillón, el corredor en que halló la muerte y me tiembla el cuerpo, tal que suelo d' Oriente en tormenta.”

“Un día pidió a la ciudad un tarro de pólvora. Pobre don Miguel, era vicioso del tabaco y no s' acordó del peligro. Al destapar el tarro, saltó una chispa y explosionó el negro polvo homicida! Y murió, señores, murió como debe morir todo un valiente y todo un gran soldado: al estrago de la pólvora....”

Al terminar don Sebastián, nadie se atrevió a hablar. El narrador descansó la cabeza en los brazos cruzados sobre las rodillas y lloró.

Poco a poco salieron los peones. Rosario y yo quedábamos contemplando al viejo que, notando que era tarde, se puso de pie y, secándose los ojos, salió diciendo:

—¡Lo que no le sucedió en ninguna chamusca!

X V I

CONCERTAJE

Con el machetillo al cinto, los anchos sombreros toquilla, de forma extravagante, ciñendo la sudorosa frente y comiendo, a dos manos, plátano y piñas, que al borde del camino se ofrecían, desfilaban los jornaleros de El Sacramento, mientras nosotros nos dirigíamos a Bellavista.

Con pena me despedí de esas buenas gentes, amigas de una noche de tradiciones y tristes historias; sobre todo, de don Sebastián que se comidió para conseguirnos algunos menesteres y proporcionarnos una recomendación de su patrón para el dueño de Bellavista.

Lejos iba quedando la histórica hacienda, rodeada de airoas palmeras y de huertos de piñas que reventaban al sol y mostraban su amarillenta entraña jugosa para la sed de los colonos.

Cerca de la casa, en una colinita, asomaba, entre el arbolado, el techo de la hidráulica que lanzaba gritos rudos y quejidos de acero. Sus piñones parecían eternamente ebrios de tanto remoler la caña de azúcar. Entre los poderosos dientes se filtraba el turbio huarapo que corría retorciéndose por las canales de balsa, hasta ir a parar en los depósitos de cedro, donde maduraría para la transformación en alcohol jibaro, rico y pujante cual los músculos tensos de los árboles seculares.

Por el camino nos encontrábamos con varios salvajes en cacería. Desnudos hasta la cintura, sus poderosos bustos brillando al sol, se mostraban invencibles y potentes.

Tinosamente, con su vista poderosa y penetrante, se arrastraban entre la hojarasca hasta ponerse a distancia conveniente. En silencio levantaban las bodoqueras: un guiño, un soplido vigoroso y los infelices brujillos caían desde la empinada copa de los cauchos, haciendo escala de agonía en las ramas.

Entre carcajadas y palabras de júbilo, seguían la excursión, sin importales quienes los viesen al atravesar los chaquiñanes.

Propuse me vendieran un pajarillo y uno de los indios contestó, bromeando:

—¿Acaso siendo de comer? Esto no vendiendo. Esto llevando para Cuenca...

Pasamos por el caserío del pueblo de Gualaquiza. En las huertas del convento pelaban yuca algunos hermanos y en la plaza no había una alma. La pequeña torre de madera, pintada de blanco, contagiándose del verde abrumador de la selva; y el sol, tendido todo entero, durmiendo una gran siesta de pereza, de silencio y de soledad.

Seguimos caminando y pasando por varios pequeños entables de piqueros. La gente, laboriosa: trabajaba y sudaba: unos cortando caña, otros jatiándola y los demás en los manejos de la molienda bulliciosa y alegre. Algunos trapiches crujían; el eco que se repetía, infinitamente, daba la idea de metrallas que, escondidas entre la maleza, amenazaban constantemente al peregrino que se atrevía a penetrar por la gran floresta.

Después de una hora llegamos a Bellavista. Rosario seguía triste y pensativa; estaba pálida y demacrada; sólo sus grandes ojos negros conservaban el brillo y resaltaban mejor en el tono violáceo de sus ojeras.

Sin embargo, fingía contento y, cuando yo callaba, ella procuraba comentar alguna cesa o contarme cualquier historieta.

Entre bromas, cuentos y besos, moría el día, empujando la vida hacia un punto que no se me alcanza y que me imaginaba tan oscuro como los ojos de la Minerita.

—Minerita,— le dije una vez—; tengo muchas energías para afrontar la vida. Estas fuerzas de hombre bien martillado en el trabajo, han de cambiarse por oro, por mucho oro con que compremos una buena posesión en mi tierra. De allá me atraen tantas cosas; allí, donde viviremos más tranquilos que estos pobres ricos del Oriente...

—: O :—

Ya no era hora de trabajo en Bellavista. El patrón, de tez amarillenta, como el agua del Bomboiza, paseábase en el corredor de la amplia casa de dos pisos, al tiempo que limpiaba una carabina.

Me presenté sin escrúpulos y le entregué la recomendación que llevaba.

Efectivamente había trabajo. No podía faltar con lo que todo el mundo se ocupaba en las minas.

Yo quería un trabajo en las de la Proveduría; pero, por de pronto, acepté uno en los quehaceres de la hacienda.

Dos sueres diarios y la comida, no estaba mal para el comienzo; además, se ofrecía ocupación para Rosario en la cocina de los jornaleros o en los preparados de paja toquilla.

¡Empezar el trabajo desde el día siguiente! insinuó el patrón; desde esa tarde ordenó que se nos diese la ración de comida, fruta y huarapo.

Este primer día de mi nueva ocupación me dediqué a pasear, hacer amistades y conocer los cultivos.

Estaban en molienda; al pie del alambique, situábase el señor guarda del Estanco de Alcoholes, terco y orgulloso como un espín, porque representaba al gobierno, al dueño del más propio de los trabajos labriegos.

Comprendía su situación de señorón empleado; en la selva aislada de las prosapias de la burocracia, tomaba actitudes de dictador.

En el Oriente están por demás estos controles; están por demás los guardas, están por demás todos los impuestos, está por demás el gobierno... Y no sólo que están por demás, sino que son las más injustas y extorsionantes administraciones que se realizan.

Nada recibe el Oriente; nada recibe Gualaquiza a cambio de sus contribuciones. ¿Dónde están los caminos, dónde una escuela, un botiquín, o algún servicio público?

Si algo existe es por esfuerzo particular de colonos, o por los sacrificados misioneros: único consuelo para las ne-

cesidades y males del alma y del cuerpo.

Médicos del alma; soldados de la guarnición que no esperan nunca ascensos ni galones, a no ser aquellos perdurables que concede Dios en la jubilación eterna de su reino.

Portando en alto el estandarse de la Cruz y llevando a todas partes las maravillosas perspectivas del Evangelio, son los Salesianos los únicos que saben de las verdaderas tragedias de hombres y territorios en la selva nebulosa: la estadística de los que se van en el eterno vértigo de los ríos, se señala con el réquiem casi diario; y el dolor que no consta en el alma de los ecuatorianos, se refleja sólo en el duelo de la sotana desgarrada y pobre...

Sotana del misionero: crespón que se prende a la corona fúnebre entretejida con hojas de la montaña.

Nada sabe el gobierno de la necesidad que urge en la selva, en la selva que succiona la vida, como fatídico vampiro.

Mas, el Oriente tiene que producir oro, tiene que dar mucho oro para la voracidad de los regímenes insaciables.

Vergüenza me ha dado recorriendo el Oriente y contemplando cómo tiene el Perú establecidas sus colonias, sus guarniciones, sus... (¡detente, pluma, para no decir nuestras desgracias!)

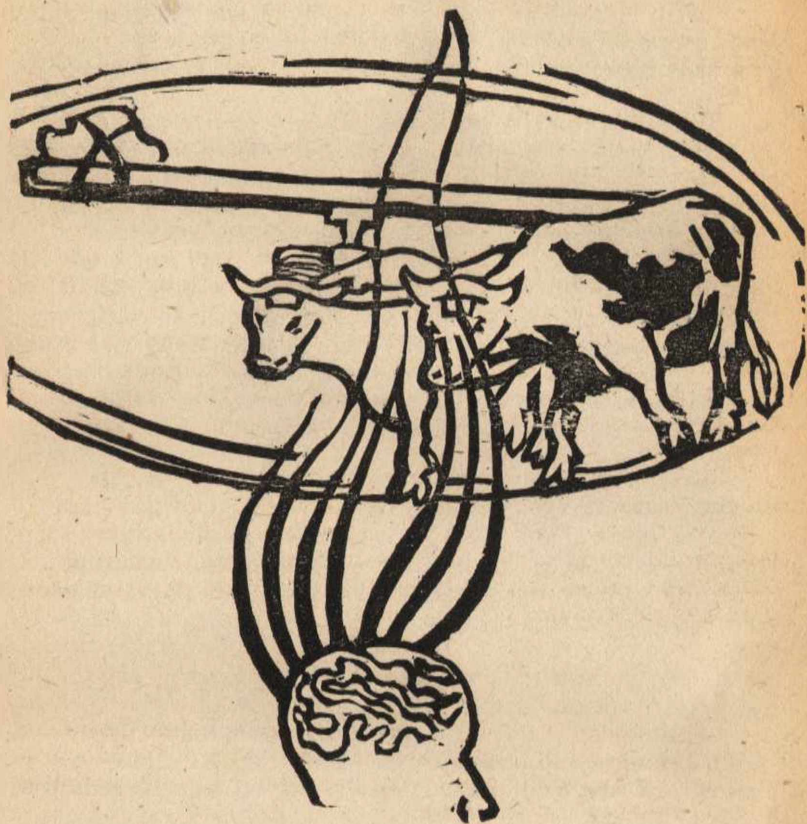
—: O :—

Un desfile de hombres jateando, caña venía desde los cultivos hasta el trapiche y se volvía, formando una paralela de trabajo, una gran paralela de músculos potentes que se bañaban de sol y sudor.

Caña de azúcar gualaquiza, gruesa y suave, a manera de brazos de salvaje enamorada. Torciéndola con los dedos, se abre y salta un chorro del zumo dulce y fresco en los labios de los sedientos jornaleros.

Caña de azúcar gualaquiza, de cinco o seis varas de alto, limpia y brillante: semeja mejillas de jibara quinceañera.

Los trapiches lúbricos devoran insaciablemente la carne blanca de las entrañas vírgenes, manchando su pureza



La vuelta de la yunta, al rededor del bronce, traza eternamente una huella circular: moneda cuyos bordes no se terminan de fundir.....

al trocirla en alcohol: combustible que mueve el motor de todas las vergüenzas.

La industria que existe en esta tierra pobre, ¿no podría aprovechar para elaboraciones de artículos más nobles?

Caña de azúcar: dorados dedos a flor de tierra, que esperan el anillo nupcial de las bodas del Ecuador con la señora Restauración.

Caña de azúcar gualaquiza que succiona el alimento de la tierra ubérrima para convertirle después en bebida que degenera.

Pobre caña de azúcar gualaquiza: mar dorado en que naufragan las economías mineras. Caña de azúcar envidiosa del color del oro y vengativa: por ella los pobres hombres malgastan sus gramos.

Caña de azúcar: columnas de oro que crecen al calor de la tierra honda y buena y que bien podrían sostener el palacio económico.....

—: O :—

Aprovechando de los espontáneos regalos del yunga pasamos esa tarde, igual a las demás gentes que así como aquel día, pasarán mañana, y pasado, y dentro de un año, y dentro de diez.

Lindas labores de molienda que, a pesar de repetirse todos los años de la vida oriental, nunca cansan y guardan para cada vez, nuevos atractivos.

La vuelta de la yunta al rededor del bronce, traza eternamente una huella circular: moneda cuyos bordes no se terminan de fundir.

El trapiche lavado con sangre de caña, brillando está y esperando la economía burguesa.

Y el arriero de la yunta, con una mano en la angulosa anca del taciturno animal y la otra que sostiene el rebenque y apura la marcha de las lentas pezuñas, es un símbolo de acción: junto al herrero que machaca el hierro, como alegoría del trabajo, yo pondría un cuadro de molienda... Pues, que se destronan las prosaicas hidráulicas que no tienen nada de pintoresco ni de humano: parábolas del

vértigo sigloventino...

A la tarde, ya cerca de alzarse la peonada, llegaron algunos jíbaros a pedir aguardiente.

Uros trajeron achiote y yuca; otros, barbasco y nimiedades, para regalo al patrón. En cambio recibirían puro: golosina para estos salvajes.

Pedigüenos son los indios orientales; pedigüenos y borrachos.

El patrón, que conocía la costumbre, ordenó, se les diesen dos litros, siempre que permitiera el guarda.

Bastante había con dos litros para los cinco; pero les duró un santiamén y pidieron más.

Volvieron a darles. Pegados estaban al alambique y junto al guarda que ponía cara de pocas pulgas; los indios la ponían peor, con sus terribles muecas y sus ojos semi-dormidos y ensangrentados.

Después de algún momento, el señor guarda abandonó la destilación porque los salvajes amenazáronle malamente... Las gentes comentaban que era aquello convencional con el patrón para contrabandear libremente.

Bebieron hasta embrutecerse toda la santa tarde, hasta que, habiéndoseles negado más licor, se acercaron al patrón y le "hablaron de negocios particulares".

—Vos dándonos nomás el trago y nosotros trayéndote a ellas: teniendo las mejores...

No supe cómo terminarían sus negocios. Toda la noche bebieron...

Después me conversaban los compañeros que esa era costumbre y que cuando no había molienda se pagaba a los rufianes con pólvora o espejos.

Las mujeres jíbaras son mercancía de los hombres. Esclavas desde los ocho o diez años, son como vestidos que terminan por convertirse en trapos para toda basura.

Con esta última impresión me sorprendió la noche; y me dormí con la luna que hurgaba con sus largos dedos de plata por las hendiduras de la ventana. Soñando había extendido también los míos, diciendo:— Gracias, princesa: seremos buenos amigos; un servidor de S. A.

X V I I

NEGROS ENSUEÑOS Y BELLAS REALIDADES

Brumoso amaneció aquel día de trabajo.

Por la encañada del Bomboiza subía densa neblina que se desgarraba en las ramas de los árboles.

Sobre el lecho había un amontonamiento de nubes, espirales de humo que fumaba el bosque en la boquilla nacarada del río...

Cortábamos caña para seguir la molienda. El mayoral, serrano barrigón y grasoso, machete en mano, no cesaba de raimar caña al tiempo que ordenaba el trabajo.

Yo le observé todo el tiempo y me pareció tan misterioso y tan raro que no pude esperar más para averiguar de él.

Siempre que le miraba, esquivaba la vista; tenía una risa como una monstruosa mueca que espantaba.

Fumando y bebiendo huarapo estábamos con Salvador, el indio que me cayó en gracia desde el comienzo. Algunas desavenencias tuvimos los dos con los demás peones porque acusaron a Rosario de preferirnos en la comida. Cosas de la peonada que, ventajosamente, se arreglaron a tiempo.

Ello contribuyó para que nuestra amistad se estrechase más; los dos hacíamos componendas, ya para cambiarnos de trabajo, según convenía, ya también para preparar vagabundeos los domingos, por las jibaráas o los entables de los piqueros, donde había más confianza para meternos puros y cantar cualquier letra **colorada**, sin la presencia de amos ni mayoresales.

—Dime, Salvador— le decía una tarde de charla amiga—, dime, ¿de dónde salió el Jipato?

—¡Ah!, esa es historia larga de conversar y muy criminal. Esta tierra bendita de Gualaquiza recibe tantos de estos matones! Quieres saber quién es y cómo quedó en Bellavista?

—Claro, compañero; de algo hemos de hablar esta noche.

Nos recogimos en el rincón del dormitorio donde tenía mi tarima. Rosario se acostó y, en tanto que los demás compañeros levantaban cortinajes de humo de rico tabaco y conversaban, Salvador, con la nuca pegada a la pared, comenzó el relato.

“Ni sé cuál es el propio nombre del Jipato. Peón de una hacienda de Jima. Buen trabajador y juerte, era el preferido en los desmontes en que se necesita gran pulso para barretiar día seguido”.

“Los que no sabían l’ historia, decían que s’ enriqueció gracias a su trabajo. Era de creer....

“Sus fiestas y convites, mismamente que de reyes; el Jipato s’ emborrachaba y hacía festines”.

“Su fama de gastador s’ extendió por todo el pueblo y las visitas se volvieron frecuentes, especialmente de los pullmas que, en la casa del Jipato, encontraban siempre buena mesa. Aparecía simpático este hijoeperra”.

“Un día le pidieron posada dos d’ ellos; decían que cargaban más de quinientos soles. El Jipato estaba presente en la contada de los billetes y l’ entró la codicia. Y esa noche se cometió uno de los más terribles crímenes”.

“Desaparecieron los infelices; nadie supo, d’ ellos; pero, un día de las grandes borracheras del Jipato, un muchacho que jugaba en el corredor, oyó quejidos espantosos y contó a sus familiares:— Tío tiene bajo la cama puercos gordos; roncando se pasan mientras los invitados bailan en la pieza de al lado”.

“No le creyeron al chico, pero la duda se dentró; al día siguiente, volvieron a visitar al amigo y constataron ronquidos bajo la tarima”.

“S’ hizo el chisme y los comentarios s’ agrandaron hasta llegar a oídos del Político”.

“Vino él con los rondas, penetraron d’ improviso y examinaron la pieza: dos cadáveres jueron descubiertos, atados uno contra otro y tapados la boca”.

“Mientras s’ hacían los descubrimientos, el Jipato huyó y vino a darse a la montaña”.

—: O :—

Pensando me quedé en semejante crimen, cuando, casi rompiendo la puerta, entró el Jipato en la última borra-
chera.

—¡Gente de Bellavista, todos Uds., ordenanzas míos, vengo a brindarles un puro...! Cuando el hombre es vivo, se sabe conseguir loquequiera...

Sólo después de muchos días supe de sus arterías para robar aguardiente: había horadado el entablado de su habitación que quedaba sobre el depósito de los toneles y, con un tubo, chupaba, introduciéndolo por las tapas superiores de los envases.

Absorbía buenos tragos y luego soltaba, bocado a bocado, hasta llenar botelias que las escondía entre sus ropas o en los cañaverales. Con este método, nadie caía en la cuenta de cómo desaparecía el puro.

Pero, un día, después de prolijo examen, dieron con la maña y el patrón propinó una paliza al Jipato que salió del entable y no volvió más.

Mucho me alegré de aquello porque yo era la víctima señalada para los trabajos más rudos...

Bien, pues; entró a la pieza y brindó a todos. Salvador estaba ya en la cama y yo comenzaba a dormir, después de un día íntegro de echar machete en los cañaverales.

—Para usted también hay, amigo— dijo, dirigiéndose hacia mí.

Fingí dormir; se acercó mucho a mi cama y me rogó le aceptase una copa; dijo que me quería porque era costñito joven y bueno para el machete.

Por no aguantar su fea cara cerca de la mía y por no respirar su fétido aliento, me incorporé y le acepté un trago.

Cuando se retiró, luego de cruzar algunas palabras, volví a abrazar a Rosario y me quedé dormido. A las tres de la mañana, más o menos, tuve ensueños peores que el de los sajinos:

Estaba yo desherbando una huerta muy extensa; no sé por qué me encontraba solo. Por la maleza ví aparecer

al Jipato, como un gorila que bamboleaba sobre sus piernas torcidas y potentes. Se presentaba más grande y más feo; traía un enorme machete y se acercó echando espuma por la boca.

Le sudaba la cara y sus ojos ensangrentados se clavaban en mí, al tiempo que me decía:— Advenedizo, gran alcahuete, has venido a quitar nuestro derecho. Pretendes adular al patrón, pero no conseguirás que yo deje de ser el mayoral del entable; antes te destriparé y te arrojaré al Bomboiza a que seas alimento de los lagartos del Pongo!

Adopté entonces una actitud de defensa; levanté mi machete y le desafié. Le insulté también, le repetí la negra historia de su vida y, por fin, le juré que, en cuanto saliera de la montaña, denunciaría su paradero a las autoridades.

Violentóse con ello, se acercó más, me escupió su inmundicia baba y levantó el machete para descargarla en la cabeza; pero, le paré el golpe. Luchamos unos minutos; nadie venía; pensaba en Rosario, en mi hijo, en todas las ilusiones que se desbarataban: el duelo era a muerte.

Empleé todas mis fuerzas y me armé de todo el coraje; le atacaba con el machete en una mano y con la lampa en la otra; pero, el Jipato era un gigante: ni siquiera se agitaba y reía al tiempo que me insultaba. Me debilité lentamente; mis brazos caían sin sostener las armas: estaba cansado, me faltaba aire: las piernas comenzaron a temblarme hasta que un golpe del monstruo me echó a tierra.

El Jipato arrojó el machete y, arrodillado en mi pecho, me estrangulaba y unía su grasosa cara a la mía: respiré su aliento, como en la noche que me invitó el puro.

Desperté en ese momento; me dí cuenta de que era una pesadilla y me calmé. Mas, volvió la sorpresa al sentir que una fría brisa soplaba mi rostro.

Prendí un fósforo y ¡oh susto! un enorme murciélago acababa de posarse en la frente de Rosario.

Misterios de los ensueños.

Me gocé en la víctima; trituré al bicho como si se tratara del propio Jipato.



Se presentaba más feo; traía un enorme machete y se acercó echando espuma por la boca.....

—: O :—

Conversaba de eso una noche con Rosario.

—Parece que el diablo anda metido en mi cabeza; no pasa una noche que no tenga pesadillas y sueños pendejos.

—¿Qué será? Será porque....

—¿Por qué, Minerita? Di nomás, mujer.

—Cabalmente porque no soy tu esposa. Hace falta el matrimonio.

¡Matrimonio! No había pensado hasta entonces. Habrá pues que casarse y velarse para que se bendigan nuestros hijos.

El domingo siguiente, muy de madrugada nos levantamos; sin que nadie lo notara, desperté a Salvador y le dije:

—Oye, compañero, tengo un secreto que confiarte; puedes ayudarme.

—Pues, manda nomás.

—Tienes que ser mi padrino.

—¿Cómo?... Dirás compadre... Llegará o no la guala y vos ya piensas en padrinos. Deja que llegue y si es varón te ofrezco marcarle.

—No se trata de eso, Salvador. Es que.... no estamos matrimoniados...

—¿Qué n' estabas matrimoniado con Rosario? La gran sirvergüencería.

Y se puso a reir hasta que despertaron todos. Me ofreció acompañarme de buena gana. El tenía conocidos y se solucionarían las dificultades. Y si no, pues seguiríamos así. ¿Qué le íbamos a hacer?

Yo quería cristianizar mi hogar y era sincero. Le quería a la Minerita; ella me correspondió, ¿qué más?

Fuimos al pueblo; antes de la misa de ocho hablamos con los Padres.

Todo se arregló buenamente y nos casamos y nos velamos durante la cantada de las ocho.

¡Casados al fin! El Santo Sacramento nos trajo bendiciones. Quedé como hombre honrado: nada tendrían que argüir en el Bolsillo y podría enseñar a mis hijos, diciendo: Son míos y de mi mujer...

Y, sobre todo, se me quitaron las pesadillas...

X V I I I

SOLDADOS SIN ASCENSOS

Entre tanto, la vida en el Bolsillo se desarrollaba monótonamente. Los gringos seguían trabajando en sus sitios y explotando la ignorancia de los mineros. Algunos incidentes hubo por disputas de amor.

Decían los entradores al Oriente que hubo día de mucha amenaza y que se levantó en armas la ranchería; gracias a la intervención de los misioneros no se consumó el crimen.

Sin embargo felices eran los del Bolsillo comparados con otros mineros de adentro de la selva.

Su diferencia comienza desde los ranchos en que habitan. En el Bolsillo: grandes, amplios, bien cobijados y con más o menos lo necesario para la vida. En algunos hay cierto derroche: se usan linternas de gasolina y en la despensa no faltan latas de sardinas y botellas de vino.

Colgada del cieloraso la infaltable guitarra de hojalata que resiste las inclemencias del clima y, entre los frascos de oro, los naipes para las veladas.

Se apuesta con oro, ¿qué importa?— se pierden cinco onzas, pero, ¿y qué?— la playa me paga—es la frase corriente repetida como una oración en cada partida.

Las borracheras continuas que empiezan con puro y terminan vaciándose la despensa de los licores escondidos, para cuando hay visitas de importancia.

No así los pobres ranchos de otros sitios: cuatro palos cruzados, sujetos con bejucos y cobijados a medias con helechos; oscuros e incómodos.

Adentro, tiradas las bolsas de maíz y fréjoles, traídas a las espaldas desde las haciendas serranas; algunos ponchos viejos sirviendo de cobija y colchón y un tarro de lata para cocinar palmito.

Y afuera, al rededor de los ranchos, la fetidez de todos los desperdicios.



Los pobres y desmantelados ranchos de los
mineros ambulantes.

Y los hombres, ¡ah! los pobres mineros que no son colonos, aquellos infelices huídos de la vida, que viven en lo escarpado de las orillas y mueren en el bullicio de las crecientes.

Esos pobres que van a las mineras y que se esconden en la selva con sus esposas: compañeras de penares y aventuras.

Esposas de los mineros eventuales: carne de placer y despojos de la vida.

Los maridos son testigos de la destrucción de su más caro tesoro.

Una mujer en las rancherías mineras es más codiciada que el oro mismo.

Pobres los tímidos que se vuelven a sus natíos, sin oro, sin esposas y sin esperanzas.

Pobres los valientes que, asesinados, se van cualquier noche oscura en los eternos ríos.

Ranchos mineros, mancebías en que el jíbaro y el colono salvajizado y voluptuosamente insinuados por la gran selva ardiente, son lascivos incontenibles.

Los jíbaros rufianes defraudan el carácter de sus tribus y ofrecen sus "entregas" por plazos. ¿Qué les importa si el oro quedará entre sus manos, el oro que es suyo, el oro de su tierra que les da hembras, al igual que les da fruta, espontánea, fácilmente? Mujeres habrá siempre, frescas y jechas, para rescatar el oro que quieren llevarse los cristianos.

Que se lleven a ellas, o que se lleven de ellas el recuerdo de un minuto de placer salvaje. Minuto de placer que tiene el triste epílogo de un mal que reprochará la conciencia; un mal que destruirá el alma y el cuerpo; un mal que no se curará con oro y no se satisfará con la amarga cárcel de una cama de hospital.

Pobres mineros: cómo vuelve la vida lo poco que les ofrece; el oro se consigue pagando con el reuma, con la soledad o con un doloroso virus...

—: O :—

Mineros del Oriente ecuatoriano, soldados eternos de

la patria, a la que sostienen mejor que aquellos otros acuartelados.

Soldados que llevan el escudo de sus biceps robustos y que están perennemente armados de buena voluntad para sostener los máximos poderes; para llevar sobre sus hombros la vergüenza de un nombre...

Pobres mineros, uniformados con el andrajo que les señala como tropa situada en el "Frente" de la economía: única estrategia salvadora.

Uniformados de andrajos: batallón proletario que mantiene a otro de burgueses.

Andrajos mineros: condecoración de máximo generalato, ganado con la vida entera que se acaba pulida, minuto a minuto, por el agua y por la tisis.

Soldados mineros que mueren en servicio activo, con el arma al brazo y la bandera patria flameando siempre en las elevadas palmeras de la selva, sobre sus cabezas que no piensan.

Andrajosos soldados ecuatorianos; mineros que mueren cualquier mañana llorada de lluvia o cualquier tarde borracha de sol.

Soldados mineros que nadie sabe cuándo mueren: sus cuerpos condecorados de anonimato, se van cualquier noche, camino de los ríos que lavaránles de todo resabio de vergüenza.

Para ellos no hay rentas vitalicias; para ellos, no hay jubilaciones porque han servido más de veinticinco años... Recibirán el montepío del olvido.

La tumba del soldado desconocido es la selva: ella es la tumba del verdadero soldado del cual no quedan noticias.

Nada hace ni ha hecho por estos infelices la Nación; ni siquiera forma estadísticas; el noticiario periodístico nada sabe de las batallas campales libradas entre estos pobres peregrinos y los árboles y los ríos voraces; batallas de la tierra ubérrima que se agranda y adormece para engullir vidas mineras.

Batallas de esos pobres ejércitos que no tienen el derecho de ascenso: este soldado de veras es siempre raso y no vale por costuras en relieve ni galones dorados: vale por

su alma de héroe y de patriota.

Batalla del oro, entraña de la tierra que se venga del minero mandando a sus entrañas también males impre-vistos.

Batalla de esos hijos del agua que naufragan en el mar hirviente de la montaña, donde no habrá nunca cru-ceros que lo dominen.

Mineros del Ecuador, proscritos del mundo...

Mineros del Ecuador, hombres sin esperanzas.

Mineros del Ecuador que idealiza sólo la muerte.

Mineros redimidos de su eterno dolor por las rocas ho-micidas y los ríos insaciables.

Mineros que encuentran la paz más allá de la vida.

Mineros, mártires que no se canonizan.

Mineros humildes y pobres, ajusticiados que van san-grando al pie de todos los árboles: cruces que ni siquiera los cobijan.

Mineros, repudiados de la vida.

Mineros del Ecuador, redentores de la patria.

Mineros que encuentran calvarios en cada día que nace.

Mineros, pobres mineros de las minerías ecuatorianas, que mueren en todos los ríos y desaparecen detrás de to-das las malezas.

Mineros malditos, soldados del Ecuador, que seguirán vestidos eternamente de parada con los jirones con que les vistió el destino.

Mineros, esencia de la tristeza, , tragedia humanizada, flor que se abre de aquella planta que no conocen los más sabios jardineros, os compadezco y os recuerdo...!

—: O :—

Nadie sabe de ellos cuando se van: su lápida no osten-ta ningún epitafio. El nombre de los perdidos queda al-guna vez en el libro misionero:— Por fulano de tal, dos sures para una misa....

Así es el Oriente; así, esta tierra dorada para todos los porvenires; ¡si hubiera misioneros sin sotana que secun-dasen la labor de aquellos otros que, armados de la Cruz y

el Evangelio, plantan la primera piedra de la civilización!

Amemos el Oriente, tierra de sol; amémoslo, ecuatorianos que nos debatimos por piltrafas, mientras allá, en la tierra espléndida se ofrecen las mejores ganancias.

El Oriente es el eje de oro en el que podría girar toda nuestra ventura.

Oriente, tierra privilegiada, tierra en que germina cualquier semilla: podemos ser sembradores.

Oriente, tierra del petróleo: combustible que beben insaciablemente las máquinas del mundo: podemos ser industriales.

Oriente ecuatoriano, tierra de la triple ganancia, de la triple riqueza: eres la más pobre de todas.

No permitamos, ecuatorianos, que el Oriente sea tan sólo escenario para la tragedia de los salvajes; proscenio para la gimnasia de las fieras y tablado para sólo la mueca amenazante de la montaña secular.

Que sea el Oriente la alborada de nuestra resurrección.

X I X

MANCHA BERMEJA

A lo largo del Río Blanco, siguen lavando los del Bolsillo.

Don Joaquín explota las últimas arenas, ayudado de su mujer, la Peta y uno que otro jornalero.

Pero, está triste y pensativo. ¿Qué valen sus tesoros, si no encuentra un hombre digno de su hija; de qué le sirven sus riquezas si nunca las gozaría en la selva que ningún bienestar ofrece? Sus años le pintan canas y le traen dolores.

Desde mi huída con Rosario, dicen los arrieros, ya no hay parrandas en la casa del Viejo y él se pasa la vida tontamente sin aprovechar de sus teneres. —Pero es bueno el Viejo y Dios le premiará porque no se olvida de las caridades para con los parientes de la Minerita. Ellos no tienen la menor culpa de que se frustren sus intenciones.

Y les cuida tal que si fuesen familia de él: hace bien: han sido colonos viejos y buenos amigos.

Y dicen también que está medio loco el pobre don Joaquín. Que se pasa santiguando y las noches se levanta, toma la batea y, en el patio, en cuclillas, se amanece en ademanes de lavar.

Que come poco y, a veces, en plena tarea, la suspende y obliga a la gente a oírle cuentos que distraen las pocas horas que quedan para lavar en tiempo de invierno; la lluvia es repentina y los ríos crecen el momento menos pensado.

Malas noticias del Bolsillo me traen los amigos. Pobre don Joaquín.... y pensar que tiene tantas libras de oro.

Y cuentan de las desgracias habidas con unos intrusos: vinieron unos blancos, unos grandes señores de la Ciudad que supieron de los prodigios de riqueza en el Bolsillo; quisieron adueñarse de los bancos y cometer toda clase de abusos.

En el rancho de don Joaquín hubo congreso de mineros y se resolvieron muchos problemas.

Diplomático el Viejo, recibió a los blancos en casa y hasta les brindó bien servidas mesas y sabrosos jíbaros.

Los blancos anduvieron las minas y, haciendo planes, regresaron a Granadillas, donde tenían hospedaje.

Pero, don Joaquín mandó inmediatamente recados al Sígsig. La Comunidad era grande y sabía hacer respetar sus derechos, pese a las injusticias. Recibidos los recados, se aprestó para acudir en masa a defender sus minas, donde estaban muchos de sus miembros y donde vivía el patriarca don Joaquín.

Por las encrucijadas y derroteros del Churucu vinieron un día. Las quipas retumbaban su hueco sonido en las inamovibles paredes de granito; y las bocinas imprimían largos sonidos temblorosos que bajaban, como lenguas de fuego, desde la cima helada del Matanga a las cuencas tormentosas y ardientes del Río Blanco.

En el Mulana se afilaron los relucientes machetes de los defensores de sus sitios y se rezaron oraciones ante las cruces de toda la pendiente, donde se ostentan jalones de pena de cuantos rodaron al yunga de gran hocico de piedra afilada.

Doscientos y pico de comuneros vinieron un día a las mineras. Echando machetazos de coraje en los arbustos y gritando palabras de rencor, llegaron.

Al pasar por Granadillas protestaron:— ¡Blancos ladrones, aquí estamos!

Cantando cantos de reivindicación cual si fueran colgando en los árboles banderas de desafío, cual si fueran prendiendo en la montaña, terribles amenazas, pasaron los comuneros, poncho al hombro y machete al brazo, hasta llegar al entable de don Joaquín.

El Viejo no quiso atacar a los blancos a traición y les invitó para una transacción amigable.... Aceptaron la llamada: eran valientes y también numerosos.

En el corredor de su vivienda estaba don Joaquín, sereno y risueño, rodeado de los blancos y de algunos de sus íntimos compadres.

En el patio, junto al cafetal, donde le hice juramentos

a la Peta, estaban meditabundos los chazos de uno y otro bando, a manera de bueyes en el matadero, esperando el cuchillo asesino.

Era tarde. Nubes cenicientas se trenzaban sobre las montañas y servían de fondo excelente para los puntos de admiración rojos que pintaban los loros.

Vino la noche. Se sirvieron puros; todos seguían en sus puestos esperando la hora decisiva. Y don Joaquín no comenzaba, ni los blancos se atrevían. De las cinturas pendían revólveres sedientos de sangre y fuego.

De cuando en cuando se hablaba de cosas muy ajenas, hasta que un blanco preguntó por la cantidad que había obtenido don Joaquín.

—N' es más que un arroquito muy quebrado, señores.— Si hubiera aquí las jortunas que ponderan, ya estuviera viviendo en el pueblo, viviendo en paz y preparando a esta pobre alma para su viaje. Yo estoy viejo y enfermo; sólo la pobreza m' obliga a seguir d' esclavo de l' agua. ¿Creen Uds., caballeros, qu' esto de sacar l' entraña, es cosa para llenarse de riquezas? Las minas no dan ni para un contrabando y si algo nos producen, se gasta en trapos. ¿Verdad, compadres?

Los chazos que le rodeaban, asintieron bajando la cabeza.

—Nomás hay para las apuestas en el naípe y para el jibaro al año una vez— rezongó uno de ellos.

—Las minas— siguió uno mal intencionado de entre los blancos—, según las legislaciones últimas pertenecen a quien las explota....

Un grito de protesta se levantó de todos los pechos de esos hombres salvajes, cual rugido que lanzara la misma selva.

—¡Estamos explotándolas!

Los tercos ojos se clavaron en los blancos y algunos de los chazos, como un preludio de amenaza, se restregaron las manos y, al unir los puños, crujieron los huesos, como desentumeciéndose para la inminente pelea.

Volvió a hablar don Joaquín y todos callaron. Parece que nada le importó al Viejo, porque comenzó así:

—En este lugar, señores, n' hay las riquezas que

mienten, para que se alboroten machetes y carabinas. Vivimos de lo poco que se saca en estos ríos y más porque s' ha hecho costumbre y amistad con l' agua y los árboles. ¿Verdad, compadres?

—Así es, don Joaquín— contestó uno de los dones que más agriado estaba—; aquí no s' enriquece nadies... Si quieren coger loras y comer carne de mono los señores recién venidos, pueden quedarse.

—Bueno, pues— siguió el Viejo—, cierren todos l' hocico porque lo que voy a contar es de mucha importancia y puede interesar a los caballeros.

“Donde hay verdadero oro es en la cueva de Chordelég; allí sí, que úno se puede poner las botas si llegara a cumplirse con lo que se requiere. D' esa cueva del demonio, sale todas las mañanas una gallina que cuasi n' hay cómo contemplarla porque brilla mismamente qu' el sol. Le siguen seis o siete pollitos también d' oro. Tanto la perra de su madre como los pollos, son d' oro vivo de gran quilate”.

“Para poder apresarlos, hay que ser ligeros porque se mueven tal que las manos de mi gente cuando se trata de un chivo a machete en los entables...”

“Les aconsejo pues que se vayan nomás a trincar un pollo, que aquí nadies come gallina gorda por mano ajena.”

Diciendo esto don Joaquín, entró a su pieza, notando que nadie atendía a su conseja, en tanto que los bandos se iban a las manos. Los machetes lanzaban fúnebres sonidos de dobles al hincar su filo en huesos de blancos y mestizos.

—: O :—

A las diez de la noche ya todo estaba en paz. Desde el entable bajaban, precedidos por don Joaquín, los amigos que quedaron vivos y que llevaban huandos con siete cadáveres, como resultado de la pelea con los blancos: cuatro de estos y tres mineros fueron las víctimas que pagaron con su vida la posesión del Bolsillo.

Don Joaquín iba pensativo, guiando con una gran linterna que ya no pintaba lenguas de fuego, sino de dolor



Los machetes lanzaban fúnebres sonidos de dobles
al hincar su filo en cuerpos blancos y mestizos.

en los vericuetos de la selva.

En la parte más correntosa del Río Blanco se echaron los despojos: sólo su vértigo lloró con tibias lágrimas el adiós a los difuntos....

Media libra de oro se repartió entre los comuneros que partieron al día siguiente, dejando tres hermanos en la tumba inquieta del agua.

Nadie sabría de ellos: era legítima defensa.

Al pasar por el Matanga se encontraron con los peones de los blancos.

—Señores, ¿a dónde van?

—Al Sigsig.

—Vamos juntos hasta Oso Armana... ¿Qué de nuevas en el caliente?

—Pues nada, señores: que el invierno ha dentrado con fuerza.

—En invierno hay muchas desgracias y mejor es de no venirse a la montaña.

Así conversaron, como que todo ignoraban, como si nunca hubiesen estado juntos...

Después se aseguraba que volvieron a luchar: sería o no; en el Matanga siempre quedan cadáveres de los que mueren de frío.

Y don Joaquín siguió en su mina, como siguieron los demás, sin que nada les obligase a cambiar de vida. Había puesto escarmiento y temor a los intrusos. Con ello, los gringos no aparecieron más.

Desde esa fecha, aseguran los arrieros, comenzó la peoría mental del pobre Viejo.

X X

¡PAJA TOQUILLA: GRITO DE SELVA!

Para vivir más sola y más propia nuestra vida de marido y mujer, conseguí del patrón me permitiese levantar una choza cerca del Bomboiza

Allí estábamos lejos de las porquerías de los jornaleros y de todos sus chismes y mancebías; lejos del dormitorio común donde las lascivias eran público regocijo y reinaba la más libertina promiscuidad, especialmente, las noches de embriaguez en que se celebraban los más inmorales contratos.

Desde mi choza, por las mañanas, me dirigía a la hacienda, acompañándome de Salvador con quien conversaba de cualquier mentira.

El Bomboiza es grande y bueno y le cuidaba a Rosario todo el día, cantando cantos de hojas caídas y de sol desleído. Compañero que amenazaba a cualquier intruso.

Bueno el cielo: azul y limpio en los veranos, era techo de alegría y color; oscuro y nublado en invierno, servía de fondo excelente para la bucólica figura de la Minerita.

A las orillas, más elegantes las palmeras, lindos los azulejos y sabrosas las guayabas.

En esa sola soledad de la montaña, nació mi hijo y creció sin malos ejemplos ni graves contagios.

Rosario no iba ya al entable: negociábamos en paja toquilla y la enviábamos al Sígsig para la venta.

Comprando y revendiendo oro, comerciando en artículos alimenticios y trabajando dura y constantemente, logramos reunir un pequeño capital que lo consagré a mi hijo, fruto de mi amor y de mi locura.

En el bautizo le llamamos Bomboiza; pero, Rosario y Salvador desfiguraron tan bello nombre y quedó en Bombito.

Bombito era travieso y jamás dejaba en paz a mi mu-



Paja toquilla, hija ingrata de esas ma-
nos flacas, de esos senos pobres, de esos
ojos tristes....

jer que pasaba lidiándolo a medida que desvenaba toquilla.

La paja toquilla, linda planta: desde la mata es un sombrero para los helechos infantiles.

Paja toquilla de los sombreros blancos que se van para Yanquilandia con seudónimo de "panáma hats".

Paja toquilla, fibra del corazón de la montaña ardiente, que hará frescor a los veraneantes.

Paja crecida en el corazón de la montaña, tienes ternura y amor para todos los hombres.

Paja toquilla: sombreritos que brotan de la floresta fecunda.

Paja toquilla, hebras de trópico: en manos de hermosas doncellas y de mujeres tristes, se transforman en ingresos burgueses.

Paja toquilla, hebras de dolor y lágrimas que no traen alivio para quienes, en las largas veladas proletarias, les adurmieron en el seno adolorido.

Hebras de pena, largas hebras que roban la vida, largas hebras de paja toquilla que no reconocen paternidad. Paja toquilla, hija ingrata de esas manos flacas, de esos senos pobres, de esos ojos tristes.

Paja toquilla que se eleva desde el fondo de la selva gigantesca a la corona intangible de cualquier poderoso.

Paja toquilla que se eleva desde la alcoba oscura a las perchas áureas de las roperías palaciegas.

Paja toquilla, grito flexible de selva que calla ante el brillo de unos dólares vergonzantes.

Sombrero toquilla, blanca cuenca que recoge la miseria y la oculta en el prodigio del tejido diminuto.

Sombrero toquilla, hongo que crece fertilizado de soledad, amargura y tiniebla.

Sombrero toquilla, nacido en la tierra del Sol y del Sol enemigo. Sombrero toquilla, salido del sagrado salvajismo del Orto, para emigrar a tierras de tormentosa civilización.

Sombrero toquilla ecuatoriano, hijo legítimo de esta tierra ecuatoriana: no necesita bautizarse en pila ajena ni avergonzarse de ser confeccionado por hombres, mujeres y niños ecuatorianos.

Panama hats, te nombran, robándote nacionalidad; panama hats, son sombreros del Ecuador, corridos de viajar con color de trópico y nombre ecuatoriano.

Sombrero toquilla, defraudado desde la cuna: expatriado del mundo; pobre sombrero, hermano de la Raza Maldita.

Toquilla prostituída, alma del pueblo que se vende, alma en pena que no acierta a reencarnarse.

Paja toquilla del Oriente ecuatoriano...

—: O :—

Todo el día se pasó Rosario desvenando paja. Así la encontré a la tarde, de vuelta de mi trabajo. Estaba magullado: la jatiada de caña es dura labor en las molientes.

El invierno estaba establecido y los chaquiñanes, desde los sembríos a la hacienda, se pusieron batidos y hiediondos. Andábamos casi como los salvajes: sin camiseta y con el pantalón arremangado hasta los muslos; no se podía hacer de otra manera con el barrizal de los caminos y el calor de la floresta.

El Bomboiza, engalanado con muchos atavíos; sonoro y pujante se tragaba las orillas. En la montaña de sus olas, venían danzando los grandes troncos y las gráciles palmeras.

Se ensanchó como ceiba escarmenada y se enojó con las canoas que en todo tiempo le hacían cosquillas en el sinuoso lomo de su corriente. Los jíbaros no podían cruzarlo y sus balsas, atadas al frente, en la lejana orilla, eran puntos suspensivos al final del épico poema de su corriente fragorosa.

Y la selva, la selva toda, lloraba su tibio llanto de invierno crudo.

Un vaho subía del suelo humedecido y entraba a la boca, como poción de tierra y de calor; ascendía al cielo, semejando una oración de blanca tristeza.

Esta tarde invité a Salvador para comer buena yuca, tomar puros y jugar a la baraja. El día siguiente era domingo y podíamos chingarnos sin recelo.

Salvador, apenas llegado, púsose a contrapuntear con

Bombito que le sacaba grandes ojos redondos y se escondía en el regazo de su madre.

—Bombo, Bombito, cholo minero, ratón, erizo...

Y, como al reír, abría su boquita sin dientes, poníale terrones de raspadura y le decía:

—Goloso, toma para que embombes más; has de morir tal que las moscas; cuando siás grande vivirás de moledor a que entonces me degüelvas el dulce que te doy.

Jugando pasamos, hasta que Rosario llamó a la cocina.

Mientras con más hambre veníamos, nos parecía más sabrosa la comida. En buena hambre no hay mal pan; pero, fuera de considerar aquello, esta vez sí se había lucido la Minera.

Con puro pasábamos los bocados y con puro asentábamos cada vuelta de naipes: juego que siguió inmediatamente a la comida y se prolongó hasta que comenzaron a duplicarse las cartas...

Después de ganarnos algunos medios, Rosario nos dejó solos y se fué para adormir a Bombito.

En el corredor, quedamos los dos amigos, mirando el pabito engrasado que, sobre una piñinga, chisporroteaba, como la última esperanza del moribundo.

—¿Qué has sabido del Bolsillo?

—A más de la pelea con los blancos no he sabido más nuevas. ¿Y vos?

—Dicen los arrieros que don Joaquín está de remate; que se pasa rezando y tornillando la batea; que el Bolsillo ha terminado y que ha obtenido setenta libras.

—¡Setenta libras!

—Ni onza más ni onza menos. Razón de volverse loco con el oro; con los azares de la pelea y con lo que se dice de su hija...

—¿Qué?

—Que la quiso matrimoniar y no ha conseguido... Nadie la acepta a pesar de tanta fortuna. Vos debes de conocerla porque viviste en las minas del Bolsillo.

Me acerqué más a Salvador y le guiñé a que hablase despacio. No quería que oyera Rosario palabras que, en la chuma amiga, podían resbalar de la lengua.

—Sí, la conozco: era una tentación: parejas corría con

Rosario. Te confiaré un secreto sólo porque sois mi amigo: muchas veces la ofendí con el pensamiento.... pero, otros fueron los que se enredaron de verdad.

—¡Eso es mentira! Qué l' oyera esto a otro que no siás vos! Yo sé toda l' historia.

—Me han dicho en las minerías. Yo pensé matrimoniarme con ella; pero, al saber lo que te cuento, le perdí el cariño.

—Vos sois casado y no quiero que le recuerdes... y me callo.

—No, Salvador, cuenta nomás. No quiero que me quede este comején adentro. ¿Cómo me engañaron?

—T' hicieron pendejo, amigo, viéndote cara de primorizo. Dame un puro y soltaré la lengua.

Le serví media piñinga y esperé que siguiese descubriendo el velo que habíame enceguecido tanto tiempo.

Con la cabeza entre las manos y hundida su vista en la tiniebla, en que escribían palabras blancas los cocuyos, siguió diciendo:

—Todo es calumnia, mentiras y calumnias del verraco de Belisario. D' ese que t' engañó después de la chingada donde don Joaquín. El era enamorado de la Peta dende hacía muchos años, casi dende que don Joaquín s' asentó en el Bolsillo. Ella no l' aceptó y el Viejo no le quiso por ocioso, chumado y verraco.

En mi cabeza se descolgó una cascada de recuerdos.

—Son mentiras d' él— siguió Salvador— para quitarte a vos de en medio y porque vía que vos estabas bien aceptado por el Viejo. La Peta es buena y nadie l' ha tocado. És más virgen y linda que esta cordillera. T' han engañado, si no, pregunta cómo l' apaliaron un día por meterse a escondidas en la casa. La Peta nunca l' hizo caso.

Desde el fondo de mi alma salió ahogada en lágrimas una súplica de perdón.—Perdón, te quiero más que nunca!

Me dí cuenta de lo que acababa de proferir y sentí escalofríos. Luego pensé en el imposible de volver a ella. Mas, quedó en mi alma una indescriptible angustia.

—Por la Santísima Inmaculada que es verdad todo esto— continuó Salvador. No te miento una sola palabra..

La Peta es buena. No se corrompió por el oro... Pero d' esto no le vas a decir a nadie: te he contado en chuma de confianza...

Diciendo esto, quedóse dormido. Yo arreglé un puesto junto a él, tomé unos puros más hasta que me venció el sueño.

La lluvia comenzó otra vez a golpear al pie de los árboles y a cavar viruelas en el suelo.

El calor venía desde la selva, trayendo olor a fruta. La esquila de luto de la noche era una carta inconclusa y anónima, porque los cocuyos se escondieron antes de acabar su poema lucentísimo: la lluvia podía apagar sus linternas de azul inspiración.

X X I

VENGANZA: MANJAR DE LOS DIOSES

La vida se me cambió como se muda el cielo con el invierno.

Durante el trabajo no me causaban gracia las bromas, menos si venían del Jipato; y me negaba constantemente a prestar ninguna clase de servicios que no fueran de mi obligación: fingía enfermedad o pretextaba haberme olvidado de escribir.

El nombre de la Peta se me clavó en el alma y su imagen sustituyó a la de Rosario desde la confidencia de Salvador. Una idea constante destruía mi vida y labraba dolores en mi corazón: no podía volver a la Peta; mi matrimonio y mi hijo me ataban a mi hogar y a Rosario.

Al mismo tiempo me acusaba a mí mismo:— Yo, yo tengo toda la culpa por haber venido a esta tierra voluptuosa, a esta región que tiene “el tufo sexual de la tierra caliente, húmeda de savias y de fertilidades”.— Yo, yo que había sido perro ajeno durante toda mi vida, ambulante, dromomaniaco: que piqué y gusté comprar en las vitrinas del amor un corazón en cada una, hasta tener un muestrario de cariño y de dolores en mi pecho, tenía la culpa de mi desgracia.

Entró la maldita duda en la cabeza, la duda también de que Salvador pudo mentirme: dudé del único amigo que me quedaba!

Para resolver el misterio me propuse realizar un viaje al Bolsillo.



Una mañana en que la lluvia desigual regaba, como un sembrador aprendiz, mal sembrada la semilla. Aquí y allá en el inmenso plano gualaquiza, se veían más húmedas las montañas y más cargadas las nubes. Sólo al cabo

de media hora, se emparejó el aguaje.

Serían las seis, porque las canoras dieron sus notas, contestándose de banda a banda, como en una gran relojería de áureos tímpanos.

Esa noche pasé muy nervioso; no dormí pensando en el viaje. Cuando en el corredor anudaba en un pañuelo grande, regalo de Salvador a Bombito, un poco de dinero, salió Rosario y, al contemplar mi actitud, se repitió la escena de otras veces:

—¿Vas al pueblo?

—Sí.

—Oye... Avisa de una vez ¿qué cambio tienes?

—¡Ninguno!

—Tu carácter está de otra clase. ¿Ya no me quieres?

—¡Quererte, Rosario! ¿Por quién crees que te puedo dejar; no sabes toda mi vida y todos mis trabajos, sacrificios y cariño por vos?

—Sois un puro secreto; jamás me cuentas nada y haces tu real voluntad; ni siquiera me hablas y estás triste como un velorio.

—Tu mal empeoras vos mismo. Te curarás sólo cuando me quieras como antes.

—Sí.... Para mi mal sólo me espera el emplasto de tablas.

Las lágrimas asomaron a sus ojos.

—Mira, Minerita, pienso realizar un negocio y no es cosa de andarse mostrando los dientes, porque importa mucho.

—Calla.... T' ha entrado el demonio y andas estos días tan agrio que servirías como toronja para rallados.

Nos reímos juntos, pero no sé por qué reaccioné groseramente y le dije, amenazante:

—¡Silencio! Sois vos la que has cambiado tu querer por otro....

—¡Dios mío! Ya encontraste pretexto para malmodiarme. Sois un malgratado; ¿con quién me has malpensado?

—¿Qué tiene que venir por estos lados el patrón, di...?

No me contestó; levantó su macana y escondió su cara, estallando en llanto. Cayeron las lágrimas, gruesas,

como gotas de hoja de montaña.

Asomó Bombito, que ya andaba empinando; tomóse del vestido de Rosario y nos miró de uno a uno, con ojos de interrogación.

—Tu mamá— le dije— no tiene raspadura para el agua hervida; me voy al pueblo a comprarla.

Y no hablé más; lo levanté entre mis brazos y abrazándolo juntamente con Rosario, como evitando una puñalada, me volví y tomé el camino del pueblo.

Daba cada paso, como midiendo mi amarga ausencia, motivada, hoy lo comprendo, por mi propia maldad. El llanto de Rosario me siguió hasta larga distancia, como azotándose en la nuca.

—: O :—

Rápidamente, crucé la hacienda, donde debía estar ya parándose al trabajo Salvador; pasé por el frente, ocultándome entre el cañaveral y me alejé del pueblo, siguiendo un chaquiñán de la montaña.

Cuando divisé el Sacramento y la cuesta que lleva al Cután, sentí un agri dulce alivio.

Tenía ansias de llegar al Bolsillo; pero, el camino estaba, como nunca, llovido y hondo; en el viaje gasté dos fragorosas jornadas.

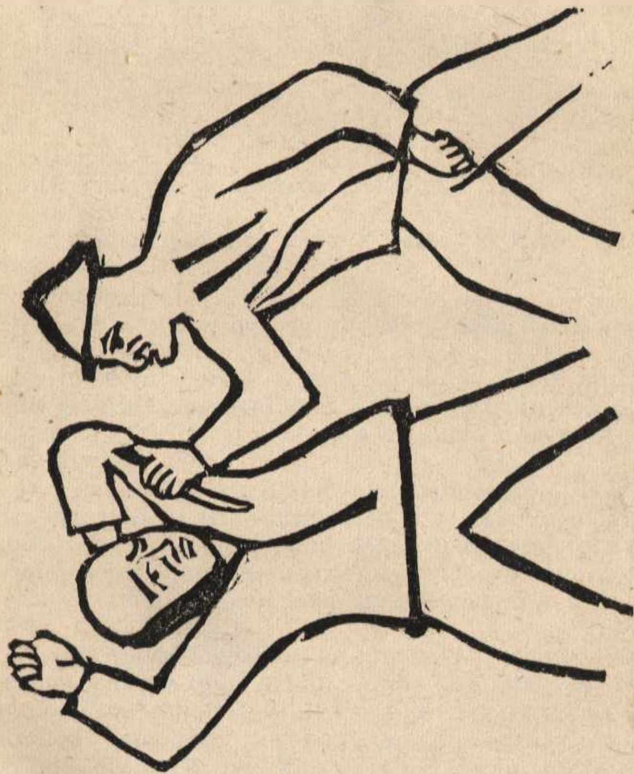
Muchas tristezas y penas se sumaron a la mía personal en el trayecto, con la contemplación de arrieros que perdían valiosas mulas y costosos cargamentos.

Las empalizadas, los derrumbes, las cascadas, amenazaban a cada paso y el viaje se volvió penoso y largo.

Una bestia de un mulante trazó una cascada de sangre en toda la pendiente; entre el quejido horrendo iba dejando, como sarmientos que palpitaban, guindados los intestinos en ramas y guijarros, hasta llover en pedazos humeantes y cárdenos sobre la fronda traicionera...

Al día siguiente, cuando me acercaba ya al Río Blanco y pensaba cruzarlo para dormir en Granadillas, fué mi gran sorpresa encontrarme con Belisario.

—¡Hola, amigo! Se me revuelca el corazón al verle después de tanta ausiencia!



Por de pronto no tuve remordimientos: había ejercido un derecho.

—¿Te alegras de verme?— le pregunté, palpando disimuladamente mi puñal.— ¿Qué hay por el Bolsillo?

—Pues nada, compañero, que las cosas siguen más o menos lo mismo. Nuevos lavadores, algunos ausentes, algunos enfermos y el invierno que no tempera...

—¿Y los demás, don Joaquín?

—Está más loco... ¿Qué pasó con Rosario?

—Nada...! Nada te importa... ¿Nos encontramos otra vez, eh?

—Otra vez... y sin testigos... Rosario resultó también como la otra, como la Peta?

—¡La Peta!

—Sí.... ¿No se acuerda el amigo?

—¡Mientes!

—Por Dios que está sobre d' estos árboles, que era la verdad...

—¡Perjuro!

—Vaya a averiguar, que n' estoy para darle más cuentas.

Ese momento perdí el conocimiento... Del abismo volvió un grito de angustia y el Río, como un escupitajo de indignación, me lanzó a la cara su blanca espuma... Quedó sepultado....

Per dé pronto no tuve remordimientos; había ejercido un derecho... ¡Ay! pero después, cuando volví en mí, cuando comenzó a actuar mi conciencia, ¡qué terrible, qué terrible ese otro, ese monstruo, ese otro yo que mató....!

En Granadillas pedí hospedaje y pagué a que me preparasen una comida.

La posada estaba llena de hombres y cargas. Unos que entraban y otros que salían. Unos que iban en busca de negocios a las mineras y otros que regresaban de ellas, contentos; unos que llegaban con ilusiones y otros, como yo, desesperados y malditos. Había también, tirados cual fardos, en los corredores o en los rincones de las piezas, algunos mineros del Río Blanco, conocidos, pero no de confianza. Me recelaban: parecía que sabían de mi crimen...

Quería encontrar la ocasión de averiguar tantas cosas y me acordé de la maña: conseguí una botella de puro e invité a quienes simpaticizaban.

Terminada la cena, encendimos chigüindas: en el humo se presentaban terribles escenas y recuerdos. La parla rodó por muchos temas hasta caer en el que deseaba.

—Pobre don Juaquín— comentó uno—, tanto tornilló la batea, sacó tanto oro, sufrió tales despechos y le costó tantas vidas y amarguras que se le desquició la memoria. ¿De qué le servirán las libras de oro si la conciencia le aprieta l' alma eternamente?

—N' es tanto— continuó otro—; el mal de su cabeza es menos que la pena de la Peta.

—¡La Petá!— interrumpí— ¿qué le sucedió?

Está mal, amigo: tiene un mal doloroso y desconocido.

—Hoy decían— siguió el hospedero— que estaba arreglándose y que esperaban el paso de los misioneros para pedir confesión.

Mientras seguían hablando, sin darme cuenta, me había encogido, con la cabeza entre los puños bien cerrados, como defendiéndome de los mil azotes que caían sobre mi corazón. Todo cuanto hice ese día fué sin motivo..!

¿Cómo me pagaba el Oriente mi atrevimiento de explotarlo; cómo me cobraba los pocos instantes de dicha; cómo hincaba su garra inmisericorde de puma en mi pecho que aquel día sufrió tanto por haber amado tan poco!

La muerte se paseaba por el Bolsillo; después ¿quién será, quien, ¡oh! selva homicida y sanguinaria?... ¡Quizá seré yo mismo!

Pero nó; yo saldré del Oriente insaciable de vidas y tragedias. Nada me quedaba por averiguar.

La Peta, esa virgen de la selva, y todos los del Bolsillo, fueron sólo imágenes de un sueño, de otra pesadilla más que la sufrí despierto!

Se acabó la charla o se descaminó por otros temas que no me interesaban; me tendí al lado de la puerta, con la vista que iba a estrellarse en el telón funesto de la noche llovida y ardiente, en el horizonte negro en que, de rato en rato, Dios firmaba con fuego los certificados del dolor que llegaban al alma de los mineros.

X X I I

EN OLOR DE SANTIDAD

A pesar de que nada podía detenerme en el Bolsillo, resolví quedarme un día más.

Averigüé por don Joaquín y me dieron razón de que estaba en su entable. Asegurado con ello, sin recelo bajé a las minerías.

Lavando estaban hombres, mujeres y niños. Como al principio, como todos los días, como toda la vida: mientras den las orillas la entraña dorada, seguirán lavando la tierra, lavándola de tantas manchas...

Mucho había cambiado el aspecto del Río: por todos lados se contemplaban grandes socavones, profundos cortes, en cuyos lechos oscuros se empozó el agua, como empollando, dormida y tranquila, nuevos gramos y nuevas onzas relucientes.

En las paredes de los huecos quedaban para siempre las huellas del barretazo y el corte curvo de los cucharones, igual que heridas que tardaban en cicatrizarse con la venda del tiempo.

Por todos lados, la tierra removida, explotada, cubierta de guijarros: corona de tormento en testa destronada. Tierra del fondo, defraudada, empobrecida, echada al acaso, sin la categoría suprema y áurea.

Ruinas que dan tristeza, ruinas que fueron un día conciencia de trabajo, médula de meditación, promesa de economía; ruinas húmedas de lágrimas y tragedias... Sobre ellas no se levantarán los arcos triunfales ni surgirán los capiteles palaciegos.

La montaña había desaparecido y las piedras removidas y limpias se mostraban cual flores ultrajadas por el terremoto que causa la ambición del oro.

En partes, el Río corría por distinto lecho; se perdie-

ron los remansos o se formaron nuevos, de caprichosos contornos artificiales.

Nada quedaba de aquel sitio donde le venció la batea a Rosario; sólo al mirar la erguida palmera, al pie de cuyo elegante tronco se anudaron nuestras almas, me acordé de aquella tarde que encontré en Rosario el oro inapreciable.

Una ráfaga de recuerdo cruzó mi mente y golpeó mi corazón recriminándome de mi desamor. No tenía de qué culparla— pensé— y continué mi camino, apartándome de esos escenarios de piedra y tierras esparcidas que jamás se arreglarán para servir de tablado a la tragicomedia que, al consumarse, comienza por destruir a los actores.

Cuando me acerqué a dos hombres que desbarrancaban cerca del Río, ví que miraban al cielo consultando la hora y dejaban rápidamente su tarea. Les pregunté:

—¿Por qué se van? Es buena hora de trabajo todavía.

—El Río, crece, señor.

Echaron las herramientas al hombro y se fueron.

Pensando me quedé en muchas cosas, especialmente, en el motivo que podía tener don Joaquín para favorecer a los parientes de Rosario: era un misterio.

Con la vista medía los centímetros que ganaba el agua sobre la orilla. Las aguas del Río Blanco se enturbiaron pronto y cobijaron con su manto de pliegues suavísimos los despojos de las orillas asesinadas.

De pronto, por la ribera, pasaron dos muchachos.

—Oiga, don, ¿no le ha visto, por sí, a don Belisario?

—Se debe haber ahogado en algún camellón de Chigüinda...

Siguieron comentando algo que no les entendí, al tiempo que me inclinaba para lavar mi puñal...

Todos los mineros se alzaron. El Río se esponjó y el cielo amenazó, percutido de nubes sucias.

Cerca quedaba el tambo; sin apuros descansé hasta que llegase la hora de almuerzo; mirando un desbanque que, poco a poco, se inundaba, recordé consejas de don Joaquín, relacionadas con las crecientes. Especialmente de una en que el protagonista murió ahogado por enterrar sus tesoros....



Ruinas que dan tristeza; ruinas que fueron un día conciencia de trabajo.

No vaya a repetirse el caso, pensé, y sea yo también entierro de agua: pronto tomé el sendero al tambo, evitando cualquier accidente.

—: O :—

Después de un almuerzo en que repetí el mismo plato hasta satisfacerme, me tendí en el corredor y dormí gran parte de la tarde.

Cuando desperté, había cesado la lluvia y el Río volvía a correr por su camino, mansamente, como un descarriado arrepentido de su bohemia y locura.

Hasta tanto, estaba el rancho lleno de nuevos pasajeros; entre ellos había dos misioneros que venían de confesar a la Peta.

Con los blancos sombreros toquillas y la sotana arremangada, entraron al albergue, sacudiendo brazos y piernas a que se desprendiese el barro del camino.

Sobre una mesa abrieron sus fiambres y, hablando parla ajena, engulleron de lo lindo carnes y conservas, cuyos envases pedían las hijas del tambero, con la consiguiente parte que saboreaban entre los platanales, admirándose de que los padrecitos comieran cosas tan extrañas y de tan mal sabor.

Terminado el refectorio, rezaron, bendiciendo al cielo, y luego, leyeron sus breviarios.

Yo los había saludado al entrar y, acostado en el mismo sitio, seguí con la vista todos sus movimientos.

Unos perros flacos y mojados que bajaron de los bosques, oliscaron las botas de los padres y sacudieron la piel que quedó erizada y brillante.

Sin más detalle que singularizase el cuadro que se esbozaba ante mis ojos, cansados de mirar, habló uno de los padres, en un pésimo castellano:

—Nosotros pediremos la cocina para secar nuestras botas.

—Si Su Reverencia— contestó el compañero— quiere secar su indumentaria, ordene, que es obligación del tambero atender a los huéspedes.

—Gracias, pero iré personalmente, porque ya me su-

cedió un fiasco: secaba, hace algún tiempo, mis botas, colgadas sobre una enorme paila en que hervía huarapo. Al poco rato me dormí, encargando el cuidado a un muchacho. Cuando desperté ya no las ví y el huarapo estaba convertido en miel hirviente. Tenté sacarlas con una varilla y ¡oh! sorpresa, flotaron exageradamente reducidas. No tuve más remedio que arreglármelas con unas sandalias de cedro...

Por supuesto que los dueños de la panela no contaron lo sucedido hasta que vendieron toda la producción...

Diciendo esto, entró a la cocina, mientras su compañero quedó riendo ingenuamente largos momentos.

—¿Tú vienes o vas?— preguntóme.

—Entro al yunga, padre.

—El camino está tremendo, hijo mío. Gracias a Dios que nos resta tan sólo una jornada. Sin embargo, el final de la de hoy, ha sido demasiado triste.

—¿Alguna desgracia, padre?

—Hemos confesado a una santa doncella.

—Diga, padre, ¿habrá santas en esta tierra?

—Una santa, hijo mío. Apenas puede repetirse un caso semejante.

Callamos por largos minutos. Sin ánimo para seguir la charla, pedí permiso y fui a reclamar mi cena.

Afuera, seguía el invierno golpeando intensamente la puerta de la selva, como un perseguido, como un asesino que busca esconderse, como yo buscaba ocultarme entre la tiniebla cerrada. Nadie acudía a abrir la gigantesca puerta: los grillos herreros no acababan de limar las cerraduras.

Noche oscura y triste, plañidera para el velorio, compañera del duelo del Río Blanco. El cielo lloraba el invierno crudo de la estación maldita.

Mi corazón se apretó contra el pecho y mis lágrimas siguieron silenciosamente brotando al compás de las goteras.

Inútil pensar en ella; inútil saber que fué una doncella santa; sin motivo se mancharon mis manos...

Lloré como una criatura, como un ebrio que se acuer-

da de su madre muerta....

Dentro de mí se hizo la noche, la fatídica noche oriental. Desde mi lecho contemplaba la monstruosa cordillera, rezando, cual un monje eternamente arrodillado ante el cielo.

También recé; recé por todos los muertos y por Rosario a quien volvería a verla para pedirle perdón por todos mis desatinos.

La noche fué un tétrico y silencioso réquiem.

X X I I I

RIOS: RUBRICA SUPREMA

Tarde era ya, según me contaron unos arrieros, cuando don Joaquín había mandado a buscarme el día que regresé a Gualaquiza. Aquel momento debía estar ya en las Chorreras, andando duro y luchando con el agua de los camellones y con la del cielo, sin saber nada del recado del Viejo.

¡Don Joaquín ' buscándome! era una sorpresa muy grande que puso curiosidad en mi pecho y molestias en el alma. Yo ya no quería saber de él ni de sus actividades.

Nada conté de esto a Rosario, a quien le lloré mucho para entrar en amistad, por todo lo que no lloré para pedirle su cariño.

A Salvador tampoco le dí a entender nada: bastante tuvimos que hablar con la historia del ataque del sajino.

—Oirás— me decía una tarde, sentado a orillas del Bomboiza, mientras contemplábamos los grandes árboles que bajaban en la corriente bravía—, oirás cómo le salvé la vida.

“El día que te encontré a tu regreso del Bolsillo no quise contarte la aventura; teníamos entonces tantas convenciones y tantas pendejadas por tu ausencia y tu capricho.”

“Venía la tarde del sábado, alzándome del trabajo para visitar a tu familia y, por sí, a saber de vos. Al pasar en Cedro Negro, oí un grito de Rosario y unos ronquidos, tal que quejido de cauchos al voltearse sobre su tronco. Miré para tu choza y ví que un sajino desmanchado, levantando el hocico y gruñendo, seguía a tu mujer, con el trote pesado y amenazante de esos endemoniados.”

“Desenvainé el machete y, sin ver el camino, convertido en un solo pantano, ni las espinas que me desgarraban al paso, me lancé gritando. Se detuvo la fiera un momento, dando tiempo a que Rosario se encerrase en la choza; pero

el animal atacó la casa que bamboleaba a los empujones, al tiempo que pude lanzarle un mal corte”.

“Al sentir el golpe, volviéndose contra mí y, poniéndose en dos patas, me atacó, logrando darme un pequeño mordisco en la mano izquierda, mientras le acerté un soberbio machetazo que le aumentó l’ hocico media vara más.”

“Cayó moribundo y oí los gritos de tu mujer:— ¡Mi hijo, dónde está mi hijo!”

“Qué terrible, compañero: l’ oí decir que Bombito quedó entre los yucales y volé a buscarlo.

No recuerdo si lo insulté o si lloré al verlo: l’ único que m’ ha quedado grabado en la memoria es que ese momento, muy sereno el caballerito, dijo su primera “mamá”, como averiguando también por lo que le pertenecía”.

—: O :—

Con la relación se refrescó el fatídico sueño del Pongo. Casi se cumplió mi pesadilla, casi no volví a ver a mi Minerita y a mi hijo: únicos tesoros que me quedaban.

Así, mirando siempre el río, pensaba, mientras Salvador se durmió a mi lado.

El Bomboiza seguía hinchado y pujante, como un gigante incontenible.

Río grande, gran señor de la selva: el mejor vehículo para vencer las distancias.

Ríos del Oriente, rumorosos y machos, cual espadas lucentísimas para la defensa patria.

Ríos del Oriente, serpientes de plata que muerden la vida de los lavadores.

Ríos del Oriente, redes en que se paga la ambición; redes que incautan la existencia de los infelices que pretenden domarlos con sus débiles brazos y sus rudimentarias canoas.

Ríos, caminos suaves, sendas muelles, rutas tersas, pulidas para el tránsito del peregrino: únicos senderos que no requirieren los pujos ridículos de la vialidad nacional; vías naturales que, a fuer de constancia y de rugido, rompen el dorso de las cordilleras de granito y se abren campo

triunfalmente entre la maraña que no vuelve a cerrarse jamás.

Ríos del Oriente, encarnación estética de la erranza eterna.

Ríos, símbolo de constancia.

Ríos, modelo de trabajo.

Ríos, ejemplo de carácter.

Ríos, significado de firmeza; invariables en su juramento de peregrinaje.

Ríos, poemas de Dios, escritos sobre la tierra para complacencia de los hombres; poesía de la tierra que no requiere de la infantil puntuación: ellos pintan admiraciones con las cascadas rebullentes: rotativa incansable que imprime millones de ejemplares de versos eglógicos y únicos. Libros escritos en todos los idiomas del mundo; impresiones para explicar todas las ciencias y todas las artes.

Ríos del Oriente, grandes ríos que se abrazan del titán gallardo del mundo: Amazonas, heráldico y majestuoso: aorta de la América Menor. Amazonas, flecha del destino clavada en el centro de la vida meridional.

Ríos del Oriente, grandes por su fuerza y poder: no les comprenden aún los hombres para cantar la gloria de haber dominado las fuerzas naturales.

Ríos fuertes: gigantes que se los deja pasar sin que beneficien de ninguna manera.

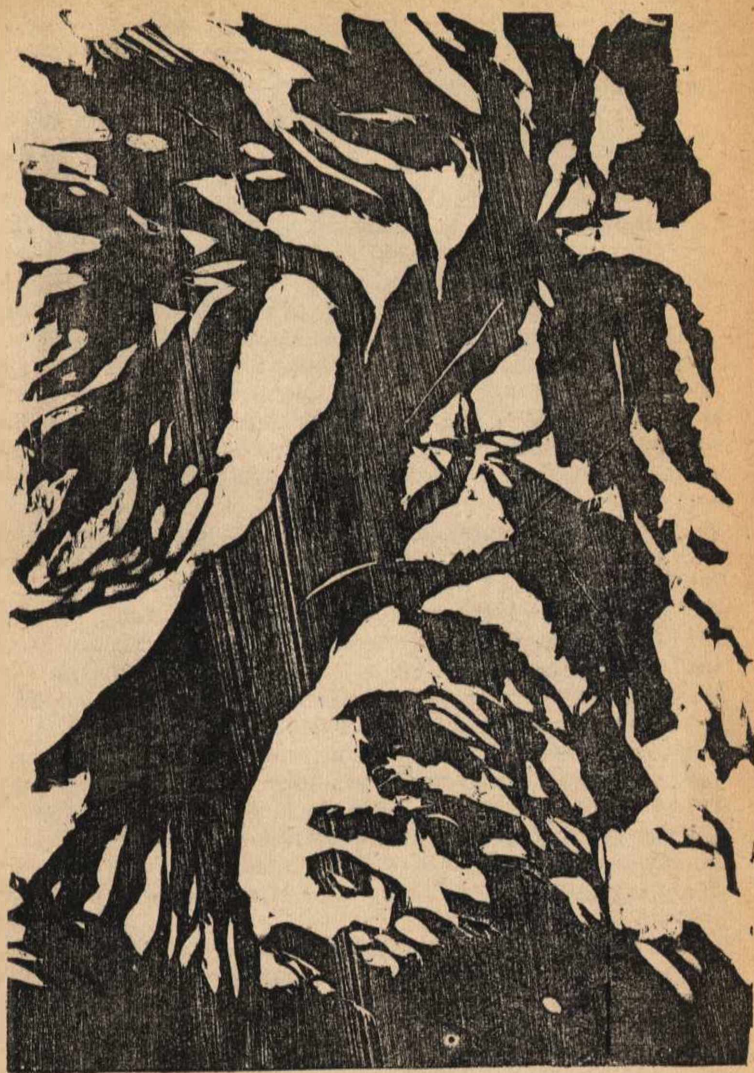
Ríos poderosos: fuente de eterna energía que no explota la mecánica, porque es muy señorita para echar parejas con los grandes titanes de la fuerza.

La mecánica tendrá que fortalecerse: hoy no resistiría el empuje de los monstruos. Sólo después, crecida y grande, podría aprovechar de ese inagotable principio vital que se ofrece generosamente.

Ríos que serán algún día engendradorez de riqueza: ríos del Oriente ecuatoriano, únicas vías que esperan verdaderamente el patriotismo nacional.

Ríos, riqueza en oleajes; plata líquida que no alcanzamos a acuñarla todavía.

Ríos del Ecuador, moneda que se aceptaría en todo el mundo, si pudiéramos evitar que salga de la República, igual que ha salido la otra para no volver jamás.



El Gran ciclón rugía por entre las hojas y arrancaba los árboles gigantes.

El Oriente es un banco anónimo en que todos tenemos acciones y nadie cobra por falta de circulante.

—: O :—

Los ríos hinchados y los caminos como una inmensa poza.

El invierno estaba establecido: unos días llovía a la misma hora y otros, el aguaje venía sin pregones.

Algunas veces, atemorizaba: el cielo comenzaba encapotándose y las nubes, negras y desgredadas, establecían un movimiento circular en ciertos puntos del cielo, como disputándose una presa. Se escarmenaban y, como que se rasguñasen entre ellas, arrojaban jirones en forma de enormes dedos negros que amenazaban triturar la selva quieta y triste.

Los árboles apenas si se mecían, como manos que imploraran perdón.

Luego de esos misteriosos movimientos, empezaba el viento a soplar fuerte, muy fuerte, hasta que caían los árboles y arrastraban en su vértigo la infantil vegetación del fondo de los bosques.

El ruido era el de un terremoto y, en verdad, que la tierra temblaba. Las resistentes taguas se oponían a la caída de los cedros; pero, al fin, cedían, impotentes, lanzando agudos chillidos que cortaban el alma y reventaban los oídos.

Las aves volaban sacudidas en sus nidos y los animales que, al fondo de los cubiles o bajo los helechos, atisbaban, salían disperados y recorrían la montaña, gruñendo de terror.

El gran ciclón, a veces, tomaba la encañada de los ríos y se iba, trenzando el agua, como escribiendo enormes letras cabalísticas. Y silbaba entre las hojas y arrancaba los bejucos y levantaba la hojarasca, pintando en el cielo un manto remendado de colores y amenazas.

Después, venían los rayos; ah! los rayos del Oriente! Terribles firmas que ratifican nuestra pequeñez.

Rayos del Oriente, fuego intenso que quema la floresta, fuego que casi no se lo vé y que entra en el alma mis-

ma de los árboles para convertirlos en chimeneas.

Caen los rayos y caen tantos que es lluvia de oro; pero del oro que trae la muerte, la muerte más humana y menos dolorosa, sin embargo, que la que oculta el oro de las minas.

Después de que el ciclón ha destruído, después de que los rayos han hervido la selva, viene el agua, menos terrible, como una venda colocada por una Hermana de la Caridad sobre la quemadura de la floresta castigada.

Sobre la montaña se abren todos los grifos del cielo; entre los árboles surgen ríos terribles y más destructores que aquellos identificados que recorren su cauce y no buscan, como éstos, los sembríos ni los ranchos.

Cuando pasan los aguajes, cuando tempera el invierno y los mineros y los colonos se encuentran en los senderos, entonces se sabe de las víctimas y se recuerda a los hermanos que fueron por el ancho camino de los ríos enfurecidos, ahogado su grito y sofocada la última oración intentada a flor de agua.

Entonces se sabe de los cafetales inundados, de los bancos de toquilla perdidos en la creciente improvisada, de los ranchos naufragados,— pétalos sobre el lomo culebreante del agua turbia y vertiginosa—; entonces se sabe del ganado muerto: puntos negros perdidos en el tren inmenso que recorrerá la América toda, realizando el tránsito incontenible y llevando al mar su ganancia que causó dolor para el ranchero y pérdida irreemplazable para los lavadores.

Invierno del Oriente, dolor vuelto agua, tragedia que borra la ilusión de los crédulos que se imaginan paraísos en medio de tanta miseria.

X X I V

DELIRIO

Las dos de la tarde de un domingo ardiente y húmedo; cruzamos el Bomboiza para avanzar a las jibariás.

Salvador llevaba una escopeta en previsión de alguna fiera y yo le seguía, listo en mi diestra el asesino puñal...

De la Proveduría hacia el sur, donde quedaban aún algunos ranchos, se dejaba oír el tunduy con alentado de fiesta.

—Vamos a caer en jolgorio, Salvador.

—Conque no caigamos en alguna trampa de estos perros, no importaría.

No terminó de hablar Salvador, cuando levantóse de entre la hojarasca un indio viejo de rostro espantoso. Los ojos desviados y todo tembloroso, en un gesto histérico, hizo algunos movimientos y nos dijo algo. Salvador, más adivinando que comprendiendo, se entendió con el indio, en tanto que yo aguzaba el oído hacia el lugar que atronaba el tunduy.

—Hemos interrumpido el sueño del brujo— dijo Salvador.— Dice que ha tomado natén para soñar y acertar con la nueva esposa que debía tomar su jefe.

Ninguna novedad tenía el encuentro por de pronto; seguimos nuestro camino a las jibariás.

Entre transacciones y negocios con los salvajes, pasaron cuatro horas. La chicha con que nos obsequiaron hizo su efecto y se me ocurrió regresar por el soñadero del brujo y preguntarle sobre el axioma del Bolsillo.

—No pudiendo, conocido; cosas extrañas; siendo prohibido enmezclarse... El tayo cantará esta noche y teniendo que venerar.

—¿Qué es el tayo?— pregunté.

Salvador insinuó contarme la historia durante el trayecto, pero, ¡oh! hechizo de la selva! no sé por qué, mientras el brujo se acostaba a continuar soñando, nos senta-

mos cerca y Salvador comenzó:

“Esos buenos tiempos, amigo. La tierra era más generosa; los frutos, abundantes; el amor, sencillo y la luna, brillante. Desde la colina que bordeaba graciosamente unas jibaráas, acostumbraban los salvajes contemplar el astro durante toda su exhibición, hasta que desaparecía como tragado por la montaña. Una pareja de enamorados había una vez entre los espectadores. Cómo se querían y cómo brillaba entonces la luna: flor de luz salida de la tiniebla y del silencio”.

“Pasaron las horas; todos los vecinos volvieron a sus casas, menos los dos. Después de algunos momentos se oyó un susurro; alzó la vista el joven y se sorprendió por el desenvolvimiento de una enorme cuerda dorada que pendía desde la luna hasta cerca de ellos y que, como un imán, les atraía. Se acercó él y ¡brujería de la noche! le envolvió todo su cuerpo y lo subió hasta hacerlo desaparecer en el espacio.”

“La novia, en esa angustia suprema, llamó a los amigos, mas nadie acudió. Desmayada quedó toda la noche, hasta que vinieron los hados del bosque y, compadecidos, acordaron transformarla en ave que volase muy alto en busca de su amado.”

“A la noche siguiente volvieron los vecinos y fueron testigos de la transformación de la doncella. El ave batió sus alas y se elevó perdiéndose en el cielo. Al cabo de una hora regresó trinando amargamente; revoloteando, posóse en una alta palmera, donde cantaba tristemente hasta que volteó la luna”.

“Los indios la bautizaron con el nombre de tayo y esta es el ave que gime las noches de luna y a la cual los jibáaros le guardan veneración especial.”

Al terminar el cuento yo estaba ya hipnotizado; rogué a Salvador que cediese a mi súplica de beber natén y amenacé al brujo con matarle si no me procuraba una buena cantidad.

Tenía ansias, tenía ansias de perderme en un ensueño, de embriagarme por última vez entre la maraña que me excitaba con su aliento sádico o me amenazaba con sus manos descarnadas de bejucos y raíces...



Tenía ansias, tenía ansias de perderme en un ensueño, de embriagarme por última vez en la mañana....

La selva se deforma lentamente; ante mis ojos se presenta con toda la voracidad insaciable; las tribus indómitas vagan ostentando su señorío; dueños de esas galerías inmensas de soledad, aparecen como terribles fantasmas, como quimeras rojizas, codeándose con los árboles y riñendo con las ramas que se alargan enflaquecidas para recriminarles por los derechos que dejan perder; por los derechos que adquieren aquellos otros explotadores y falsos profetas que, a pretexto de dignificar la montaña, la destruyen y humillan.

Y vuelven los míos: Rosario, Bombito, don Joaquín, la Peta, Salvador, todas, todas esas gentes, reconviniéndome unas, adulándome otras; vuelve Belisario, vuelve de ultratumba aureolado de martirio y perdonado de crímenes: él tiene mi puñal, pero no quiere vengarse; me habla, me habla como esa vez junto a los cedros, despaciosa, serena, amigablemente:— “Estoy lejos, amigo, estoy muy lejos, ajeno ya a todas las debilidades de esa poza inmundada en que viven los hombres, disputándose la podredumbre que ofrece la tierra.— Yo estoy en el reino de la luz: aquí no se pone el sol y no inundan las tinieblas cómplices de las porquerías del abismo terrenal: gracias, gracias, amigo: al fin conseguí mi intención, vivo en felicidad eterna con la Peta, con esa virgen que la amé más que vos, más que cualquier otro humano. Mi sangre derramada junto al camino de dolor que tantas veces recorrí, abríome el pasaporte a la felicidad: vivo con la Peta, con aquella inaccesible ventura que no llegaste a alcanzar....”

“Yo la traje: no podía dejarla para que sea víctima de tus negros intentos. He triunfado, amigo, he triunfado!”

Desaparece la víctima y comienzo a recorrer un largo camino que a veces se esfuma en suavidades de pantano y otras, surge en durezas de roca elevada, desde la cual se dominan todas las actividades humanas. Ora estoy en regios salones con bellísimas mujeres que quieren seducirme con sus encantos; ora me encuentro en funestos callejones guardados por árboles que me hablan y me azotan en la cara, en las manos, sí, en estas manos asesinas y pecadoras que tantas veces se deleitaron y se deleitaron aún en arrancar la vida de un infeliz minero.

Desfilan las bestias: miles de sajinos atruenan la selva con sus ebrios ronquidos; aves de luto, íntegramente de luto, graznan en el espacio, como insultándome, como degradándome, como burlándose de ese mi viaje sin meta, que sigo impelido por una fuerza indecible. Millones, y millonense de hormigas, negras, verdes, violáceas, aurirojas, forman ríos incontenibles que se descuelgan por el punto menos pensado de la maleza.

Sigo mi viaje, un viaje interminable, lleno de dolores y de trágicas sorpresas, en que el calor seca mi sangre y atormenta mi espíritu. La sed, ¡ah! la sed inextinguible: de mis entrañas sale fuego; mis cabellos se incineran al sol canicular: ojo de furias que me mira atormentándome.

Sigo el viaje, un viaje largo, de días, de meses: en cada paso, un nuevo dolor y en cada tambo, otros enemigos. Asesinatos, desafíos, heridas! ¡Ah! qué tragedia, cómo me duelen las puñaladas!

Los hombres, los deportados de la suerte, siguen siempre el camino de la selva en busca de ganancias, de esas ganancias que no se encuentran, de esas ganancias ilusorias que se fraguan sólo en el cerebro. Se odian entre ellos, los lavadores se odian y se temen: en mi subconsciente se repite la escena trágica de la pelea en el Bolsillo; pero, más grande, más terrible, con millones de hombres que se matan y que se pierden en un inconmensurable campo bermejo de sangre y dolor. Hombres ávidos de matar, delirantes de destruir, codiciosos de mancharse...

Velozmente viene la noche sin luna, inundada de aleteos tétricos y de cantos lúgubres de tayos. Y una cuerda, una enorme cuerda de oro que atrae a la Peta y la lleva de mis brazos hacia el dombo oscuro de infinitos misterios.

La meta no llega; mis pies adoloridos y desollados ya no resisten y es cada paso como un puñal que se clava en las plantas; cada vuelta de sendero, como una perspectiva más que se abre, llena de tragedia y espanto.

La selva abrumándome, mostrándose con toda la voracidad de loba hambrienta de vidas, ostentándose como es: lasciva, ingrata, triste, muy triste, inmensamente triste....



Cuando terminó la acción del narcótico había anoche-
cido; Salvador, fiel compañero, permanecía a mi lado, ati-
zando la fogata circular en previsión de bichos y anima-
les.

El brujo dormitaba aún, estremeciéndose con terribles
convulsiones y gimiendo.

Nada nos amenazaba visiblemente, pero yo estaba
como un convaleciente. La acción del natén fué de fatales
consecuencias.

Todo en silencio; la mohosa luna de invierno abrió su
buharda tras los árboles y una triste queja hizo el espanto
y sacudió la noche... Los tayos confirmaron la leyenda.

X X V

EL ADIOS

A la tarde, se alzó un poco la lluvia y apareció sobre la selva un sol amarillento y vergonzoso.

Todo el día pasé en compañía de Rosario y Salvador, arreglando para el viaje de regreso a la sierra.

Lo tenía resuelto hacía mucho tiempo, desde el día que volví del Bolsillo y consideré que la vida y la aventura de año y medio soportadas en el Oriente, debían terminar.

Algunos recursos pude obtener con mis negocios y con la pequeña venta que tenía: la clientela era buena y la Minera, hábil negociante.

Todos me dejaban ganancia y me cobraban gratitud que quizá duró por algún tiempo, después de mi salida.

Los jornales alcanzaron también una regular suma: por todo, había al rededor de mil sucres. Con ellos pensaba comenzar mi nueva vida serrana, comprar un pegujal, dedicarme a labrar la tierra y cuidar ganados, como había hecho en mis años mozos, antes de vivir esta larga historia mojada en recuerdos amargos, dolida y sangrante que de saber escribir, la escribiría...

No tenía, gracias a Dios, carga pesada para el camino; mis ganancias estaban en oro y el único oro pesado era Bombito.

Arrieros había que entraban a sacar jíbaro; me acordé de ellos y les fleté dos mulas.

Uno de estos, deshojando una ramilla quebrada al paso, para defensa contra los perros, llegó de repente.

No sé por qué le atendí de preferencia, mientras liquidaba mi abarrote con los amigos. Un raro presentimiento sacudió mi espíritu.

—¿Se podrá?

—Aquí pueden todos— contestó Salvador, desde el pa-

tio, al tiempo que liaba fruta—, con tal que vengan a hacer compras.

—Buscaba a un tal trabajador que antes estuvo en el Bolsillo de don Joaquín y que se vino para el yunga, hace unos meses. Es casado con una tal Rosario y fué de visita a las minerías hace dos semanas.

Interrumpí mi tarea ante datos tan precisos y le dije:

—Bueno y ¿para qué me buscaba, amigo?

—Debe de ser usted: parece que l' he visto alguna vez por el Bolsillo. Aquí tiene una misiva de don Joaquín.

—¡Qué tendrá el Viejo que escribirte!— dijo Rosario, apareciendo en el umbral, acompañada de Bombito.

Celosa y enojada, añadió:

—Sabrá el muy sinvergüenza que éste es mi marido y está casado como Dios manda. L' alegrona de su hija no tiene...

—¡Calle, señora!— interrumpió el recién llegado.— Récele nomás a su santa memoria un padrenuestro!

—¿Murió la Peta?

—Y l' enterramos, señora. Se jué porque n' era d' este mundo... Algún día pagarán todos los que le calumniaron.

Yo lo sabía ya; sin embargo, al refrescar el recuerdo, me hice un esfuerzo para no estallar. Despacio abrí la carta y dejé caer algunas lágrimas. Bombito se acercó y me miraba curiosamente a los ojos.

Le tomé entre mis brazos y le dije no sé qué cosas; pero él siguió muy serio y señalando con sus manitas mis ojos, repitió la palabra tantas veces oída en aquel tiempo: —lloviendo....

—Sí, Bombito— siguió Salvador—, sí, está lloviendo de los ojos de taita: también los ojos tienen su invierno.

Rosario, ante la noticia de la muerte de la Peta, se calmó y acercándoseme:

—Qué tendrá que llorar: otro amor hecho tierra, como me volveré yo.

—No es eso, Rosario; mira la carta que me escribe don Joaquín.

—¿Crees que soy un malagradecido con el pobre Viejo? Si no fuera por él yo no estaría en el Oriente, ni te ha-

bría conocido a vos, ni tuviera a Bombito. Al Viejo le debo estos grandes amores y me da pena de él porque está enfermo y no tiene quien le acompañe. Le quise, sí, le quise y le quiero...

Ibamos a disgustarnos otra vez, pero Salvador se interpuso en nuestra disputa y calmó a Rosario. Quedamos en paz. El hombre de la carta había callado; le invité pasar al fogón a secar sus ropas y le ofrecí morados a que entretuviese el hambre hasta la hora de la comida.

—Bien— dijo Salvador— ¿Y qué dice la carta?

—No sé qué le pasará a don Joaquín; debe ser cosa de su manía: me dice que venga, que tiene un gran secreto y que quiere arreglar unas cuentas.

—¿Te llama?

—Sí, me llama.... Aquí está la carta: está más cariñoso que antes.

—Y me dijo— añadió el cartero— que l' avisara de boca también que l' esperaba lo más pronto.

—Pero yo no iré. Tomaremos algún desvío y pasaremos al Churucu, sin entrar en su entable... No quiero recordar tantas cosas.

—Mal hecho— arguyó Salvador—; ¿por qué no oír una llamada cariñosa? Acaso se va a perder algo?

—Por el contrario— continuó el recién llegado—, puede que haya alguna ganancia.

—¿Qué ganancia?

—No sé: es una corazonada que me da.

—¡Pues no pasará por su rancho y basta!

—: O :—

Continuamos hasta tarde de la noche arreglando nuestro viaje y conversando. Nuestro huésped que debía madrugar al día siguiente, antes de nosotros, exigió contestación; pero yo le rogué que le explicara al Viejo mis motivos y que no quería pasar por su casa. Que le agradeciera y que le saludara.

—Por ser la despedida— dijo Salvador, brindándome unos puros de un buen jibaro conseguido en Sevilla.— Es la última noche que nos vemos y la última quizá de nues-

tra corta vida de amistad bien sentida y bien llevada.

—¿Por qué, amigo? La vida es tan enredada que cualquier momento podemos encontrarnos.— Has sido un buen amigo; no te olvidaré jamás y quiera Dios tenerte a mi lado.

—Difícil, compañero—: yo no saldré del monte; mi vida ha echado raíces mismamente que estos cedros que no pudieran vivir trasplantados. Soy bejuco de selva; m'agarró el matapalo y me tiene prisionero. Yo he de morir aquí abrazado a las lianas: nervios temblorosos de la montaña cancerosa.

Rosario se retiró a la pieza para acostar a Bombito; quedamos los dos, frente al pesado sueño del cartero que, sobre sus brazos, se durmió en la piel del sajino de la historia.

Serían pasadas las doce: seguíamos echando puros y diciéndonos palabras de gratitud. Con los ojos defraudados en la anónima noche oscura, pensamos y añoramos.

Los cocuyos trazaban una axiomática pirotecnia, mientras una devota llovizna plegariaba en la fronda y uno que otro canto perdido se dejaba oír en el misterio oscuro: heraldos del amanecer.

Dormimos unos momentos: la voz del huésped nos despertó diciéndonos:

—Bueno, señor, hasta más luego. Nos veremos en el camino; voy adelantando porque tengo que llevar cargas del Sacramento. Uds. irán más rápido porque están escoteros y me cogerán en cualquier punto: haremos tambo en el Boliche.

Su silueta se perdió por el sendero. La luz del nuevo día comenzó a dibujar el paisaje, en el centro del cual se agobiaba de soledad mi choza que la veía por última vez.

Adentro todavía roncaban la Minerita y mi hijo. Salvador volvió a insistir, casi a rogarme.

—Debes pasar por el entable de don Joaquín. ¿Has consultado ya con la almohada?

—Esta almohada de la pared ha endurecido mi mollera: tengo la misma decisión de anoche.

—Debe de ser algo importante. No sias terco.

—Ya veremos qué se hace. Locuras de Don Joaquín...

Bueno, es hora de poner los huesos de punta.

Salvador me ayudó a aparejar las bestias.

—Está l' una picada de murciélago y no se deja.

Del rescoldo, tomó Salvador un puñado de ceniza y refregó en la picadura.

—Con esto le pasará la cosquilla. Déjele ésta para la carga, no siá que corcobie con Bombito y l' haga tomar posesión d' esta tierra ingrata.

Cuando estuvo bien claro, partimos.

Salvador fué con nosotros hasta la hacienda: allí sería la despedida.

Adelante iba Rosario, llevando a Bombito; seguía la cargadora y, a la zaga, mi amigo y yo, sin hablarnos, profundamente tristes y pensativos.

Nos detuvimos en el patio del entable. Por primera y última vez abracé al patrón al despedirme; me regaló unas cañas y unas calabazas con miel. Me dijo que sentía por mi separación, que yo había sido un buen machetero y que les había enseñado a los muchachos a manejarlo bien en los desbroces. Me dijo que cuando quisiera, volviese, porque siempre habría trabajo; y que mi rancho no lo quemaría. Nos dijimos adiós y nos vimos cariñosamente. Desapareció la duda de que Rosario pudo haberme sido infiel con el amo.

Apartados, para que no nos viera la peonada, nos abrazamos con Salvador. El se acercó a Bombito y le regaló un pajarillo desecado.

Volví a abrazar al amigo y ese momento sentí como que toda mi sangre se volvía lágrimas en mi cuerpo.

Abracé en él, no al Oriente: abracé a Gualaquiza, fiel a su tradición de vivir eternamente triste en esa paradójica cárcel vestida de esperanza!



Ese momento sentí como que toda la
sangre se volvía lágrimas en mi cuerpo.

X X V I

¡ARBOLES!

Casi éramos los únicos pasajeros del Boliche. En invierno escasean los entradores y los tamberos están quejosos del desperdicio de las huertas de yuca y plátano.

La tarde envejecía lentamente: más de una hora tardó el sol en ocultarse. El mandadero de don Joaquín no parecía: había pasado muy temprano y de apuro para noticiar de mi resolución al Viejo.

Con un caballero, que debía pernoctar allí, salimos a recorrer los alrededores, buscando piso en las piedras a flor de barrizal.

Llegamos a un otero desde el cual se divisaba el Río Remanso, corriendo impetuoso bajo la fronda que lo cobijaba maternalmente con su fresca caricia.

Para llegar al río se descolgaba una larga gradería de roca, en la que el ir y venir de cabalgaduras, tallaron un sendero. Al frente, siguiendo el repecho de un ramal cordillerano, se distinguía escabrosa una ruta azulina sobre los peñascos, tal una cinta de inmaculada ornamentación ciñendo los negros cabellos de la matrona oriental.

Y entre las cuencas brumosas, los declives amenazantes o las mesetas serenas, aparecían los humildes ranchos de los colonos cuchipameños. En la dulce curva de las cimas oscuras, había desbroces en círculo, ostentando la rosada carne de cedros destronados, como una gigantesca tensura que consagraba la beatitud del Orto.

Entre la severidad de la montaña en que porfiaban las sombras del follaje adusto, alegraba el toque coquetón del verde esmeralda de los platanales; y, entre las flechas esguizadas de las chontas prietas, jugaban traviesamente los dedos femeniles de la paja toquilla, o levantaban sus manos abiertas las hojas de los dátiles, como defendiendo su virginidad milenaria.

—El Remanso está bravío ahora— dijo el caballero.

—No ha sido para menos el aguaje de estos días, señor.

—Yo tuve una grave aventura en este río:

“En uno de mis viajes hube de demorar unos días en el Aguacate, por enfermedad de un compañero mío. Un domingo, por recorrer esas rancherías, anduve tanto y me fatigué mucho. Bajé hasta el río y me provocó un baño. Varios lavadores se bañaban; saltando de la orilla, trazaban un semicírculo y volvían al mismo punto.— ¿Por qué no alcanzan la orilla opuesta?, les dije.— lo hemos hecho muchas veces, señor, me contestaron, mientras me disponía a arrojar me.”

“Medí la distancia con la vista: el Remanso estaba sereno y no pensé que pasaría de treinta metros de anchura. Propuse a uno de los bañistas guiarme; convino, se lanzó y yo le seguí; pero, de improviso, giró y se volvió a la orilla, en tanto que yo continuaba en mi empeño de alcanzar el frente.”

“Seguí braceando y vencí la corriente central. La perspectiva me engañó: la orilla opuesta quedaba lejos aún. Cerca ya de llegar, apareció sobre mí una mariposa de primorosos colores; mirándola me descuidé de seguir la trayectoria precisa y me dejé arrastrar hasta que, sin darme cuenta, volví al centro correntoso, siéndome imposible vencerlo.”

“Entonces perdí el control: la mariposa describía círculos sobre mi cabeza; entré a un estado de serena inconsciencia, en tanto que el agua me llevaba en dirección de una cascada atronadora que saltaba entre afilados pedernales.”

“No supe si seguir hacia la meta que me tracé o volver a la orilla de donde partí; perdí toda la fuerza y fui una hoja a merced de la corriente.”

“Ya no pensaba en nada real: algo así como una somnolencia se apoderó de mi cerebro y divagué sobre muchas cosas, menos en salvarme”.

“Noté veladamente que todos los lavadores se levantaban y seguían mi dirección, agitando sombreros y pañuelos. Por un momento creí que se trataba de aplausos por mi largo recorrido.”

“Entré luego a un estado comatoso; tragaba agua y ya

me sumergía o ya flotaba, sin percatarme del peligro. Pensaba en terminar mi travesía, pero esta idea se esfumaba en un mar de pensamientos circunscritos dentro del vuelo de la mariposa de lindos colores."

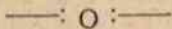
"Mirando hacia el lugar por el cual desfilaban los lavadores, vi sus figuras alargándose enormemente unas veces y otras ampliándose hasta tomar la forma de esferas en que se perdían los detalles fisonómicos."

"Por un segundo me di cuenta de que corrían y de que yo estaba en peligro. Alguna voz oí, sin comprenderla y, subconscientemente, hice un supremo esfuerzo, llegando a un pedrón plantado al borde mismo de la cascada que hervía y atronaba."

"Me abracé a él y descansé: entonces entendí las palabras con que me indicaban el peligro y, agotando mi última energía, gané la orilla. Los lavadores me tendieron bocabajo y me hicieron masajes."

"Comprendí todo el grave riesgo que había corrido y sentí cariño por todas esas gentes de fisonomías aterrorizadas y lívidas, que sufrieron mucho más que yo."

"Difícil, muy, difícil, es esos momentos acordarse de nada, ni de una plegaria siquiera: el ahogado debe morir así, entre un grato sueño, entre un irse eterno por lugares exóticos; de colores extraños y de melodías inauditas: es un sueño, un sueño la muerte."



La noche transcurrió sin novedad. Como siempre, conversamos de cuentos y aventuras; comentamos chismes y malicias. Y como siempre y nunca, esa noche me trituro la idea del misterio encerrado en el Bolsillo: la llamada de don Joaquín...

Ese día, por la tarde se resolvería la incógnita, esa tarde, en el último tambo, en la última noche de selva, sabría acaso alguna gran verdad, alguna de esas que guarda la floresta para decirle al peregrino cuando se ausenta, como un moribundo en sus postreros instantes.

¿Amarga o agradable? No presentía nada. Tenía ansias de devorar el camino, de que pasasen pronto todas las

vueltas de la senda, como se pasarán las hojas de esta historia que no interesa sino a quien las vivió...

El día sereno y las nubes escasas y blancas parece que no preparaban el consabido aguacero de los tiempos invernales.

Y seguía el camino; anduvimos, como quien siembra pedazos de vida y de hondos recuerdos; como quien recoge los pasos en un sendero por el que no se retornará jamás.

"Misericia es eso de andar con el corazón zozobrando en el pecho y la memoria extraviada en un pozo de tristeza."

Cada paso era una ganancia; mientras mayor tierra se dejaba atrás, mayor era el consuelo; y las colinas y los árboles y los ríos que asomaban adelante y que luego quedaban a nuestras espaldas, borrándose de la abigarrada geografía, eran cual vallas que vencíamos triunfalmente para obtener, un premio desconocido, una condecoración axiomatica que no se adivinaba por ningún horizonte.

En el camino, alargado doblemente ante la idea de saber las intenciones de don Joaquín, seguíamos el orden del día anterior: Rosario con su hijo en la linda mula torcilla, entradora y fuerte que, husmeando los fangos, acertaba con el paso, adelante; seguía la cargadora bien aparejada que, de rato en rato, en los saltos y paradas bruscos, se encogía, defendiéndose de la picadura sangrante al roce de las mantas; y, por fin, yo, de arriero, atrás, rumiendo, al andar filosófico de las bestias, la hez amarga de mis dudas y pesares.

En mi corazón,— como un vaso en que el Destino echó amargores y yo, con mi amor a Rosario y a mi hijo, mezeié dulzuras,— había una lucha de sentimientos que no terminaría mientras no descubrir los secretos que me esperaban junto al Río Blanco.

Cerca de Chigüinda almorzamos sobre un pequeño sitio elevado, libre del general encharcamiento.

Algunos arrieros pasaban: el pantalón arremangado y la camisa sembrada de gotas de barro, conduciendo sus recuas temerosas y fatigadas que erguían las orejas y resoplaban presintiendo los malos pasos.

Algunos, embozados en ponchos de aguas, brillantes y ligeros, caminaban en el lomo de los camellones y del



Arboles guardianes; columnas salomónicas en que descansa la catearal del sol....

lado del precipicio, asegurando así la vida de sus mulares que constituían el gran patrimonio de su erranza infinita.

Paso a paso, desliendo una canción que subía de los labios a perderse en la fronda sin eco, iban por los caminos, golpeando con la carne viva de sus pies adoloridos y desnudos el corazón íntimo de la tierra virgen que sólo cede a la violencia del coraje fatal del montañés.

Pasaban tristes y agotados, sintiendo en sus espaldas el peso de la vida que era el peso brutal de toda la floresta...

A medida que avanzábamos, dejando ya lejos tambos y rancherías, columbrábanse las gigantescas pendientes del Churucu, en cuya cima nacía el inolvidable Río Blanco. La vegetación se empequeñecía y los árboles, los enormes monolitos verdes, decrecían.

A lo lejos, perdían altura y poderío; a lo lejos, que pequeños parecían los colosos.

Cabe su tronco dormirán tantos infortunados; en el laberinto de su fronda vivirán los soles eternos; en sus hojas se copiarán siempre los amaneceres relucientes.

Arboles guardianes; columnas salomónicas de fragante madera en que descansa la catedral incommensurable del sol.

Arboles que estrechan filas para custodiar la tierra pronta a fecundarse y generosa en producir.

Arboles: guerreros que se mantienen disciplinada y perennemente en pie, mientras no llegue el hachazo fatal, mientras no llegue el hombre que los ha de degradar y abandonar, entregándolos a la voracidad del tiempo y del clima.

Arboles de excelente madera digna de ostentarse en palacios, en tronos y en cofres; ricas maderas de Oriente que, con el oro de las minas, pudieran lucir en cetros de reyes y pontífices.

Arboles del Oriente, listos a convertirse en las más ricas mansiones.

Arboles plantados hondamente para absorber la vida del suelo fecundo; árboles erguidos hacia el cielo: ¿seréis el símbolo de la redención ecuatoriana o sólo el madero de nuestra crucifixión cuando se hubiere perdido la inte-

gridad nacional?

Arboles que dan ejemplo de valor: son como millones de bayonetas levantadas en el frente de combate.

Arboles inmensos; monjes silenciosos, anacoretas en éxtasis: coronados con la verdura del follaje y vestidos del sepia místico de franciscanos: su virtud y pobreza nos piden redimirlos y dignificarlos.

Arboles que hablan idioma cosmopolita; árboles del Oriente, cuyo lenguaje entienden todos: eternamente nos dicen lo que hace falta: ¡utilizarlos!

Arboles crecidos con lágrimas que no alcanzan a llorar los ríos, con las heces amargas que se ocultan al fondo de las minas; con los acibares que atormentan las entrañas del subsuelo.

Arboles que saben de las íntimas palpitaciones subterráneas: grito ahogado que se filtra en sus raíces y recorre toda la magnitud, hasta salir imperceptiblemente por las hojas y convertirse luego en lluvia: llanto del cielo: lágrima acerba que vuelve a tragar el tronco.

Aliento del árbol: olor de selva que respira la tragedia de gnomos, el dolor que no se siente porque se transforma en fragancia a través de pétalos y estambres.

Arboles cuyas raíces tientan, en la oscuridad del subsuelo, los resquicios del corazón oriental; raíces: nervios neurálgicos del cerebro de la tierra; raíces: dedos tinosos que bucean la riqueza oculta y la exponen a flor de hojas y pétalos; raíces: manos que se enredan en silencio para no interrumpir las poemáticas charlas de los áureos duendecillos.

¡Ah! si pudieran hablar los árboles!

Arboles hechos de agua limpia, secretos interiores y poemas intraducibles.

Arboles serenos e imponentes: a fuer de tiempo y soledad, viejos respetables, patriarcas que aconsejan, legisladores que guían, profetas que anuncian; seno blando para el sueño de ultratumba de quienes cayeron en el combate desigual de la vida.

Arboles, cabellera real de la floresta; árboles, condecoración de la fecundidad y del clima...

X X V I I

EL ENCUENTRO

Al individuo de la carta no lo encontramos por ninguna parte del camino. Adelantó, seguramente, a noticiar a don Joaquín de nuestra salida, porque al doblar la última curva para salir a Río Blanco, tuvimos la gran sorpresa de encontrarnos con el pobre Viejo.

Apoyado en dos muchachos, tembloroso, extenuado, con la mirada extraviada y con un duro rictus en la boca, vimos a don Joaquín, antes gallardo y enérgico, como un aparecido de sus propias historias, como un siglo que deambulaba serena, silenciosamente. El tiempo y las penas le habían coronado de plata.

La batea, símbolo de su vida, la traía pendiendo del cuello y la acariciaba devotamente.

—¡Hola, amigo!— dijo—; ha querido pasar no más sin verme; pero yo, viejo y enfermo, he salido a su encuentro para pedirle que corte su marcha y pose en mi entable hasta que tempere l' estación. Todo ha cambiado ya: no existe el rancho orillano donde vivió usted tan corto tiempo; los tesoros del Bolsillo están en mis manos, pero de mi corazón s' alejado l' alegría... Tengo aún l' esperanza de que retornará, como lo ha hecho usted; volverá, un poco cambiada, sí, pero vendrá, porque la vida es anillo en que se confunden el principio y el fin... Las emociones de mis años mozos han reflorado en mi vejez...

Quiso seguir hablando; pero le interrumpí, porque, sin poder contenerme, corrí a abrazarle.

—¡Don Joaquín!... Perdóneme la ingratitud: sabe Ud. cómo sucedieron las cosas.

Entre tanto Rosario, sin decir palabra, se hizo a la vera y conversaba con Bombito que despertó ese momento.

Mientras yo estudiaba la intencionada actitud de mi mujer, don Joaquín sentóse al borde del camino y comenzó a tornillar la batea, como que lavara prometedora zhalzha.

Nadie interrumpió. Los muchachos que sabían la manía, le hicieron sitio y dejaron que terminase la faena.

Pobre don Joaquín, pensé, mientras él seguía fingiendo el trabajo;— está loco de verdad.

De repente, como si hubiera penetrado mi pensamiento, me dijo:

—Amigo, me ha quedado este vicio en las manos; no sé lo que me sucede: se turba la cabeza y veo en toda la tierra brillar oro y correr agua. Y lavo, y lavo: el oro se presenta grueso y codiciable, más que el arroz quebrado de nuestro Bolsillo.

No pude contestarle. Profunda compasión nació en mi pecho y le miré con lágrimas en los ojos.

Levantándose siguió:

—Ya pasó el mal y es hora de preguntar por su mujer-cita; dígame que se acerque, quiero saludarle.

Ayudé a apearse a Rosario que se acercó con Bombito en los brazos.

—¡Qué linda estás, Rosario, mismamente que cuando te juiste! Algunas mujeres son como la buena tierra que cuando dan una abundante cosecha, se vuelven más prometedoras y frescas. ¿Este es tu hijo? Mozo fuerte y buenmozo l' ha venido, amigo; no quisiera que le deje en esta tierra ingrata: trasplántele a la sierra, llévelo tal un botón a que florezca en jardín cercado.

Me insinuó a que le ayudase a tomar a Bombito entre sus manos y cuando lo alcanzó, estrechóle contra su pecho y le besó profundamente y le acarició y le hizo mimos, como antaño a las pepas de oro del Bolsillo.

Don Joaquín había cambiado: ya no era el viejo severo y de tradicional displicencia; era un niño, un niño grande que lloraba con cualquier emoción.

En mí renació todo el cariño y volvió a mi cerebro el grato recuerdo de sus bondades que me sirvieron para hacerme hombre y tomar el camino de la vida. En los ranchos de don Joaquín conocí este vivir amargo de los mineros y paladeé esa vida entre el agua, la esperanza y el misterio. Por él fui minero y fui malo y fui asesino y, sin embargo, fui feliz: en sus bancos conocí a Rosario: bella realidad; y conocí a la Peta: efímero ensueño.



Estrechóle contra su pecho y le besó
profundamente....

—Bueno, pues, andando— ordenó el Viejo—, que no vamos a dejarnos agarrar por la noche en este sitio. Vámonos a mi casa, allí harán tambo.

Intenté separarme lo más pronto de ese escenario de tantos recuerdos; quise no ser testigo de la desgracia de un hombre a quien yo respeté y consideré, pero no valieron excusas; don Joaquín me sugestionó con promesas de referirme algo de suma importancia y subimos a pasar la última noche del Oriente en su rancho.

—: O :—

Hasta después de la cena nada me dijo.— Tengo una gran novedad— anunciaba a cada momento— una gran novedad para descubrirles; pero será después que se seren los nervios.

Doña Rosenda se manifestaba extrañada del proceder de su marido y se conducía un tanto terca, aunque, por complacer a don Joaquín, se veía obligada a servirnos cumplidamente.

El Viejo no estaba del todo loco, como me lo aseguraron. Sólo, de rato en rato, cortaba la conversación y, recogiendo sobre sí, pronunciaba algunas oraciones, tomaba su batea y simulaba lavar. Pero luego volvía la conciencia y seguía normalmente charlando.

—Vov a hacer un regalo a su hijo; un regalo que tiene su historia.

Desentrañó algo envuelto en mil papeles y, respetuosamente tomó una hermosa pepa de oro de diez onzas: la mejor moneda del mundo.

Tenía la forma de una medalla elíptica y en uno de sus planos había un relieve que don Joaquín lo interpretaba como una imagen de San Vicente.

—Esta fué la señal de que había oro en el Bolsillo— continuó explicando—; era una tarde, apenas llegado yo a estas breñas abruptas, que pasaba a orillas del remanso, pensando en cómo podía descubrir un buen sitio y rezando a San Vicente a que me ayudase.”

“Este Santo, fué mi devoción en toda la vida y sólo porque es costumbre en las mineras no mezclar el beate-

río con el trabajo y porque cree todavía esta pobre gente que es el demonio quien da la buena zhalzha, no he seguido la devoción."

"De repente, hubo un cambio brusco en mi cabeza y mi idea, tal que se detuviera una máquina, me obligó a mirar l' arena de l' orilla. Casi sin darme cuenta, escarbé y ¡oh! bendición del Cielo! mis dedos palparon una pieza dura y fría, fría, amigo, que no pudo ser otra cosa que oro. El oro es tan frío..."

"Prontamente arrojé l' arena y en el hoyo' brilló esta imagen, como una luz interior que alumbraba desde el fondo; como una esperanza que floreció en la tierra para consuelo de mis penas."

"Miré emocionado el hallazgo y ví l' imagen grabada como una escultura hecha d' adrede."

"Allí, sobre la playa, m' arrodillé para dar gracias y hasta el Río me segundió con su murmullo."

"Nadies supo este secreto, nadies ha conocido hasta hoy esta preciosa pepa que t' entrego a vos, Rosario, para que guardes hasta que el chico pueda cuidarla por su cuenta. Advertirás, eso sí, al muchacho que la conserve siempre, porque trae suerte y contarásle que hubo un viejo cariñoso que tuvo muchos pecados y por quien tendrá que rezar toda su vida."

No recuerdo qué le dijimos para agradecerle; pero, lo que no se me borrará de la memoria es el gran misterio que, con cada una de estas cosas, crecía, velando la venerable figura de don Joaquín.

¿Por qué seguía manteniendo su cariño para con nosotros, para conmigo, causa de una de sus más grandes desilusiones?

Creí que estaba loco de veras, que lo había estado siempre porque yo no me encontraba mérito suficiente a que el Viejo me hiciese tan singulares atenciones y preferencias tan únicas.

Al terminar su historia, pidió una botella de puro: del puro, compañero de dichas y desventuras, del alcohol que soluciona todos los problemas de la selva embriagada.

—No debes de tomar— dijo doña Rosenda—, bien sabes que te hace peor para la cabeza.

—No— repuso, imperativamente don Joaquín—, hoy estoy bien, dame unas copas porque quiero festejar a estos huéspedes, a esta amistad que he querido siempre.

—¡Ya has festejado con el regalo!— respondió, casi llorando de ira la señora.— Vas a dar todo lo que tienes: sois un loco.

—Calla— replicó el Viejo, furioso—; n' hay que ser malgradecido con Dios; hago bien en dar lo que me da la gana. Además, debo a este muchacho de su trabajo en el Bolsillo.

Levantó una tela que cubría, en el cavado de la pared, los frascos de oro y añadió:

—¿Ves? Va para una docena de botellas de oro, de oro limpio. Allí hay cerca de un quintal! 'Es justo que este amigo se lleve una muestra...

Doña Rosenda obedeció mansamente y trajo de la cocina una trasparente torina de jibaró exquisito.

—Este es del regalo que te mandó don Benigno— comentó doña Rosenda, como queriendo satisfacer a su marido que ese momento pronunciaba secretamente una plegaria.— Dijeron sus peones que era especial regalo del amigo; que l' había reposado más de un año y que estaba compuesto con rica canela de la Proveduría.

—Y usted— siguió don Joaquín, mirándome— ¿conoció la Proveduría?

—Sí, señor; muchas veces anduve por allí en busca de negocios.

—Dicen los caminantes que está llena de peruanos.

—Mucha gente anda por allí, don Joaquín y no sé....

—Todos aseguran que esos vecinos nos' andan poniendo mojones tras la casa y eso, ¡caramba! es cosa seria.... Yo daría todo el oro para...

—¿Para qué?— interrumpió la señora—, para que se traguen los otros!... ¡Palabras necias! Invita pronto el puro.

—La Rosenda habló como Dios manda.... Yo les quiero a estos chicos y debo de atenderlos. Los quiero porque sí, porque en la vejez nos volvemos niños: nos gustan estos muñecos grandes y pudiéramos dar la vida.

La noche pasó como tantas otras, florecida de recuerdos y cumplida de atenciones.

X X V I I I

¡INCOGNITA DESPEJADA!

Muy de madrugada me levanté esa mañana. Antes que don Joaquín saliese yo ya tenía aparejadas mis mulas.

El último día debía andar hasta el caserío de Pueblo Viejo, cerca del Sigsig, donde pensaba establecer mi residencia final.

Ayudado por Rosario, echaba los bultos en el aparejo de la cargadora que todavía se encogía defendiendo su lomo herido.

Intranquilo estaba porque apareciese el buen Viejo para darle el abrazo de despedida, cuando sentí su mano sobre mi hombro.

—¡Amigo! ¡Qué mala noche ha pasado usted en mi casa para pensar en irse tan de mañana?

—Señor— le contesté—, el tambo de hoy es de mucho tirón y con los caminos que están de batidos. No quiero molestarle más. He madrugado, porque con mi hijo no es posible andar de apuro; además, el hombre que me alquiló las mulas me espera en Granadillas para seguir juntos el camino.

—Muy mal hecho; abra en seguida su carga que tengo que hablarle largo. ¿Ha creído usted que sólo para contarle lo de la pepita de oro era mi invitación? No, amigo; su vida y la mía s' amarraron un día y s' han amarrado cada vez más.

—Pero, don Joaquín.... Ya hablaremos otra vez: volveré por el Bolsillo...

—¡No! Yo tengo un gran secreto que confiarle y un gran favor que pedirle.

—Diga, nomás, señor.

—Deje su carga y conversemos. A su muchacho le mandaremos un recado y, cuento acabado; que de mi casa no se van las personas queridas, así que así.

No hubo más que tratar y resolvimos quedarnos hasta

que sea la voluntad del Viejo.

—Que Rosario se vaya a hacerle compañía a mi mujer— añadió—, que en los asuntos de varones n' es bueno que se mezclen las polleras.

Así fué como nos quedamos solos los dos. La mañana estaba apacible y las nubes invernales no aparecían tercas, como en otras ocasiones. Los primeros días de noviembre anunciaban el próximo verano y las loras comenzaban su congreso desde las primeras horas del alba.

Sentados a la sombra de los cafetos y luego de un abundante desayuno, comenzó el Viejo la última de sus historias. Estaba transformado y volvieron sus energías. Hablaba tan serena y naturalmente y con tal majestad que recordaba los lejanos días de la explotación del Bolsillo, cuando su voz era mandato y su presencia, respeto.

“Mire, amigo; soy un hombre que ya no vale para pelear con la vida; mis teneres no suplen la soledad; el cariño no se compra ni con todo el oro del mundo— hablo del sincero,— de ese que nace, como nació el suyo, cuando era yo uno de tantos buscadores ilusos de fortuna, cuando yo no valía sino porque era don Joaquín y nada más. Cariño, como el suyo, no podía encontrar en ninguna parte del mundo.”

“Estoy viejo, enfermo y solo; mi mujer n' es sino un dolor que se suma a los muchos que me aprietan l' alma, a éstos muy amargos con que la selva egoísta se venga de lo poco que nos concede... Mire mis manos: el reuma, tal que hechura del tiempo con las lianas en los bosques, las ha desfigurado y retorcido, hasta tal punto a manera de bejucos, que creo que soy un árbol viejo, sin hojas, en el cual ni las aves forman sus nidos ni elevan sus canciones; ni los helechos cubren la desnudez del tronco. Sólo la polilla devora su corazón y la tisis corroe sus entrañas.”

“De mí, d' este árbol que s' está muriendo de soledad y tiempo, debían quedar renuevos. Los hubo un día: el tronco se rodió d' hojas tiernas de esperanza; pero, vino el vendaval y vino el leñador y cruelmente cortó los retoños, dejando al tronco viejo que se pudriese por su cuenta y ardiese al beso febricitante del sol. ¡Designios de Dios!”

“L' Oriente es un veneno dorado, un mal que atrae

con gesto d' hembra sensual; es la picadura de la víbora que al principio es nomás una dulce sensación de adormecimiento."

"Por eso l' aconsejé que no deje a su chico en esta tierra traicionera; por eso l' aconsejé que salga y por eso saldré yo también y l' entregaré a usted todo el oro que tengo y viviré a su lado y m' arrimaré a usted, tal que esos troncos carcomidos que s' apoyan en los nuevos cedros: a esos árboles nuevos que creen que nunca surgieron de la tierra porque siempre miran al cielo; a esos árboles que no saben que los despojos de los viejos, que la muerte de los viejos es la vida d' ellos. Soy el tronco carcomido: el oro que tengo y que simboliza mi muerte quiero que sea su vida d' usted. Nos iremos con ustedes, debemos apoyarnos en ustedes."

"Este es el favor que quiero pedirle: pasar mis últimos años rodiado d' esa esperanza nueva de sus hijos, teniendo quien m' acaricie, teniendo quien me vea, cuando algún día caiga en un surco y desfallezca de tanto tornillar la batea, soñando que soy lavador y que falta mucho para terminar el trabajo del Bolsillo..."

"Así he de morir, como he vivido y no quisiera que mi cuerpo se vaya caminando tan largo en estos ríos que hoy, en vez d' alegrarme, amenazan arrahcarme de la vida y confundirme en su corriente de tragedia."

—Don Joaquín— interrumpí—, si esa es su voluntad...

"Falta que me oiga el por qué: l' historia es larga y negra. De mi juventud l' he contado tanto, pero no todavía lo que sucedió cuando estaba más loco que al presente".

"Era mozo: con todo el vigor y con todos los entusiasmos vine a vivir en l' Oriente: la vida me brotaba de los brazos y del corazón. íntegra, fuerte, avasalladora. Nada me detenía en la dura empresa del trabajo; nada eran para mí los largos y pesados días de andar, la batea en las manos, catiando las mejores zhalzhas. Pequeña veía la selva y los grandes árboles me parecían débiles helechos al rotundo llovido de mis hachazos."

"Quería a mi mujer, la quería sobre todas las cosas;



.....M'arrimaré a usté, tal que esos troncos carcomidos que s'apoyan en los cedros jóvenes....

pero, un día...

Interrumpió el relato y sintió como un violento chicotazo que le contrajo los nervios: sus labios se movían como pronunciando una plegaria secreta de perdón.

Me acerqué y abrazándole con todas mis fuerzas, le ayudé a sostenerse y resistir las duras convulsiones que le hacían temblar y le bañaban de frío sudor.

Don Joaquín estaba grave. Era preciso hacerle atender.

Los temblores se prolongaron y, sin poder pedir auxilio a nadie, me debatía en una dolorosa ansia por verle restablecido y por conocer el final de esa historia la más importante de cuantas me había referido.

—Don Joaquín, un esfuerzo, un esfuerzo y partamos hoy mismo.

—Este mal no tiene cura, amigo— pudo decir, un poco reaccionado.— Apriéteme las manos, apriéteme los dedos porque parece que la vida quiere salirse por ellos y la muerte porfía con esconderse entre esas terribles arrugas que m' ha puesto la vida. Apriéteme, apriéteme duro: no le deje camino a la muerte; haga la cuenta que el destino d' usted está en sus músculos... Apriéteme: selle esta amistad profunda.

Cayó en sopor; yo le contenía en mis brazos, mientras él lanzaba un triste y prolongado quejido.

¡Qué suerte la mía, pensaba: debo ser testigo de un dolor más; debe quedar en mi alma esta historia inconclusa, la que más hubiera deseado conocer!

Al cabo de unos momentos de angustia, dijo balbuciente:

—Se m' ha ido el coraje; mis brazos, mis brazos son impotentes y mi corazón, anciano... Pero, sí... ya... ya... estoy bueno... ¿En qué quedábamos?

—Decía de su mujer...

Pasó un trago y continuó:

“¡Ah! sí, la quería, creía quererla sobre todas las mujeres del mundo, hasta que conocí a una hermosa y l' adoré, l' adoré, amigo mío, como usted l' adoró a Rosario. No le reconvegno de nada, de nada tiene usted que ser perdonado de mi parte; fué como yo, a usted le venció el corazón

y acertó obedeciéndolo.”

“Usté ha sido más feliz: yo no pude romper la cadena que ya para siempre m’ataba a Rosenda y sólo pude amar a l’ otra sin que fuera mía para siempre... Jué ‘mía: un momento de dicha que s’ ha cambiado por un remordimiento de más de veinte años... Un remordimiento, que hoy, que sólo hoy, ha vuelto a ser la dicha que jué y que me ha devuelto el fruto de mi pasión: ¡Rosario!

—¡Rosario!

—Sí.... No lo diga a nadie... Es tan hija mía como la Peta... Usté me pertenece, llegó al fin a pertenecerme... Pero, que sea esta historia la mina no descubierta en su pecho...

—: O :—

Al día siguiente subíamos el Churucu con don Joaquín y todos los de su familia.

Cerca de Pueblo Viejo, mis lejanos parientes se reunieron para recibirnos. Los conocidos de don Joaquín, los muchos comuneros amigos suyos, formaron algo así como una procesión para recibir a su jefe, a su pobre jefe enfermo que ya sólo pocos días viviría.

Y esa noche, noche fría, mientras todos charlaban alegremente, don Joaquín hacía los postreros encargos.

—D’ esta botella, cuando yo muera, sacará para unas misas por mi ánima y por las ánimas de los que lucharon por defender el Bolsillo del Diablo.

FIN.

VOCABULARIO

Achica, compadre: modismo equivalente a: 'no sea exagerado, no mienta.

Aguaje: tempestad.

Alante: adelante.

Alzarse: suspender el trabajo.

Arrojar el apellido: vomitar con exceso.

Arroz quebrado: modismo que significa: oro grueso.

Asentante: copa que se brinda para celebrar un dicho o un hecho sensacional.

Bamba: abultamiento exagerado del tronco en algunos árboles.

Barbasquiado: envenenado con barbasco.

Batea: plato grande de madera que sirve para lavar oro.

Batiada: cantidad de zhalzha que cabe en la batea.

Bocina: instrumento indígena formado de una guadúa y un cuerno.

Botón: mínima medida de peso, usada en las mineras y que corresponde a un cuarto de gramo.

Brujillo: pajarillo de hermosos colores.

Caer con pataleta: sobrevenir una convulsión o un síncope.

Cajón: lugar destinado a cada lavador para que lo explote.

Camellón: caballón que se forma en los caminos durante el invierno a causa del tránsito de las cabalgaduras.

Catear: buscar oro, haciendo pruebas del terreno con la batea.

Cazhay: anfibio de los ríos orientales.

Colono: trabajador establecido en la floresta.

Concertaje: ajuste o convenio por el que un labriego entra al servicio del amo.

Cucharón: utensilio de mango muy largo que sirve para extraer arenas auríferas.

Chamusca: combate entre facciosos.

Chaquiñán: del quichua: chaqui, ñan, pie. camino: sendero.

Chasqui: sistema de comunicación de persona a persona. Fué la manera de servir el correo entre los antiguos incas.

Chicotear: agitarse intensamente; convulsiones de los peces al aire libre.

Chigüinda: lugar oriental. Por sinécdoque el tabaco de ese lugar, muy afamado.

Chingarse: embriagarse.

Chonta: palmera de estípite muy dura. Dícese también del fruto de esta planta.

Chorrera: cascada.

Chumado: beodo.

Desbancar, desbanque: acción y efecto de levantar la tierra hasta dar con el subsuelo.

Descreditar: desacreditar.

Desmanchado: separado de la manada, descarriado.

Desvenar: quitar la fibra central quebradiza de la paja toquilla.

Devolver los ojos: corresponderse con miradas de amor.

Empalizada: amontonamiento natural de palos y árboles caídos que dificultan el camino.

Engarrotarse: morir a causa del frío. Quedar yerto, aterido.

Entrador: viajero al Oriente; acostumbrado a ir a la selva y conocedor de sus rutas.

Extender la pata: morir.

Frezada: frazada.

Cantear: quitar el borde áspero de la paja toquilla.

Guayusa: planta de propiedades eméticas, muy apreciada.

Huando: andas; sistema de transporte humano.

Huarapo: zumo de la caña de azúcar.

Huasicamero: adj. derivado de huasicama; el peón que cuida la casa y los animales domésticos.

Jalado: embriagado.

Jatiar: acarrear.

Jecho: fruto ya en sazón.

Jíbaro: alcohol del Oriente.

Jipato: afectado de jipatera o anquilostomiasis.

Lágrimas de San Pedro: granos o semillas de color gris azulado.

Liquidar: separar completamente el oro de la arenilla.

Llamador: moneda u objeto pequeño que se guarda para atraer fortuna.

Malafamar: quitar la honra o el buen nombre.

Malgradecido: que no suele agradecer.

Malmodiar: tratar con malos modos.

Manquillar: tropezar las bestias.

Marcar: apadrinar.

Mingados: invitados para trabajar gratuitamente.

Morado: banano de este color.

Mulana: del quichua mulana, afilar. Lugar así llamado por haber en él piedras para afilar.

Natén o natema: enredadera de la familia de las pasifloras: el narcótico que se extrae de ella.

Nochiar: pernoctar.

Ojo de pulga: diminuta chispa de oro.

Peliar: pelear, soportar.

Pelma: (colocasía esculenta). Es la patata oriental.

Pepa: grano de oro de alguna dimensión.

Pinta: muestra evidente de existencia de oro.

Pintar: aparecer el oro entre la zhalzha.

Pintona: tierra halagüña que contiene mucho oro.

Piñinga: utensilio jíbaro a manera de taza o vaso.

Plancha: cucharón muy abierto que sirve para remover la zhalzha en la batea y también para recogerla de los socavones.

Poner los huesos de punta: levantarse de la cama.

Porotillo: grano selvático de color rojo, amarillo y negro.

Pullma: vendedor ambulante.

Puntear: apuntar.

Puro: alcohol.

Quipa: instrumento musical formado de un caracol marino.

Raimar: quitar las protuberancias, raíces, etc., de la caña de azúcar.

Ballado: dulce de cortezas de toronja y miel.

Ranchero: dueño de un rancho. Persona que se encarga de cuidar los víveres y administrarlos.

Sajino: saíno.

Sanglotiar: dar vuelcos el corazón.

Sitio: lugar destinado a cada persona para lavar el oro.

Sañadero: lugar destinado entre los salvajes para beber el natén.

Soroche: guija brillante con apariencia de oro.

Tangana: remo usado por los salvajes.

Tardiar: pasar la tarde, generalmente sin hacer nada.

Tijereta: ave de escaso plumaje y muy inquieta.

Tiricia: hipocondría.

Tirón: jornada muy larga.

Tomar posesión: caerse al suelo.

Torinera: botella vacía de vino Torino.

Tornillar, tornillada: acción y efecto de sacudir la batea al lavar el oro; balancearla circularmente.

Trago: aguardiente o alcohol.

Trocha: sendero abierto por primera vez en la selva.

Tunduy o tunduli: tambor hecho de troncos vaciados.

Tupe: insecto parecido a la nigua, pero de mayor tamaño.

Tzantza: cráneo de persona o animal reducido sin deformación a mínimo tamaño, mediante procedimientos secretos.

Valdivia: ave carnívora de color negro muy intenso.

Vía: veía.

Yerbaluisa: gramínea aromática.

Yunga: lugar de clima ardiente.

Zapatra o zapátara: semilla resinosa, muy inflamable que se utiliza para el alumbrado.

Zhalzha: Grava, tierra guijarreña en que se encuentra el oro arrastrado.